

CONFERENCIA XVI

TRABAJO Y ESTUDIO

Laborem manuum tuarum quia manducabis, beatus es et bene tibi erit.

Dichoso tú, oh justo, porque comerás el fruto del trabajo de tus manos: dichoso serás y todo te irá bien.

(Ps. 127, 2).

I. ¿Sabéis, oh hermanas, cuál debe ser vuestro distintivo? Helo aquí: *Oración y trabajo.*

Los hijos, como todos lo saben, deben asemejarse á su padre. Pero el Venerable don Bosco se hizo santo, orando y trabajando; luego todas vosotros no podréis volar en pos de El hasta el Paraíso, sin las dos alas de la oración y del trabajo.

De la *Oración* hablaremos en otra conferencia; en ésta no solamente tocaremos el argumento del trabajo, sino también el del estudio, el cual, siendo hecho como se debe, viene á ser un verdadero bien pesado trabajo.

II. *Trabajo.* El Venerable don Bosco nos recomendaba el trabajo continuamente. Había querido él, que el trabajo, unido á la temperancia, formase el Escudo de la Congregación. El nos ponía frecuentemente á la vista el ejemplo de Jesús adolescente: *Faber, fabri filius... et in laboribus a juventute.* (Psal. 87, 16). Criéme en el trabajo desde mi tierna edad.—Y si llegaba á conocer que

alguno era un tanto amante del *dolce far niente*, le decía sinceramente:—Recuerda que cada instante de tiempo es un tesoro, y que el hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar. El que no quiere trabajar, no tiene derecho de comer, ha dicho San Pablo.

Y cuando después, con ojo profético, dió una mirada á las cosas futuras de la Congregación, dijo: Esta es la herencia que dejó á mis hijos y que será también la gloria de ellos. Mientras correspondan, tendrán hijos espirituales en el Mediodía, en el Norte, en el Oriente y en el Occidente. El trabajo es el *remedium concupiscentiae*, y el arma potente contra *omnes insidias diaboli*. Pero después de la intemperancia, la molicie y la murmuración, el gran clavo que más ha atormentado á Nuestro Señor Jesucristo y más atormentará á nuestra Congregación, si no estamos atentos, es el ocio. ¡Cuando se empieza á introducir en una Congregación el *Cubiculum otiositatis*, ella está arruinada sin remedio!—He ahí como habla el Venerable don Bosco.

III. Pero don Bosco no se contentó nunca con sólo palabras. El hacía lo que decía. Y en materia de trabajo y estudio nos dió tantos y tales ejemplos, como para dejarnos asombrados.

Apenas rayaba en los cuatro años y ya desollaba las varas de cáñamo, que mamá Margarita le daba en cantidad proporcionada. Pastorcillo á los siete años, tenía con una mano la cuerda de la vaca que pastaba, para que ésta no dañara los pra-

dos ajenos; y en la otra tenía abierto un pequeño catecismo para estudiarlo. Años después encontramos á Juanito apacentando un grueso rebaño en los prados de *Moglia*, pero siempre en la mauo el catecismo; guía los bueyes que están arando en esos campos, mas estudia mientras tanto su catecismo; va y vuelve del trabajo con el azadón en el hombro, pero aún por el camino no deja nunca su catecismo.

¿Quién podrá explicar los esfuerzos sobre-humanos que vuestro padre debió hacer para poder estudiar y llegar al sacerdocio? Tuvo que aprender primero todos los oficios, por decirlo así. Hizo de pastor, viñador, arador, sastre, carpintero, herrero, cocinero, pastelero, barbero, establero, hasta de saltimbanqui; y todo esto lo hizo para un fin santísimo, cual era el de poder alcanzar lo más pronto posible el fin de su vocación, para así salvar un sinnúmero de niños que andaban perdidos.

Pobre del todo, para poder mantenerse y vestirse, mientras trabajaba en los campos y en los viñedos, hacía al mismo tiempo repetición á los niños estudiantes durante las vacaciones. Pero esto no bastaba. En las vacaciones estudió de memoria toda la divina Comedia del Dante; después la Historia Sagrada, los siete volúmenes de José Flavio, la lengua hebrea y la francesa, la geografía, etc., etc. ¿Qué cosa no habrá hecho durante el año escolástico? Según lo dice su colega D. Oddenino, el clérigo Bosco ocupaba cada minuto de tiempo: estaba siempre entregado á una asidua

lectura, y sus compañeros solían asediarlo para lograr de él una respuesta sobre diferentes materias.

Su erudición era verdaderamente extraordinaria. Don Bosco, además de la Filosofía y Teología, estudió los Santos Padres, especialmente Santo Tomás, de cuyas obras sabía varios volúmenes de memoria; leyó y estudió toda la sagrada Biblia, los voluminosos comentarios de Cornelio á Lápide y del Tirino; los Bolandistas, y la Historia Universal de la Iglesia por varios autores.

Y lo imitemos, aunque sea pálidamente, oh Hermanas, si, además de sus preclaros ejemplos, tenemos presentes sus amonestaciones. ¡Oh, cuántas veces él nos ha repetido la sentencia de San Pablo: *Si quis non vult operari, non manducet!* ¡El que no quiere trabajar no tiene derecho de comer! (2.^a *Thes.* 3, 10). Para que detestásemos el ocio hizo escribir sobre el meridiano de su casita en los *Becchi*: *tempus breve est*: ¡recordad que el tiempo para salvarnos es breve! y sobre uno de los cartelones que colgaban en su aposento particular, que todos visitábamos, las palabras: *Cada momento de tiempo es un tesoro*. Otras veces nos decía: *Multam malitiam docuit otiositas* (*Eccle.* 33, 29), el ocio es el padre de todos los vicios. — *Tempus est majoris pretii omnibus aliis rebus, quia tempus valet quantum Deus.* (*S. Bern.* 14, *Ps.* 18), el tiempo es la cosa más preciosa de todas; un minuto de tiempo vale cuanto vale un Dios, porque un instante nos puede valer la gracia divina, la Gloria eterna y la posesión de Dios. Por

este motivo el Espíritu Santo nos dice: *Fili, conserva tempus*:—ó como reza el Hebreo: *Theauriza tempus*, átesora bieu el tiempo. (*Eccle. 4, 23*). El sastre y el carpintero echan los despojos de su labor á la basura; el platero, al contrario, trabaja sobre la mesa, sobre la mesa pone un papel, sobre ese papel otro, recatándose aun del viento, porque no le desperdicie la más imperceptible limadura. Ahora bien, el tiempo vale infinitamente más que el oro y la plata; y el Espíritu Santo continúa diciéndonos: *Particula boni diei non te pretereat*. (*Eccle. 14, 12*). ¿Qué cosa hay más chica que una particula? Pues ni una partecita de tiempo hemos de dejar pasar.

Si un rey diese á los pobres una hora fija de tiempo para sacar cuanto dinero quisiesen ¿no merecería ser tildado de loco aquel que en aquella hora se pusiera á jugar? Lo propio hacen los que sueñen, como se dice, matar el tiempo haraganeando, charlando, jugando, en vez de ocuparlo bien en el trabajo y la oración, á fin de que el Divino Juez no les dé, á su tiempo, con la puerta en la cara con el terrible *nescio vos!*

El Venerable Juan de Palafox, decía, que más quería perder tres mil ducados, que tres horas de tiempo.

San Francisco de Sales dijo de sí (¿quién lo creería?): «Cuando considero en qué he perdido el tiempo, temo que me prive Dios de la Gloria que ha destinado á los que trabajan. ¡Ay, qué será de nosotros!

Un santo Jesuita lloró toda su vida, por haber

gastado con un amigo trece horas en una conversación no mala, sino indiferente.

Santa Matilde dijo, bajando del Cielo, que ella y todos los Santos nos tienen santa envidia del tiempo que gozamos para poder merecer; y que quisieran tornar al mundo á padecer cuanto han sufrido los hijos de Adán, á fin de ganar el mérito y la gloria correspondiente ó una sola Ave María. ¡Ah! Redimamos con afán el tiempo perdido: *Redimentes tempus*. (*Eph. 5, 16*). Y ¿de qué manera? Llorando, orando, trabajando. El precio de la redención del tiempo, dice San Anselmo, son las lágrimas: *Quando ante actam vitam sendo reparemus*. Vendrá la noche de la muerte cuando nadie podrá trabajar. (*Joan, 9, 4*). Estos y otros por el estilo eran los avisos de nuestro Venerable Padre.

¿Qué diremos ahora de los trabajos hechos por don Bosco después de haber recibido la Ordenación Sacerdotal? Parecía sin duda que hubiese hecho voto de no perder nunca un minuto de tiempo. De ahí es que además de satisfacer las innumerables visitas que cotidianamente recibía de los pobres y de los necesitados de toda clase; además de salir á menudo de casa en busca de pan para sus queridos niños, (imitando de esta manera, como él solía decir, á la madre loba, la cual, cuando los cachorros tienen hambre, sale de la cueva á buscar comida para alimentarlos), don Bosco encontraba todavía tiempo para enseñar á sus *biriquines* la gramática, la geografía, la aritmética, la historia de Italia, la historia sacra, la

música, etc.; y algunas veces, mientras dictaba y explicaba estas materias, desgranaba porotos, pelaba papas, partía leña, cortaba, cosía, remendaba la ropa de sus niños, y encendía el fuego para ayudar á mamá Margarita. Y luego al púlpito; de ahí al confesonario, donde solía pasar seis, ocho, y hasta diez y seis horas, confesando algunas veces toda la noche seguida.

No hablo de la publicación mensual de las lecturas católicas, ni de los sesenta y dos opúsculos, salidos de su áurea pluma, finalmente de esas obras gigantescas que tienen verdaderamente algo de milagroso en este siglo, como son la fundación de la Congregación de San Francisco de Sales y de la de María Auxiliadora, con sus variadas ramificaciones; la obra de los Cooperadores, la de los Hijos de María y especialmente la de las Misiones extranjeras; obras todas, que le ocasionaron persecuciones acérrimas, y disgustos sinnúmero.

El Venerable don Bosco, pues, digámoslo sin ambages, fué, por antonomasia, el hombre del trabajo. *Trabajo sicut bonus miles Christi Jesus.* (2, *ad Tim.* 2, 3). Un solo día de don Bosco es cosa como para acobardar á los más valientes. — ¡Ah! ¡quién le pudiera imitar, aunque sólo de lejos!..

IV. Sé muy bien que en vuestras casas generalmente reina un grande amor al trabajo; y que hasta hay necesidad, muchas veces, de reprimir á algunas para que no pierdan la salud, la cual, como decía don Bosco, después de la divina gracia

es el regalo más grande que nos haya hecho el Señor. Y yo os lo repito una vez más: ¡Tened cuidado de no perder la salud corporal! Eso de sustraer, como algunas hacen, horas enteras al debido descanso de la noche: ese continuo afanarse trabajando; el querer siempre vociferar tan alto cuando dan clase, etc., son daños todos incalculables que se hacen á vuestra preciosa salud; y podría volver inútiles y hasta odiosas vuestras explicaciones. La que pretende enseñar con mucho provecho hable poco y haga hablar mucho. El que, queriendo llenar una botella, le echase de golpe un balde de agua, se encontraría sin agua y con la botella vacía. Pero si poco á poco derrama un solo hilo de agua por la boca de la botella, muy luego la verá llena. Hagan la aplicación de esto á sí mismas las maestras y catequistas de mucha palabra.

Pero no obstante todo el grande amor al trabajo, que hasta ahora, por gracia de Dios, generalmente reina entre vosotras, podría suceder que en el transcurso del tiempo lo que por ahora es regla universal, llegase á sufrir excepciones; quiero decir que entre tantas hermanas laboriosísimas haya de haber alguna muy amiga *del dulce far niente*. ¡Dios nos libre de tal desgracia! Con tales hermanas ociosas entrarían sin duda en casa la murmuración, la discordia, el amor al mundo, y todos los demonios posibles é imaginables.

Recordad los ejemplos de vuestro Padre don Bosco; y estimad como dados á vosotras los avisos que San Jerónimo escribía á sus hijas espirituales, Paula y Eustoquia.

«Tened siempre la lana, les decía, ó sea el trabajo entre las manos, á fin de que, viniendo el demonio, os encuentre siempre ocupadas. De este modo él no podrá dañaros jamás».

V. Pero lo que yo intento recomendaros aquí, de un modo especial, es que este mismo amor al trabajo y al estudio, del que hablamos, procuréis obtenerlo también de vuestras caras alumnas.

Trabajo. Es de desear que cada una de vuestras educandas, después de haber trabajado todo el día, llegada la hora del descanso, la cabeza colocada sobre la almohada y los brazos cruzados sobre el pecho, de modo que la punta de los dedos llegue á los hombros, quede al instante dormida á causa del mucho cansancio.

¡Oh, directoras, maestras, asistentes! remachadles á menudo este clavo ¡trabajad! ¡trabajad! oh hijitas, pues, si no trabajáis vosotras, trabajará el demonio.

Hacedles conocer los sentimientos de San Juan Crisóstomo á este propósito. — «Lo que llena el infierno de hombres, dice él, es la avaricia y la codicia; pero lo que arrastra un interminable número de mujeres y niñas al eterno abismo, es el ocio, el fatal ocio, padre de todos los vicios. ¿Cuál fué la iniquidad de Sodoma? pregunta el profeta Ezequiel. Y contesta: *Haec fuit iniquitas Sodoma... otium illius et filiarum ejus*: la ociosidad de ella y de sus hijas (*Ezech. 16, 49*).

Mandad el trabajo á vuestras hijas, dice el Espiritu Santo, porque la ociosidad es la maestra

de muchos vicios. ¿Quién hallará una mujer fuerte, es decir, verdaderamente buena, un modelo de cristiana? ¡Ah! ésta busca lana y lino de qué hacer labores con la industria de sus manos. Se levanta antes que amanezca. Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque fatigosos, y sus dedos manejan el huso. No temerá, por los de su casa, los fríos ni las nieves, porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados.

Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará alegre y risueña en los últimos días. (*Prov. 31, 10, et seq.*)

El trabajo manual fué santificado por Jesús, María y José. El Espíritu Santo alaba á la mujer que sabe manejar el huso, y la llama *fuerte*: *mulierem fortem quis inveniet?... Digiti eius apprehenderunt fusum.* (*Prov. 31*). Ella sabe procurar lana y lino, con lo cual hace labores con la industria de sus manos. Se levanta antes que amanezca. Probó, y echó de ver que su trabajo la fructifica; por tanto tendrá encendida la luz toda la noche. (*ibid.*)

Si las niñas son pobres, es necesario que amen el trabajo, de lo contrario se acostumbrarán á una vida ociosa que acrecentará su miseria corporal y especialmente la espiritual.

Si se trata de niñas de mediana, y hasta de acomodada posición, es también necesario repetirles á menudo que se dediquen con grande amor al trabajo, en primer lugar, para tener pura el alma, y en segundo lugar, porque la fortuna es como una

rueda que se mueve de arriba para abajo; ¡muchas veces quien se encuentra hoy en la cima, mañana estará por el suelo! Una revolución, un negocio quebrado, un incendio, la muerte de papá, etc., bastan algunas veces para causar un completo revés de fortuna.—El que ama el ocio, dice el Espíritu Santo, es más que necio; abundará en la miseria *omnis autem piger, semper in egestate est.* (Prov. 21, 5). El camino del perezoso es casi un vallado de espinas. *Iter pigrorum quasi sepes spinarum.* (Prov. 15, 19).

¡Cuántas señoritas de familias acomodadas fueron en breve reducidas á la mendicidad! Por este motivo el emperador Carlomagno quería que sus hijas hilasen é hiciesen calceta.

Me parece que á las educandas de hoy, generalmente hablando, en vez de tanto piano, pintura, y bordado, cosas todas que hinchán su feménil vanidad, se les debiera dar más de coser, cortar, zurcir, remendar, hacer medias, etc., etc.

Pocos años ha, las educandas del colegio de Almagro obtuvieron el primer premio, con medalla de oro, en la exposición nacional de Buenos Aires, por su habilidad en el zurcido.

¡Y cuántas jóvenes hay también ahora que se ganan honestamente la vida, trabajando con la aguja!

¿De qué servirá á una señorita, que ha pasado cinco ó seis años en un *educatorio*, presentar vanagloriosamente á los amigos de papá ese cuadro, que ella ha recamado con oro y perlas, ó bien ese paisaje que supo con gran maestría pintar, si

después no sabe poner un remiendo, ni zurcir un vestido?..

Y mientras tanto esa poca de ropa, escondida allá en los armarios, está toda agujereada y rota que mueve á compasión. ¡Pobres padres! ¡cuán mal habéis gastado vuestro dinero! ¡Pobres directoras y maestras! ¡Cómo habéis echado á perder en vano vuestros sudores!

¡Ah! ¿En qué vendrán á parar esas amigas del *bel far niente*, cuando ya no tengan padres?

Dice el Espíritu Santo: Pasé un día por el campo de un perezoso... y vi que todo estaba lleno de ortigas y cubierto de espinas, y arruinada la cerca de piedras. (Prov. 24, 30, et seq.)

Vete, oh perezosa, á la hormiga, y considera su modo de obrar y aprende á ser sabia: *Vade ad formicam, ó piger, et considera vias ejus.* (Prov. 6, 6). Ella te enseñará como debes trabajar ahora en la primera edad, y robusta, prepararte el sustento para la vejez, ella te dirá como debes recoger ahora frutos de obras buenas para la eternidad, porque vendrá pronto la noche en que no se podrá ya trabajar.

¡Trabajo, pues, mucho trabajo! Pero á fin de que éste sea muy provechoso, os recomiendo que exijáis de las alumnas el debido silencio, que debe ser siempre el compañero fiel del trabajo.

Las niñas habladoras son casi siempre las más desaplicadas; al contrario, las más calladas suelen también ser, generalmente, las más laboriosas. Y además, ¡cuántos pecados menos, donde se practica el silencio prescrito!

—Pero nuestra lengua, dirán algunas, con tanto callar y más callar, ya no puede más, y parece que quiere como escaparse de la boca. —Pues bien, cantad alabanzas á María Santísima, cuando se os permita, y así tendrá vuestra lengua un desahogo del todo santo.

De cuando en cuando, durante vuestro trabajo, mirad al cielo, ó á alguna sagrada imagen, y recitad algunas jaculatorias.

Y así como para poder coser debéis pasar de antemano el hilo en el ojo de la aguja, sin lo cual trabajaríais en vano, así debéis renovar de vez en cuando el aureo hilo de la pureza de intención, para que vuestro trabajo consuele á Jesús, y os sea provechoso para el alma.

De este modo, el trabajo material no os vuelve árido el corazón, sino que cobraréis nuevos bríos; y no os acontecerá haber trabajado en vano.

VI. *Estudio.* Hemos dicho ya que hasta el estudio, si se hace como es debido, es decir, con espíritu de penitencia, es un verdadero trabajo que resulta de gran provecho para la santificación de vuestra alma.

Os aconsejo, pues, que hagáis estudiar á vuestras alumnas con este fin santo.

Hay algunos, dice San Bernardo, que estudian únicamente para saber, y esto es una torpe curiosidad; otros, para alcanzar honores y riquezas, y esto es vergonzoso lucro; otros, para alcanzar nombre de sabios, y esto es miserable vanidad; pero otros hay que se proponen la edificación del

prójimo, lo cual es pura caridad; y otros, finalmente, que buscan su propia santificación, lo cual es prudencia consumada (*super. cant. serm. 36*).

«¡Que la devoción acompañe vuestros estudios, decía San Vicente Ferrer, y que vuestro objeto sea no tanto haceros útiles, cuanto santificaros!»

Y San Pablo de la Cruz, así amonestaba á sus alumnos: «Tened pureza de intención en el estudio; estudiad para dar gloria á Dios y auxilio á vuestro prójimo. Esta pureza posee la virtud secreta de cambiarlo todo en oro del Paraíso. Sin la pureza de intención, todo se pierde. Durmieron su sueño (de la muerte) y... se encontraron sin nada, vacías sus manos». (*Psal. 75, 6*).

Sobre todo, tengan cuidado vuestras alumnas de estudiar perfectamente la doctrina cristiana. Ellas, dentro de poco, deberán tal vez enseñar los preceptos de nuestra santa religión al papá, quien, ó nunca los aprendió, ó los ha olvidado del todo; tal vez serán los hermanos, quizá hasta la pobre mamá, la tía, ó las hermanas, quienes tendrán necesidad de esta eximia caridad. ¿De qué serviría, entonces, tanto francés, inglés, dibujo, música, etc., si son ignorantes en religión?

En mis largos viajes he encontrado que en casi todos los educatorios de niñas, se da la explicación de la doctrina cristiana todos los días, al menos durante una media hora: ésta es también la práctica de vuestros colegios en América, y ¡oh! cuántos y cuáles consuelos trae este pequeño esfuerzo que se hace por amor de Dios, enseñando á los párvulos la santa doctrina de Jesús!

Pocos años hace, las noticias que nos llegaron de la Argentina eran verdaderamente desconsoladoras. Casi todas las poblaciones del ubertoso valle del Río Negro de la Patagonia, desaparecieron á causa de una terrible inundación. Fué un castigo de aquel Dios que nos llama al Paraíso por medio de las adversidades, cuando no nos aprovechan las prosperidades. Entre los tantos sinsabores que sufrieron en aquellos días los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, experimentaron también grandes consuelos. En *Guardia Pringles* toda la gente huía desesperadamente de la onda de muerte que los perseguía, no pensando más que en salvar la propia vida, cuando hete aquí que una indiecita de diez años, que había ido á la escuela de las hermanas, al ver desde lejos á su directora, se puso á llamarla por su nombre, gritando con júbilo: «¡Lo he salvado, lo he salvado!» ¿Qué cosa has salvado, oh pobre niña? le preguntó la directora.—Helo aquí, ¡mire!—Y le mostró su pequeño catecismo. Este hecho no necesita de comentarios. Diremos tan sólo, que consuelos de esta clase son una grande recompensa de cualquier sacrificio que se haya debido hacer, enseñando á los niños la doctrina cristiana.

2.º Deberán estudiar, además, un breve, pero jugoso tratado de moral, donde, entre otras cosas, aprendan á detestar el lujo y la desenvoltura, origen funesto que es de la ruina de las familias y hasta de las naciones.

«Siendo la necesidad de vestirse una consecuencia del pecado, el que se engríe por sus alhajas

y vestiduras es un enfermo que se gloria de las fajas que cubren sus llagas. Las personas sensatas suelen valorar una cabeza por lo que hay dentro; mas las frívolas sólo por lo que les está en derredor». (*La reina Maria Lazinska*).

El verdadero ornamento de las mujeres, dice Clemente de Alejandria, es la verecundia. Y San Juan Crisóstomo, dirigiéndose á la mujer cristiana le dice: *Vis ornare faciem? orna non margaritis sed honestate.* (*Lib. 3, cap. 1 et 2*). ¿Quieres ornarte la cara? Ornala, no con perlas y diamantes, sino con honestidad.

Locura y pompa satánica es el prestar culto á las joyas. Si oro posees no es para ornarte con él ese cuerpo miserable, sino para alimentar y salvar á los pobres.

San Gregorio Nazianceno agrega:—¡Cuidado, oh niñas, con llevar sobre vuestra cabeza cabellos ajenos y artefactos á manera de torres! ¡Cuidado con encubrir el rostro, en el cuál se refleja la imagen de Dios, con esos feos y dañinos colores, que os vuelven la cara hecha una máscara de teatro!

¡Desgraciada la casa donde la mujer tiene por ídolo la vanidad!—Oid, oh vanidosas y desenvueltas, cómo habla el Señor por boca de Isaías:

«Por cuanto se han empuado las hijas de Sión, y andan paseando con el cuello erguido, guiñando con los ojos y haciendo gestos con sus manos y ruido con sus pies, y caminan con pasos afectados: raerá el Señor sus cabezas, y las despojará de sus cabellos; les quitará el atavío del calzado, y las lunetas, y las gargantillas ó collares de perlas, y

los joyeles, y los brazaletes, y los bonetillos, y los partidores del pelo, y las ligas, y las cadenillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan sobre la frente, y la muda de vestidos, y las manteletas, y las gasas ó velos, y los preciosos alfileres, y los espejos, y los delicados lienzos, y las cintas, y los vestidos de verano; y en lugar de los olores suaves tendrán la hediondez; y en lugar de los cabellos rizados, la calva, etc... (*Isai. 4, 16, et seq.*)

Os exhorto aún á insinuar en vuestras discípulas la práctica de los siguientes avisos:

1.º No abrigar nunca en el alma el detestable pecado mortal. La sabiduría no entrará en un alma maligna, ni habitará en el cuerpo sometido al pecado. *Quoniam in malevolam animam non intrabit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis.* (*Sap. 1, 4.*)

2.º Pedir la ciencia á Dios, que es el dueño de ella, y á María Santísima, que es llamada el asiento de sabiduría. *Sedes Sapientiae*; á quien S. S. Pío X nos enseña á invocar con la bella jaculatoria: *Nuestra Señora de los buenos estudios, rogad por nosotros*. 300 días una vez al día. (Pío X, 16 de Mayo de 1906.)

Domingo Savio, Miguel Magone (mi colega) y muchísimos otros discípulos de don Bosco, aprendieron de este buen maestro á tener siempre á la vista, durante el estudio, una imagencita de la Virgen, á fin de tener despejado el entendimiento, feliz y tenaz la memoria, y constante el empeño de estudiar.

Sé de muchas niñas, que estudiando consultaban más á Dios que á sus libros, pidiéndole con humildad la gracia de entender lo que leían; y aprovechaban muy mucho á fuerza de jaculatorias.

3.º Conferenciar algunas veces, aun en tiempo de recreación, sobre las cosas que la maestra les explicó en la clase.

Estudiar muy bien *lo que se debe aprender de memoria*, y si es posible, siempre en el estudio de la tarde. Esto se podrá alcanzar, masticando bien cada proposición y no pasando al segundo punto sin haber antes aprendido el primero. De lo que sólo se debe estudiar *al sentido*, es bueno sintetizarlo en varios puntos ó párrafos, escribiendo en el margen, ó mejor en algún cuaderno, algunas palabras que recuerden la substancia de ello.

4.º No se permita que las alumnas lean otros libros fuera de los de texto, ó de aquellos que les fueron expresamente indicados por las directoras ó las maestras. El Señor premiará, no hay duda, su obediencia, concediéndoles un buen éxito en sus estudios, y librándolas de los peligros que consigo traen ciertas incantas lecturas.

Tomad también para vosotras, oh buenas hermanas, todas estas reglas en el caso que la santa obediencia os llame al estudio.

Estudiemos, sí, pero como ya se dijo, en penitencia de nuestros pecados. Si los estudios salen bien, demos por ello alabanza á Dios, de quien viene el ingenio, la memoria, la buena voluntad y la salud; si por el contrario, ya porque la mente es obtusa, ó la memoria olvidadiza, ó la salud

quebrantada, no se obtuviese muy buen éxito, entonces ¡paciencia! ofreceréis á Dios esta humillación y lograréis así una verdadera ganancia para el Paraíso.

Procuremos también recabar de los estudios siempre nuevos argumentos para alabar á Dios. Hasta en el árido campo de las matemáticas se puede encontrar materia apta para formar una escala de oro, que se apoye en el Cielo.

Y aquí termino. Pero antes de dejar la pluma, quisiera exclamar con voz tan fuerte que me pudieran oír todas las hermanas y alumnas esparcidas en el universo mundo: ¡Oremos y trabajemos! ¡Trabajemos y oremos!

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XVII

EL CATECISMO

Qui ad justitiam erudiunt multos, (fulgebunt) quasi stellae in perpetuas aeternitates.

Aquellos que hubieren enseñado á muchos la justicia ó la virtud, brillarán como estrellas por toda la eternidad.

(Dan. 12, 3).

Importantísima como ninguna es esta conferencia que trata de la necesidad y excelencia del catecismo, como también de los requisitos que éste debe tener á fin de que sea eficaz. Empecemos luego con el auxilio de Dios.

I. *Necesidad.* En faltando la profecía, esto es, la explicación de la palabra de Dios, dice el Espíritu Santo en los Proverbios, el pueblo será disipado: *cum prophetia defecerit, dissipabitur populus.* (Prov. 29, 18).

San Beda el Venerable, expone este texto así: Si faltare la instrucción religiosa, la observancia de la ley divina, por medio de la cual el pueblo debía alcanzar el premio de la bienaventuranza, será desatado en la vía de la perdición.

No hay conocimiento de Dios en el país, y por esta causa la maldición, ó *blasfemia*, y la mentira, y el homicidio, y el robo y el adulterio, lo han inundado todo. *Non est scientia Dei in terra. Meledictio et mendacium et homicidium et furtum et adulterium inundaverunt.* (Ose. 4, 2).

Donde no hay prudencia, que es la ciencia del alma, no hay nada bueno. *Ubi non est scientia animae, non est bonum.* (Prov. 19, 2). Esta ciencia del alma es la doctrina cristiana. Si ésta no se sabe, son inútiles las demás ciencias, y hasta pueden dañar el alma.

La causa principal de la fatal ignorancia es la falta de catecismo, y de catecismo bien hecho.

Es cosa que da grima pensar en el sinnúmero de escuelas laicas, donde no se explica ni una palabra de doctrina cristiana. ¡Qué ralea de alumnas saldrán de esos bancos!

—El que no está conmigo, dice Nuestro Señor Jesucristo, contra mí está: *Qui non est mecum, contra me est.* (Mat. 12, 30).

Las escuelas laicas están sin Dios, y, por consiguiente, están con el demonio.

Tenía, pues, razón, ese escritor norteamericano, cuando escribía que de las escuelas laicas salen *educated devils, diablitos educados*, es decir, *perfeccionados*, y, de consiguiente, más diestros en hacer el mal.

¡Dios nos libre de esa gente! ¡No hay demonio más demonio, que una niña sin Dios!

«Una escuela más, dicen los mundanos, quiere decir: una prisión menos». Respondo, distinguiendo:—Si la escuela tiene el catecismo, *concedo*: si no lo tiene, *niego*, y hasta afirmo todo lo contrario.

¡Ay de mí! ¡qué tristes tiempos nos han tocado á causa del olvido de la religión en el pueblo! ¡Cuántas víctimas para el infierno ha hecho, hace

y hará la tolerancia de cultos, si no se catequiza al pueblo, máxime á las niñas!

Deseando el Venerable Taulero ir á misiones entre los infieles, el Señor le dijo que enseñara el catecismo á los cristianos, porque muchos de éstos se pierden por no saberlo.

En estos tiempos debemos dar repetidas misiones en las populosas ciudades. En materia de religión se encuentra frecuentemente á no pocos civilizados, que saben menos que los pobres indios.

Esta necesidad fué siempre bien comprendida por todas las personas de buen sentido. El mismo Voltaire aconsejaba á los padres que hiciesen aprender el catecismo á sus hijos, y hubiera querido que se demandasen ante los jueces á aquellos padres que enviaban sus hijos á la escuela *laica*, donde no se enseña á amar y temer á Dios. Diderot lo enseñaba á su hija mientras amorosamente la acariciaba. Napoleón I, desterrado en Santa Elena, lo explicaba á una niña, á fin de prepararla para la primera comunión; y Víctor Hugo quería que fuesen denunciados á los tribunales aquellos padres que mandan sus hijos á las escuelas donde no se enseña á conocer y temer á Dios.

Si tanto dijo é hizo la gente del mundo, ¿qué no deberemos esperar del ejemplo de los santos?

Basta recordar los nombres preclarísimos de Agustín, de los dos Cirilos, de Gregorio Niceno, de Basilio y Crisóstomo, del Calasanz, de Felipe Neri, de Belarmino, de Vicente de Paúl, del Javier, de Carlos Borromeo, de Sales, de Toribio, de

Grignón de Monfort, de La Salle, del Vianney y de don Bosco especialmente: Santos, todos éstos, que resplandecieron en la Iglesia de Dios, por esta obra santa del catecismo.

La Venerable Madre Yovouhay, fundadora de las Hermanas de San José de Cluny, desde muy niña, en el tiempo del terror, á toque de tambor (las campanas estaban prohibidas) reunía á los niños y niñas del vecindario, ya en una, ya en otra casa de sus padres y parientes; y después, á hirtadillas, les enseñaba el catecismo. Y cuando los sacerdotes eran guillotizados sin piedad, ella explicaba el catecismo por la noche, á fin de que no se pudiera decir que *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis* (Thren. 4, 4) pedían pan los parvulitos, y no había quién se lo repartiese.

¡Ah! ella sabía que esos niños, sin catecismo, se habrían vuelto luego unos satanases; mientras que mediante la doctrina, los preparaba para que fueran muy santitos.

Don Bosco no podía ver á un niño sin enseñarle luego un poco de catecismo.

Todos estos santos no hacían sino obedecer á Dios, que aconseja, y hasta expresamente manda la instrucción religiosa á la juventud. *Filii tibi sunt? erudi illos a pueritia illorum.* (Eccl. 7, 25). ¿Hijos tienes? dice el Espíritu Santo, instrúyelos ya desde la juventud. El que ama á su hijo, lo instruye á tiempo: *Qui diligit filium suum instanter erudit.* (Prov. 13. 24). Los labios del justo instruyen á un gran número de personas: La-

bia justí erudiunt plurimos; mas los que no quieren recibir la instrucción, morirán en su reprobación: *qui autem indocti sunt in cordis egestate morientur.* (Prov. 10, 21).

II. *Su excelencia y utilidad.* San Francisco de Javier solía llamar al catecismo, el medio más adecuado para la conversión de los países y ciudades.—Es más necesario, solía decir, para el bien de una república, el catequizar á la juventud, que poner buen cimiento á un edificio para que no caiga. La piedad, que mediante el catecismo bien hecho y perseverante, se inoculara en la infancia y en la juventud, es como las letras que se esculpen en la corteza de un árbol cuando todavía está tierno, las cuales van creciendo á medida que crece el árbol mismo. Después del fruto del Santo Bautismo para los niños, el principal es el de la doctrina cristiana que se les hace.

Y uniendo los hechos con las palabras, solía enviar á unos muchachos por las plazas y encucos de las calles, los cuales tocaban una campanilla convocando á la gente, y en alta voz repetían: «¡Fieles cristianos, amigos de Nuestro Señor Jesucristo, enviad á vuestros hijos é hijas, á vuestros esclavos y esclavas, enviadlos á la santa doctrina por amor de Dios!» Y los niños corrían al catecismo, y aprendían la doctrina cristiana, y la enseñaban ellos mismos á sus padres; y así, poco á poco, la fe se abría camino entre esos pobres indiecitos, salvándose en gran número.

Y la historia añade que esos pequeños catecú-

menos, hechos hábiles catequistas, estaban siempre alrededor de San Francisco de Javier, sitiándolo con preguntas relativas á la doctrina cristiana, hasta el punto de no dejarle tiempo de comer ni de dormir. Si quería rezar con tranquilidad su Breviario, debía irse á esconder.

Estos niños fueron más tarde otros tantos apóstoles celantísimos, que en todas partes, con el permiso del santo, sostenían victoriosamente disputas sobre religión con sus contemporáneos idólatras: iban á caza de ídolos y se los llevaban á Javier, ó los despedazaban y pulverizaban sin misericordia. A tal punto llegaba su celo por la santa religión, que acusaban hasta á sus propios padres. Los demonios mismos temblaban ante esos jovencitos; y á su intimación abandonaban á los pobres posesos.

¡Divina obra del catecismo! ¿quién podrá ponderar suficientemente tu excelencia?

La que con celo incesante catequiza, llega á ser madre espiritual de Jesucristo mismo, porque mediante el catecismo, lo engendra en el corazón de sus catequizados. Esto dijo San Gregorio Magno cuando explicaba el *Filioli mei quos iterum parturio donec formetur in vobis Christus* de San Pablo. (*ad Galat. 4, 19*).

Quien con celo incesante catequiza, hace, sin saberlo tal vez, una de las más bellas y meritorias obras de penitencia, que le abreviará el purgatorio, y le aumentará sin dnda la aureola de gloria en el Cielo.

Y aquellos que (particularmente en tiempos

como los nuestros tan necesitados) instruyen á los fieles en la ley del Señor, y los animan á la observancia de los divinos preceptos, resplandecerán como astros en el firmamento, y como estrellas en las perpetuas eternidades. (*Dan. 12, 3*).

III. ¿Cómo hacer para que la explicación del catecismo resulte eficaz?

1.º *Sabiéndolo de antemano muy bien vosotras mismas.* Es éste, ciertamente, uno de vuestros más graves deberes: *No se deberá admitir nunca, á la toma de hábito, una postulante que no sepa bien, desde el principio al fin, al menos todo el pequeño catecismo.*

Decía San Vicente Ferrer, que no sólo se pierden muchísimas almas por la ignorancia acerca del catecismo, sino que también se exponen al peligro las almas de las mismas maestras que no lo enseñan porque no tienen gana, ó no lo enseñan bien porque no lo saben.

Santa Teresa aconsejaba á todas sus religiosas que no estuvieran nunca sin este divino libro; y la Venerable María de Agreda lo leía todo entero cada día.

2.º Pero para explicarlo á las niñas no basta saberlo materialmente de memoria; es necesaria, además, una rigurosa preparación remota y próxima. El fruto del catecismo está siempre en relación con esta preparación. El que poco siembra, poco recoge; el que nada, nada. Antes de haber arroyuelo, debe haber fuente. *Nemo dat quod non habet.* No se puede enseñar cosa alguna sin haber-

la antes aprendido; ni aprenderla, sin haberla estudiado.

Preparación remota. La religiosa que está poseída de un gran respeto á la palabra de Dios, y encendida de celo por la salud de las almas, se dedica con todo empeño á estudiar la religión; se prepara muy bien sobre lo que debe explicar á las alumnas, y, por consiguiente, obtendrá siempre un óptimo resultado.

Pero la que se atreve á enseñar el catecismo sin prepararse, es temeraria; falta el debido respeto á Dios y á su santa doctrina; se expone al peligro de decir inexactitudes y tal vez hasta herejías; y además, verá que sus alumnas reciben con náusea cuanto ella se esfuerza inútilmente en explicarles.

San Juan Bautista de la Salle llama criminal la ignorancia en materia de religión de ciertos hermanos de las escuelas cristianas (sus hijos), porque son causa de la ignorancia de los alumnos que se les ha encomendado.

Y el Padre Champagnat dice claramente á sus religiosos: «Ninguno de vosotros puede descuidar el estudio del catecismo sin hacerse culpable». Un tal descuido, trae consigo muchas malas consecuencias:

- 1.^a No tendrá nunca (el mismo maestro) un conocimiento suficiente de nuestra santa religión y será un hombre superficial por toda su vida.—
- 2.^a No podrá dar á sus alumnos la necesaria instrucción religiosa, y así formarlos en la virtud: lo cual es como un abandonar el fin del instituto, y

volver seculares, es decir, laicas nuestras escuelas, en una palabra, es faltar al primero y más importante deber de un maestro, que es dar, ante todo, la enseñanza religiosa y la educación cristiana.

Algunas dicen que les falta tiempo para prepararse. ¡Vana excusa! Muy bien que encuentran el tiempo para cuando se trata de otras materias.

Otras se excusan con decir que ya han leído varias veces los catecismos de la biblioteca. Pero éstas no piensan que el conocimiento de la propia religión no depende solamente del estudio de esta clase de libros, sino también de la lectura asidua de libros ascéticos, de la vida de los santos, de la historia de la Iglesia y de la meditación de lo que se ha leído.

N. B.—Pertenece á la preparación remota el estudio concienzudo del idioma nacional. Cuando la catequista habla una jergonza ridícula, salpicada de errores, las alumnas que no suelen razonar todavía bien, son tentadas de creer ignorante del todo á esta maestra que no sabe hablar; y por esta causa, poca brecha hará en el corazón de aquellas con todas sus explicaciones.

Y cuando se trata de enseñar, la propiedad del lenguaje en catequizar es todavía más necesaria. Un despropósito de lengua es suficiente algunas veces para volver inútil la explicación entera. De aquí es que yo llamo con el nombre de *caridad*, eso de corregirse recíprocamente los defectos gramaticales, las palabras no castizas ó no bien pro-

nunciadas. Que si se trata de maestras, tal caridad me parece obligatoria.

La dicción debe ser clara, sin errores. Algunas con tantas síncopas, aféresis y apócope ilegítimos, su lenguaje lo vuelven casi bárbaro. ¡Aviso á quien convenga! ¡Animo, pues, y procurad corregiros á la brevedad!

3. La *preparación próxima*. Esta consiste:

1.º En aprender casi de memoria, ó á lo menos leer muy atentamente y con reflexión la materia que se debe explicar.

2.º En notar los puntos principales, sobre que es necesario llamar la atención especial de las alumnas.

3.º En prevenir las preguntas secundarias que se pueden hacer sobre cada uno de estos puntos, y concadenar las unas con las otras, de modo que sirvan para desarrollar la verdad, y hacerla comprender hasta por las inteligencias más limitadas.

4.º En tener preparados los pasos históricos y los símiles adecuados para aclarar y confirmar la explicación, y encarnar la verdad en la mente de las alumnas. Los ejemplos que se narran, sean breves, y tengan íntima relación con la verdad explicada.

5.º En preparar también las consecuencias prácticas que se deben proponer al fin de cada explicación.

6.º En orar, sobre todo, y orar bien, pidiendo al Espíritu Santo y á María Santísima, su divina Esposa, que quieran iluminar la mente y tocar vuestro corazón y el de las catequizandas. Para

enfervorizar, es necesario ser fervorosas. Una palabra de una catequista inflamada de amor á Dios, dice San Ligorio, vale más que cualquiera otra exhortación de un teólogo tibio. La que no es fervorosa podrá hacer rumor, pero nunca alcanzará verdadero fruto. *Nemo dat quod non habet. Qui non ardet, non incendit.*

San Francisco de Sales, antes de empezar el catecismo, solía pasear la mirada sobre su auditorio, encomendándose á los ángeles custodios de cada niño, para que lo ayudasen en obtener abundante fruto.

IV. *Importancia del catecismo*. Primeramente es necesario inculcar á vuestras alumnas: 1.º, que el catecismo es el más bello de todos los libros; 2.º, que si ellas lo estudiaren con amoroso empeño, obligarán al Señor á tornarles más fácil el estudio de las otras materias; 3.º, que si en los exámenes finales de este mundo serán preguntadas en tantos libros, en el examen final del juicio particular no serán examinadas, sino sobre las cuatro partes del catecismo, es decir, si han creído firmemente, si han orado bien, si han practicado los mandamientos y recibido bien los Santos Sacramentos; 4.º, que, por consiguiente, traten con amor y respeto este libro santo: que cuiden de no mancharlo ó ajarlo: que procuren darle un puesto de preferencia entre los otros libros; y si alguna vez se les cayere al suelo, lo recojan pronto, dándole un ósculo respetuoso, como se practica en semejante caso con los objetos benditos. En suma, el catecismo debese

estimar cual *divina reliquia*; y antes que perder este libro, deberíamos permitir que se pierdan todos los otros, como bien lo hizo esa alumna de *Pringles*, mentada en la conferencia anterior; 5.º, tres cosas se requieren para que una explicación de catecismo sea bien hecha y eficaz: *método, brevedad y claridad*.

a) *Método*. Consiste éste: 1.º En tener á las niñas, por cuanto sea posible, cómodamente sentadas y todas bien á la vista, de modo que ninguna pueda sustraerse á vuestras miradas.

2.º No hacer largos discursos, sino más bien interrogar frecuentemente, y no siempre á las mismas, sino ya á la una, ya á la otra, sorprendiendo así á las desatentas, si las hubiese. El catecismo debería ser un continuo diálogo. La que habla continuamente ella sola, saca poco ó ningún fruto.

3.º Procurar dividir en diversos puntos la materia que se explica; por ejemplo, hablando de la caridad, demostrar que es la virtud más perfecta, la más provechosa, la más necesaria, etc. Hablando del pecado mortal, probar que ofende á Dios, da muerte al alma y nos merece el infierno eterno; servirse á menudo de las tres interrogaciones: ¿quién es? ¿por qué? ¿cómo? Por ejemplo: ¿Quién es Este que está aquí crucificado? Y ¿por qué? ¿por qué fin se dejó crucificar? ¿Cómo y cuánto sufrió en la cruz antes de expirar? etc.

b) *Brevedad*. Las niñas no pueden aguantar largos discursos. Explíqueseles el catecismo palabra por palabra (excepto donde la prudencia lo

prohibiese). Hágaseles aprender de memoria las respuestas, y *á la letra*. Pero siempre sean estas explicaciones breves por cuanto es posible. Y no se pongan demasiadas planchas al fuego, es decir, no se hagan tantas cuestiones, de modo que la una oprima á la otra, acabando por producir cansancio y confusión.

c) *Claridad*. Esta resulta de la sencillez en los pensamientos; de la concisión en la frase; del no tocar cuestiones intrincadas ó demasiado difíciles, que no están al alcance de las niñas; del no poner objeción alguna, á la cual no se pueda responder más que triunfalmente; del evitar ciertas locuciones figuradas, términos abstractos, etc., sino servirse siempre de breves símiles y ejemplos, sacados especialmente de la *Sagrada Escritura* y de la vida de los Santos.

Es necesario que os hagáis niñas con las niñas, sencillas con las rudas, de modo que podáis decir con San Pablo: *Facti sumus parvuli in medio vestrorum*. (1 ad Thes. 2, 7). Más bien nos licimos párvulas en medio de vosotras, como una madre que está criando, llena de ternura para con sus hijas: *tamquam si nutrix foveat filios suos* (*ibid*).

V. *Verdades principales que hay que inculcar explicando el catecismo*.

No descausen las catequistas hasta que sus discípulas no hayan aprendido á hacer exacta y devotamente la señal de la Santa Cruz, y no conozcan bien los Divinos Misterios que allí se encierran, es decir: la Unidad de Dios, la Trinidad de

las personas y la Redención por medio de la Cruz; hasta que no sepan decir ¿quién es Nnestro Señor Jesucristo? ¿Quién es su verdadero Padre? ¿Quién es su verdadera Madre? ¿Dónde se encuentra Jesús en cuanto Dios, y dónde en cuanto Hombre-Dios?

Enséñeseles claramente el modo de administrar el Santo Bautismo, en caso de necesidad. Repítaseles á menudo que Dios no nos ha dado la vida tan sólo para comer, beber, etc., sino para amarlo y servirlo en esta vida, y después ir á gozarlo en la otra; que el Paraíso y el infierno *son eternos*, que basta un solo pecado mortal para ir al infierno; que quien reza se salva, y quien no reza se condena; que es mejor quedarse con una víbora en el seno, que no vivir con un pecado mortal en el alma; que es mucho mejor mal no confesarse, que confesarse mal; que quien frecuenta las malas compañías, no tiene necesidad de demonios para precipitarse en el infierno; que el vicio contrario á la bella virtud *¡llena el infierno de juventud!*— que gritar *¡el lobo!* es caridad para con las ovejas, y por lo mismo se deben acusar á las superiores las malas compañeras; que una verdadera devoción de María Santísima y del Santísimo Sacramento no se perderá ciertamente, etc.

Inculqueseles, especialmente, que hagan con frecuencia y bien el acto de Caridad y Contrición, es decir, no sólo con los labios, sino y especialmente con el corazón, porque muchas confesiones de las niñas son malas por falta de dolor y de propósito verdadero.

Enséñeseles el modo práctico de confesarse, es

decir, que pidan antes la bendición al confesor, diciendo: *Benedicidme, oh Padre, porque he pecado*, y acto continuo se santigüen; que no repitan tantas veces la palabra *acúsome*, pues basta decir-la al principio; que acaben de una vez con ciertos fastidiosos pleonasmos, ex. gra. *así, así*, etc.; que al padre confesor respondan: *sí, padre*, y no *sí, señor*; que hablando, sean claras, pero más bien breves; que si tienen temor de callar, se bendigan de por sí mismas la lengua con agua bendita antes de presentarse al confesor; que empleen al menos un cuarto de hora en dar gracias después de la Comunión, etc.

¡Cuántas niñas se encuentran, desgraciadamente, que después de haber estado un año y más en ciertos colegios, y haber hecho varias veces la santa Comunión, ignoran absolutamente muchas de las cosas arriba indicadas!.. ¡Ah! ¡Desaparezca pronto este desorden!

Para acercarse á la primera Comunión, las niñas han de saber, no sólo de memoria, sino *intelectualmente*, la explicación del *Credo*, de los *Mandamientos*, de la *Oración* y de los dos Sacramentos: ¡Penitencia y Santa Eucaristía!

VI. *Carácter Eucarístico*. Este es el carácter que debería imprimirse en todas nuestras explicaciones del catecismo. Y con este motivo, si es posible, explíquese la doctrina en la Iglesia, delante del Santísimo, y hágase comprender á las alumnas que estas mismas verdades, encerradas en el catecismo, fueron enseñadas por el mismo Jesús,

que está allí presente en el Santo Tabernáculo, y las está observando; ó á lo menos, como dice el Frassinetti, llevadlas á la Iglesia antes ó después de la doctrina, para que Jesús las bendiga.

¡Qué dulces frutos se recogerán en los catecismos acompañados de tal bendición!

VII. *Buen ejemplo.* Es esta, sin duda, la primera lección que una catequista debe dar á sus alumnas. Las niñas aprenden más con los ojos, que con los oídos. Toda catequista puede estar cierta que tiene tantas escudriñadoras é imitadoras de su persona, cuantas son sus discípulas. Estas la están observando continuamente, y notan toda palabra, toda mirada, todo ademán, hasta el más leve movimiento. Siu que ella ni siquiera lo sospeche, le estudian su carácter, sus buenas y malas cualidades, y se creen con derecho de tenerla por modelo en todo y por todo.

Es inútil hacer bellas explicaciones y no corroborarlas con el ejemplo. La voz de la boca suena, pero la del ejemplo truena. *Vox oris sonat, vox operis tonat.*

Si queréis que recen bien vuestras alumnas, orad bien vosotras primero; si queréis que aprendan la paciencia, la modestia de los ojos, la devoción, el debido respeto y amor al Santísimo Sacramento, al Papa, á los Obispos, á los Sacerdotes, á los Superiores todos, etc., ¡que todo lo vean ellas primeramente en vuestra persona, y después todo lo oigan de vuestra boca! Sed, en suma, cual terrible espejo de virtud para cada una de vuestras discípulas.

Lo que decís á las otras, debéis aplicarlo antes á vosotras mismas, de modo que no debáis merecer la repreusión del Espíríta Santo:—Eres hábil para instruir é inútil para tu alma. *Multorum eruditor, et animae tuae inutilis es.* (Prov. 27, 21).

VIII. Terminaremos recordando las severas prescripciones de Nuestro Santo Padre Pío X, dadas en la encíclica *Acerbo nimis* de 15 de Abril de 1905. En ella, Su Santidad nos repite las palabras de Benedicto XIV, es decir que: «La mayor parte de los que están condenados á los eternos suplicios hallaron su perpetua desventura por su iguorancia de los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para estar iuscritos entre los escogidos». Acerbamente se lamenta en seguida de que muchos cristianos vivan cual idólatras en medio de la luz del cristianismo, cabalmente porque no han aprendido nada de la doctrina cristiana. Dice que el oficio de catequista es el más importante, y hasta el más necesario entre los nobles oficios del apostolado católico; y termina recomendando á todos los párrocos y en general á todos los que tienen cura de almas: 1.º Que todos los domingos y fiestas del año, *sin excepción alguna*, con el texto del catecismo, enseñen *por el espacio de una hora* á los niños y á las niñas, lo que cada cual debe creer y hacer para salvarse.

2.º Que los mismos, en determinado tiempo del año, con una instrucción continuada de varias semanas, y si fuere necesario, aun de meses enteros,

preparen á los niños y á las niñas á recibir los Sacramentos de la Penitencia y Confirmación:

3.º Que del mismo modo, y *con un cuidado especial* en todos los días feriales de Cuaresma, y si fuese necesario, en otros días después de Pascua, preparen con oportunas instrucciones y reflexiones á los niños y á las niñas, á hacer santamente la primera Comunión.

El Vicario de Nuestro Señor Jesucristo ha hablado. Es como si hubiera hablado el mismo Dios...
¡Desgraciado del que no le obedeciere!

DEO GRATIAS ET MARIE

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

PARTE III

Medios de santificación

CONFERENCIA XVIII

LA SANTA CONFESIÓN

Confesor extraordinario

Si confiteamur peccata nostra: fidelis est, et justus, ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate.

Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es él (Jesucristo) para perdonarlos, y lavarnos de toda iniquidad, según su promesa. (I. Joan. 1, 9).

Tomo esta vez la empresa de desarrollar un asunto muy antiguo, pero siempre nuevo, y que tiene el privilegio de despertar á los que duermen: *La Santa Confesión.*

I. Empezaré por la parte más importante: *el dolor.*

He aquí lo que á nosotros, cuando niños, nos recomendaba siempre don Bosco. El dudaba á menudo de la validez de ciertas confesiones, cabalmente porque eran faltas de dolor verdadero.

Puede acontecer que una religiosa, después de haber buscado y rebuscado con diligencia todos los escondrijos de su corazón, haya preparado una retahíla de pecadillos y defectos, y que de ahí, re-

citada su ordinaria letanía, quede muy satisfecha, aun cuando no haya tenido un verdadero dolor ni formado un firme propósito de enmendarse siquiera *de uno de esos pecados*. ¡Qué ilusión! Las mejores confesiones no son las más largas, *sino las más dolorosas*.

Este Sacramento se llama *de la Penitencia*, es decir, Sacramento *del dolor*; faltando el cual, le falta su misma esencia, ó lo que es lo mismo, no hay sacramento; y la confesión se vuelve, por esta razón, á lo menos inútil.

II. Tomemos por blanco, pues, siquiera uno ó dos pecados veniales más graves (todos los pecados veniales son cosa grave, eu sí considerados, aun cuando no sean mortales, es decir, son el mayor mal del mundo después del pecado mortal) y decláreseles guerra abierta sin cuartel, hasta no haber destruido la última raíz de ellos; especialmente si se tratase de ciertos pecados veniales bastante gorditos, ex. gra.: ciertas murmuraciones, ciertos juicios temerarios, ciertas palabras pronunciadas ya con un poco de cólera, ya para burlarse del prójimo, ciertas mentiras soltadas á sabiendas, por vanidad ó á fin de encubrir algún defecto nuestro, etc., etc.

Por regla ordinaria, son estos mismos pecados los que deben formar objeto de nuestro examen particular cotidiano.

A este propósito pláceme señalar, de un modo especial, los pecados que son hijos del amor propio, á quien se ha dado, no sin fundamento, el nombre

de *amor común*, porque todos tenemos una tal cual dosis de él. A las obras, pues, á las palabras, á los juicios, etc., que procedan de este mal amor propio, debemos dar golpes mortales con un dolor verdadero y una confesión sincera. «Yo perseguiré á mis enemigos, decía el Profeta Rey penitente, y los alcanzaré, y no descansaré hasta que del todo no los haya destruido: *Persequar inimicos meos, et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant.* (Ps. 17, 37).

Y estos enemigos son, antes de todo, los hijos malditos del malditísimo amor propio, que todo lo echa á perder.

Deseo insistir sobre la necesidad de disponer el corazón á la contrición ó á lo menos á la atrición, la cual, ya por lo frecuente de las confesiones, ya *por la materia leve* que se suele llevar, hay peligro de que muchas veces falte, volviéndose de este modo, nula la confesión.

No será, por tanto, fuera de propósito explicar la pregunta n.º 107 de la IV parte del pequeño Catecismo único, que dice: *¿Es bueno acusarse de algún pecado grave de la vida pasada, etc?*

Es cierto que *en este caso* la acusación, de que habla el catecismo, no es necesaria de un modo absoluto, porque, hablando en rigor, bastaría la acusación dolorosa de todos los pecados de la vida pasada sin especificar ninguno de ellos en particular; pero es aún bien cierto que, tratándose del alma, *nulla nimia securitas ubi periclitatur eternitas*; y es muy fácil que se despierte en

nuestro pobre corazón un dolor á lo menos suficiente, cuando volvamos á acusarnos (aunque sólo en general) de ciertas especies de pecados, como serian: graves desobediencias, pecados de gula, cólera, malos ejemplos, omisiones, soberbias, hurtos, odios, murmuraciones, etc., de la vida pasada.

III. Y es aquí el caso de advertir que no se debe dar crédito á todo dolor que sintamos ó que creamos sentir, aun cuando esté acompañado de abundantes lágrimas, porque varias veces parecerá dolor bueno y será quizás falso. Ejemplo al canto. El padre confesor dice á su penitente, por ejemplo:—¡Puede ser que sea usted la más grande pecadora que vive en esta casa!—La penitente, al oír una tal sentencia, se pone á llorar á cántaros. ¿Serán sautas estas lágrimas? ¿Será sincero su dolor? Sí, y no. Si esta llora porque más que todas sus hermanas abofeteó y crucificó á Jesús; porque más que todas las otras afeó su alma, antes tan pura y tan cara á Dios; porque de por sí misma se cerró el Cielo y se abrió el infierno; porque robó almas al pobre Jesús, etc.; ¡ah! entonces sí, ¡benditas lágrimas! Su dolor no solamente será verdadero, sino santo y envidiable: Al contrario, si esta penitente llora tan sólo porque se cree ser sola, como un negro cuervo, entre tan candidas palomas, y continúa llorando de *puro amor propio*, y pensando sólo en sí misma, y nada en su Dios ultrajado, será falsísimo el dolor que piensa tener con semejante doloroso aparato.

Téngase siempre presente, además, cuanto dice

el catecismo, referente á los pecados *veniales*, es decir, que si para la validez de la confesión, basta arrepentirse de alguno de ellos, para obtener, además, el perdón de todos, *es necesario arrepentirse de todos ellos*.

Dos palabras aún sobre la *brevedad en la acusación*.

He ahí una penitente que quiere hacer su confesión mensual. Lo que esta pretende es repetir la infinita letanía de pequeñas miserias, que no solamente ella, sino también el confesor, ya saben perfectamente de memoria. Y ¿qué cosa sucede? Que después de haber repetido una vez más la acostumbrada *cantinela*, queda de ello tan satisfecha como si hubiera hecho la mejor confesión del mundo, sin descender, empero, al particular, es decir, á descubrir la pasión ó defecto dominante, acusando las principales caídas en este pecado, con gran dolor y verdadero propósito. ¡Error! ¡Menos palabras y más dolor! Atáquese de frente al enemigo, diciendo: Padre, mi mayor defecto es éste, ó estotro; en este mes lo he vencido más ó menos que en el pasado. Ayúdeme el Señor, que quiero de veras acabar con estos pecados, etc.

IV. Hay otras aún que desearían oír un sermón cada vez que se presentan al confesor. Para los sermones está el púlpito; pero el confesonario es tan sólo para las *recetas* espirituales, las que son á veces tanto más eficaces cuanto más breves son: don Bosco en una ocasión me dijo allá en Mornese, en la casa de la fundación: «Sé breve,

oyendo confesiones; no permitas, generalmente, que tus penitentes se extiendan y hablen mucho después que han acusado sus pecados. Dale la receta; es decir, con la penitencia, una breve palabra de dirección, de meditación, etc., y diles que no se olviden de la *receta* durante la semana, porque esa vale más que un elocuente sermón." Y a la verdad, el sermón se hace para todos, pero esta receta es propia y exclusivamente para ti, ¡oh alma penitente!

Acordaos, pues, de la receta, á lo menos de una á otra confesión, porque si perdéis ésta, es inútil haber ido al farmacéutico. Pero ¡cuidado con pretender sermones! Esta brevedad no impide que de vez en cuando digáis al padre confesor que pida á Dios por vosotras; ¡cuán feliz es el alma por quien reza de veras su confesor! y que le prometáis recomendarlo á Jesús, cumpliendo así un estricto deber, cual es el de pedir por el mayor de nuestros bienhechores espirituales, como es cabalmente el padre confesor.

Especialmente cuando se acerca alguna fiesta de Nuestra Madre María Santísima, convendrá que todas las hermanas que tienen cuidado especial de las niñas, procuren prepararlas con santo empeño para tal fiesta. Repítanles que nuestra buena Madre les quiere regalar un bellissimo vestido nuevo para su fiesta; pero que solamente se lo dará mediante una buena confesión, la cual desea Ella que sea *general* para aquellas niñas que, habiendo ya llegado á una cierta edad, no la hubiesen hecho aún; ó bien para aquellas á quienes el confesor las acon-

sejase ó intimáse. Procuren, pues, las maestras y asistentes, prepararlas con prudencia y celo, sugiriéndoles que la hagan, en cuanto sea posible, con el confesor ordinario.

V. Traten de instruir las bien, de modo que sepan:

1.º Rezar el *confiteor* antes de presentarse al confesor, (esto abrevia la confesión).

2.º Que pidan la bendición antes de santiguarse, y después de esto hagan la señal de la cruz y empiecen la confesión.

3.º Que no se acusen condicionalmente, diciendo por ejemplo: acúsome *por si acaso* cometí algún pecado mortal, etc., y tampoco digan *me parece*, cuando están muy ciertas de una cosa; porque esto echaría á perder, ó á lo menos, anularía la confesión. Tales modos de acusarse son, en muchos casos, frutos legítimos del amor propio, que es el primer embrollón doméstico y, por consiguiente, el primer *embrollaconfesiones*.

Estas maneras de confesarse suelen incluir verdaderas mentiras; y como todos los hombres son mendaces, *omnis homo mendax* (Ps. 115, 2), ó á lo menos todos somos inclinados á la mentira, no nos contentemos con desarraigarla solamente de nuestras niñas, sino también y particularmente de nosotras mismas; porque nunca nos haremos santas sin la santa humildad; ni nunca gozaremos de una paz verdadera, si no hubiéremos vencido antes á nosotras mismas con una sincerísima confesión.

4.º Que no basta acusarse de haber consentido

en malos pensamientos, cuando éstos se hubiesen pnesto por obra.

5.º Que nuuca se excusen malamente mientras se confiesan, porque esto sería indicio de que no hay verdadero dolor. Ya se sabe que cuando uno en la confesión se acusa, Dios lo excusa; mas si al contrario se excusa, Dios lo acusa. (*San Agustín*).

6.º Que acusen el número exacto de los pecados cometidos, y si esto fuese absolutamente imposible, á lo menos el aproximativo.

Tengan muy presente las catequistas, que la mitad de las niñas y quizá la mitad de la otra mitad, por regla ordinaria, no suele acusar el número exacto de los propios pecados y tal vez ni el aproximativo. (El aproximativo es suficiente, cuando después de un examen cabal, no se ha podido hacer una cuenta exacta).

Yo bien sé que la regla de acusar el número de los pecados, no se refiere á los veniales, pero sé también que á veces es cosa incierta si el pecado cometido es solamente venial ó ha excedido ya los límites de éste y sea mortal. En este caso, es claro que es bueno expresar su número. Y quien se habitúa á no decir el número de los pecados veniales más notables, corre peligro de no manifestar ni siquiera el número de los mayores, que son los mortales. Y por este motivo aconsejad á vuestras alumnas á que manifiesten siempre el número de los veniales más considerables. Repítase siempre y siempre, y hágase resaltar más y más esta doctrina, que es de la mayor trascendencia.

7.º Instruidlas, además, con respecto al acto de contrición que se dice antes de recibir la absolución. ¿Quién me podrá decir la precipitación con que rezan este acto muchísimas niñas? Salen las palabras á *la grande hate* y como si se recitase una lección que se ha aprendido perfectamente de memoria, como lo haría cabalmente un papagayo. ¡Pobre confesión! y ¿qué tiene que ver la verdadera contrición, con un torrente tan impetuoso de palabras? Cuando un dolor sincero oprime el corazón, nos sofoca hasta la palabra. ¡Alerta sobre este punto! no sea que hagáis reir al diablito con tanta palabrería, y nada de verdadera contrición.

¡Récese el acto de contrición despacio, despacio! Reflexiónese bien sobre las palabras: *pecando he ofendido á un Dios tan bueno, tan grande como sois Vos, etc.*, es decir, á un Dios que es la misma bondad, crucificado por nosotros, muerto, etc.; la cual cosa bien meditada nos moverá á contrición perfecta. Incúlquese también á las niñas que durante este acto ya no piensen más en buscar ó examinar los pecados, sino que más bien se imaginen estar bajo el árbol de la Cruz, desde el cual Jesús crucificado hace caer la lluvia de su preciosísima Sangre, en la cual son lavadas sus almas mediante la confesión dolorosa y la absolución.

8.º Que al acabar la acusación particular de sus pecados, hagan la acusación general, *dolorosa*, etc., como ya dijimos, de algún pecado más grave de la vida pasada.

9.º Que apenas salidas del confesonario den

gracias á Jesús crucificado por el beneficio recibido, y no se olviden de cumplir lo más pronta y sautamente la penitencia sacramental. La Venerable María de Jesús Agreda cumplía siempre la penitencia con las rodillas desnudas en el suelo, y decía que ésta era una oración muy diversa de las otras, en cuanto que por ella Dios conmuta otra pena mucho mayor.

¡Oh! felices las religiosas que, movidas por el celo de las almas, preparan convenientemente á sus alumnas á fin de que sepan asirse de ésta, que es justamente definida, *segunda tabla de salvación después del naufragio: secunda post naufragium tabula.*

VI. *Confesor ordinario.* Rezad por él; respetadlo cordialmente; pedid amplia libertad para comunicarle todo lo que atañe á vuestra conciencia; mas fuera de confesión se ha de tener poca comunicación con él, tanto de palabra como por escrito, á fin de evitar la demasiada familiaridad.

Un buen confesor es el mejor regalo de Dios. ¡Felices de vosotras si tenéis siempre un confesor *tan docto* que os sepa guiar rectamente por la senda del Paraíso, y, lo que es mejor, *tan santo*, que con su ejemplo, consejos y oraciones, os obtenga de Dios un eusanche de corazón con la caridad, en términos que podáis correr gozosas por el camino de los SS. Mandamientos y de vuestra Santa Regla. (Ps. 118, 32).

VII. *Confesor extraordinario particular.* Su Santidad León XIII, en su famoso decreto sobre la confesión de las religiosas, manda (y esto quiere decir que es Jesucristo mismo que manda) que los Superiores no rehusen á sus súbditos el confesor extraordinario cuantas veces tengan *necesidad* de él *para proveer* á su propia conciencia; y quiere que no indaguen de modo alguno el motivo de la petición ó demuestren que no les agrada.

Exceptuado, pues, el caso que se supone hipotético, en que una hermana pidiera *tantas veces* al extrordinario, en términos de convertirlo en ordinario (dando así evidente motivo para juzgar que lo hace, no tanto por proveer á su propia conciencia, cuanto para satisfacer su propio capricho, y hacer desesperar á los pobres superiores); se le debe conceder fácilmente el *extraordinario* que pidan, con tal de que éste sea aprobado *ad hoc* por el Diocesano.

Harto es verdad, que eso de fácilmente cambiar de confesores, no es ciertamente el modo más eficaz de progresar en la virtud; que por el contrario, si la manía de hacer cambios se fuera generalizando en una casa religiosa, peligraría por cierto el espíritu de toda la comunidad; pero es también evidente, que si con impedir el *extraordinario* fuésemos causa de que se cometiera un sacrilegio tan sólo, *caeríamos en un mal enormemente mayor.* Es cosa clara que entre dos males, debemos escoger el menor. Procuremos, pues, facilitar en cuanto sea posible, el extraordinario á todas las que de él tuvieran necesidad.

En las cosas difíciles recurra la Directora á la *Mater Boni Consilii* Maria Auxiliadora, y después de esto esté cierta (don Bosco lo prometió) que no se equivocará en las resoluciones que tenga que tomar.

Notas. 1.^a El *Monitor Eclesiástico* (An. 31 fasc. 1) dice que una hermana no sólo puede válidamente y lícitamente confesarse en las iglesias públicas con cualquier confesor, aún no aprobado para las religiosas (S. C. de Ob. y Reg., 20 de julio de 1875), sino que si hubiese salido ella lícitamente de casa y se confesase en una iglesia pública sin consentimiento y noticia de la Superiora, *utitur jure suo*; porque la ley en esto no exige ni consentimiento ni noticia de la Superiora; y justamente no lo exige, porque se trata de la libertad de conciencia, la cual es sagrada é inviolable.

2.^a La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en 5 de agosto de 1904, declaró que las Superiores no tienen facultad para negar el confesor extraordinario particular, cuando lo pida alguna de las religiosas súbditas suyas, por más que la tal Superiora crea tener razones especiales *extrínsecas* para no permitir que sea llamado el confesor que la religiosa pide; (v. gr.) porque la Superiora cree que dicho confesor es poco favorable al monasterio, ó casa; ó que es causa de perturbación en la comunidad. Lo único que en tales casos puede hacer la Superiora es, después de conceder el confesor que se pide y hacerle llamar, exponer al Ordinario las razones que se le ofrecen, á fin de que tal confesor sea excluido del

número de los extraordinarios particulares para aquella casa ó para aquella religiosa. Expuestas estas razones, debe sujetarse á lo que resuelva el Ordinario.

3.^a He aquí el *modus agendi* que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares trazó á los Obispos y demás Rmos. Ordinarios Diocesanos con respecto al Confesor extraordinario y ordinario.

a) Si se trata de confesores extraordinarios *generales*, se pueden conceder á las religiosas que tienen *absoluta repugnancia* para confesarse al Confesor ordinario.

Tratándose de Confesores extraordinarios *particulares* se han de conceder *siempre* en las graves y peligrosas enfermedades. Para las Religiosas que no están en peligro de muerte, mas que, aún confesándose con el confesor ordinario, desean, *para mayor paz de conciencia y mayor provecho espiritual*, un confesor extraordinario, débese permitirselo también, en este caso, con tal que esté aprobado para Religiosas, y no se obre por ligereza ó por indiscreto apego á la persona, sino puramente por las razones susodichas.

Y, finalmente, si el Obispo sabe ciertamente que el motivo de la petición ha sido el capricho ó una afición indiscreta, no deberá concederlo.

b) Cuando el confesor ordinario hubiere acabado su trienio, podrá ser confesor extraordinario del mismo monasterio *después de un año*; y aún antes, si el Obispo no sabe cómo proveer, por falta de sujetos idóneos.

c) La ley del *trienio* afecta tan sólo á los con-

fesores ordinarios; de consiguiente, los *extraordinarios*, ya particulares, ya generales, no necesitan la venia apostólica para ser confirmados después del trienio.

d) La obligación del trienio para el Confesor de las alumnas, que viven en los colegios y demás institutos, ya no existe; en otros términos: la ley del Confesor ordinario, deputado para cada monasterio, no se refiere á los colegios de las niñas y doncellas que allí moran. (*Monit eccles. Anno 31 fasc. 12*).

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XIX

LA SANTA COMUNIÓN

Panem nostrum supersubstantialem (quotidianum) da nobis hodie.
El pan sobresubstantial (de cada día) dáoslo hoy.
 (Math. 6, 11. Luc. 11, 2).

I. *Frecuencia de la Santa Comunión.* Supongo que en todas vuestras casas haya la feliz costumbre de superar las prescripciones de la Santa Regla en relación á este punto. La Comunión es ordinariamente cotidiana, ¿no es así? No puede haber mayor consuelo para Jesús Sacramentado, ni fortuna más grande para vosotras.

Una sola comunión bien hecha, dice S. Vicente Ferrer, brinda al alma más gracias que una semana de ayuno á pan y agua. ¿Quién podrá, pues, encarecer lo bastante las ventajas de la comunión cotidiana?

Toda casa religiosa es como una especie de Paraíso terrestre, en medio del cual plantó Dios el árbol de la vida—el Santísimo Sacramento—que es cabalmente llamado el Pan de la vida. *Ego sum panis vitae. (Joan 5, 35).*

Ahora bien: Nuestro Señor Jesucristo ha colocado en la puerta de este Paraíso de espirituales delicias, un querubín que arroja llamas, no de enojos, sino de amor. *Collocavit ante Paradisum voluptatis cherubim et flammeum gladium: pero*

no ya para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida, sino para llevar las almas más fácilmente á El, á fin de que cada religiosa alargue todos los días su mano, tome del fruto de este árbol vital, y coma de él y viva para siempre. *Mittat manum suam et sumat etiam de ligno vitae, et comedat et vivat in aeternum. (Gen. 3, 22, etc.)*

¡Qué misterioso es el corazón del hombre! Dios le dijo un día:—¡No comas el fruto de ese árbol si no quieres morir!—Mas el hombre quiso comer y se tragó la muerte.

Ahora, al contrario, le dice:—¡Come el fruto de este árbol (la SS. Eucaristía), pues es éste el verdadero árbol de la vida!—Y muchos le tienen náusea, y no lo quieren comer, y se quedan muertos. ¿Si habrá alguna entre vosotras, oh hermanas, atacada de semejante náusea? ¡Dios nos libre de tal religiosa!

Jesús es llamado con todo derecho el Divino Prisionero del Tabernáculo. Ahora bien, ¿qué más puede desear un pobre eucarcelado, sino salir lo más pronto de su prisión, y volver á su casa para recibir los abrazos de sus seres queridos? La casa que Jesús Sacramentado grandemente ansía visitar, es nuestro corazón. De ahí que le salta el corazón de contento, cada vez que el sacerdote abre la puerta de la Prisión Eucarística.

Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei. (Apoc. 2, 7). Al que venciere, dice el Señor (perseverando santamente en su vocación), yo le daré á comer el árbol de la vida, que está plantado en medio del Paraíso de

mi Dios. Este es el verdadero árbol, cuyo fruto no sólo corrobora el alma, quitándole todo rastro de languidez y de enfermedad, sino que acarrea al comulgante la feliz eternidad.

Oid, oh buenas religiosas, la voz de vuestro Amado; vedle como viene saltando por los montes y atravesando collados; y «levántate—os dice cada mañana—apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y veute. (*Cant. 2, 10*). Yo quiero introducirte en la cámara del *vino más exquisito*; quiero que mi bandera de amor trenele sobre ti, para que valerosamente milites bajo el estandarte de mi amor; deseo verte cada día sentada á la sombra del eucarístico Manzano, para que pruebes lo dulces que son sus frutos á tu paladar.»

Las necesidades de nuestras almas reclaman la Comuni6n cotidiana, como cotidiana es la comida del cuerpo:

1.º Para tenerla en vida.

2.º Para que crezca en fuerza y lozanía.

Si queremos ser, no diré verdaderos religiosos sino tan sólo verdaderos cat6licos prácticos, es menester comulgar muy á menudo; estando escrito: *á fructu frumenti multiplicasti fideles (ex Ps. 4, 8)*, con la abundancia del trigo (de la comuni6n) se multiplican los fieles.

Dijo muy bien Tertuliano, que la sangre de los mártires era semilla de cristianos: *sanguis martyrum semen christianorum*; mas con mucha más razón debemos afirmar esta verdad con respecto á la Sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Padre, el Venerable don Bosco, fué

llamado por el Cardenal Alimonda: *La Unión con Dios*. Nosotros hemos de imitarlo. Ahora bien, la Unión, dice Santo Tomás, es la perfección del Amor. Y esta perfección no se adquiere sin unirnos cada día con Aquel que ha dicho: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre, mora en Mi, y Yo en él. (*Joan. 6, 57*).

Alguien dirá, quizás:—¿Y no será suficiente aplicarse á otras obras de piedad, sin tanta Comunión?—Respondo que en práctica no es suficiente:

a) Porque todos los otros medios de santificación no pueden reemplazar este Angustísimo Sacramento, que es el manantial de todas las gracias.

b) Porque muy difícilmente un alma se sostiene y persevera en el uso de esos otros medios, sin la Comunión frecuente, de donde toda fuerza procede.

c) Porque, aunque parezca que algunas almas se sostengan sin comunión frecuente, su vida, sin embargo, está, por lo regular, atacada de una languidez natural tal, que raya en agonía y muerte. Sin el sol diario de la Comunión cotidiana, las flores del jardín de nuestro corazón se tornan muerstias, y en pocos días se mueren.

Actualmente el mundo está lleno de personas anémicas, no tan sólo física, sino espiritualmente. La saugre de muchos está, más que empobrecida, envenenada. Y... ¡cosa extraña! mientras se están arbitrando la mar de medios para la regeneración y catolización del mundo, no se piensa en poner por obra el medio milagroso, infalible, á saber; la Comunión cotidiana. ¡Nos morimos de anemia,

teniendo en nuestro poder la Sangre de todo nn Dios, la sola que puede regenerarnos.

Sentimos el veneno de las malas pasiones circular por nuestras venas; tenemos la sangre negra á causa de tantas culpas, y descuidamos el antidoto soberano, el solo capaz de sacarnos el virus, y depurarnos la tan viciada sangre.

¡Oh Religiosas, oh Esposas de Jesús! ¡Que cada una de vosotras se torne un apóstol de la Comunión frecuente y cotidiana!

¡Que desaparezcan á la brevedad esos copones tan diminutos y, quisiera llamar *jansenisticos*, sean substituídos por otros muy grandes, siempre llenos y siempre vaciados cada día! ¡Sembrad! Sembrad muchas Hostias en el campo de la Iglesia, de los Colegios, de las Casas Religiosas, y alcanzaréis cosechar á muchas almas santas, cristianos prácticos, católicos héroes, y la mar de vocaciones sacerdotales y religiosas. Sin la Comunión frecuente no tendremos sino á una juventud corrompida y corruptora, triste contingente para el infierno.

Tocante á vosotras, persuadiós de una vez, oh hermanas, que *esse cum Jesu dulcis est Paradisus (Imitac.)*: tener á Jesús en vuestro corazón, es lo mismo que gozar un Paraíso anticipado.

¡Pero en el Paraíso es necesario permanecer para siempre. ¡Necio el que quiere salir del Paraíso!

De consiguiente, la Comunión ha de ser *cotidiana*, es decir, tal como la querían el Venerable don Bosco, el Venerable Cottolengo, el Venerable

Frassinetti y todos los verdaderos y grandes amantes de Jesús y de las almas.

El Venerable Dupont de Tours solía decir:— Si yo supiera que en alguna parte del mundo se permitiese comulgar cuatro veces al día, arreglaría inmediatamente mi equipaje para irme á vivir en ese dichoso lugar.

II. Todos sabemos que Su Santidad Pío X nos ha vuelto muy fácil la práctica de la Comunión frecuente y hasta cotidiana.

En efecto:

1.º A los que comulgan cotidianamente, ó á lo menos cinco días por semana, quitó la obligación de la confesión semanal, exigida anteriormente para lucrar la Indulgencia Plenaria, supuesto que estén sin pecado mortal.

2.º Quiere que la Comunión cotidiana se permita á todos los fieles cristianos de cualquier clase y condición, con tal que estén *en estado de gracia* y se acerquen á la Sagrada Mesa con pía y recta intención, es decir, no por costumbre ó vanidad, ó por otras razones humanas, sino más bien con intención de dar gusto á la voluntad de Dios, de unirse á El con la más íntima caridad, y curar con este remedio divino los propios defectos y enfermedades.

3.º Nos dice, además, que aun cuando para hacer la Comunión frecuente y cotidiana *con mayor seguridad y tener mayor mérito*, sea necesario que intervenga el *consejo* (no ya el permiso del confesor, y esto quiere decir que en sí no

sería de necesidad absoluta el consejo del confesor, ni pecaría quien no lo pidiese, porque eso de pedirlo es sólo para recibir la comunión con mayor prudencia y mérito más amplio), no obstante, añade: «Guárdense, empero, los confesores, de alejar de la Comunión frecuente ó cotidiana á quien se hallare en estado de gracia y se acercare con recta intención». (Decreto de 17 de diciembre de 1905. *No obstante cualquier costumbre en contrario*).

4.º Observa, finalmente, que aunque sea muy conveniente que los que comulgan cada día estén exentos de culpas veniales, á lo menos de las deliberadas, y del afecto á ellas, es suficiente, sin embargo, que estén exentos de culpas mortales junto con el propósito de no pecar en adelante; con el cual sincero propósito, es de esperarse que la misma Santa Comunión los ayudará á librarse poco á poco hasta de los pecados veniales y del afecto á ellos, siendo ella, como dice el Concilio Tridentino: «un antídoto, por el cual nos purificamos de las culpas cotidianas y nos preservamos de los pecados mortales. (Sess. 13, cap. 21).

5.º Con Decreto de 15 de septiembre de 1906, establece que la Comunión *frecuente* se debe recomendar *también á los niños*, á los cuales, una vez admitidos á la Santa Mesa, según las normas del Catecismo Romano (*Cap. 4, n.º 63*), no se les debe impedir acercarse con frecuencia, sino que al contrario, deberán exhortarse á ella: quedando reprobada la práctica contraria, vigente en algunos lugares.

6.º Con otro decreto de la L. C. del Concilio de 7 de diciembre de 1906, benignamente concedió que los enfermos, postrados desde un mes, sin tener esperanza de *pronto* convalecer, puedan, según el consejo del confesor, recibir la Comunión *una ó dos* veces por semana, si se trata de enfermos que viven en píos institutos, donde se conserva el Santísimo Sacramento, ó bien gozan del privilegio del oratorio doméstico; y *una vez ó dos por cada mes* tratándose de otros enfermos, *aunque hayan antes tomado algo á manera de bebida*.

7.º En 8 de mayo de 1907, este Papa de la Santa Eucaristía, declaró que en privilegio del Oratorio *privado* está incluido también el de dar la Santa Comunión á todas las personas que asistan á la Santa Misa, exceptuando sólo la Comunión pascual y el Santo Viático.

8.º Y finalmente, el 1.º de agosto de 1907 concedió benignamente y á perpetuidad, que en todos los monasterios y demás institutos religiosos, conventos, seminarios, colegios, que tengan oratorio semi-público ó privado, con facultad de reservar habitualmente el Santísimo Sacramento, se puede, en la Noche de Navidad, celebrar las tres Misas, ó si se quiere una sola (*á puertas cerradas*); y que se pueda también distribuir la Comunión á los fieles presentes á la función. ¡Ah! ¿qué no ha hecho y sigue haciendo este Pontífice Santo para restablecer el uso de la primitiva Iglesia con respecto á la Comunión cotidiana? Verdadero *Ignis ardens* este Papa está realizando los deseos ardentísimos de Jesús que ha dicho: *Ignem veni mittere in*

terram, et quid volo nisi ut accendatur? (Luc. 12, 49). Yo he venido á poner fuego en la tierra —por medio de la Santísima Eucaristía—¿qué he de querer sino que arda?..

III. Oigase ahora una consolante doctrina: Solamente el pecado mortal, que no se ha querido confesar, ó al cual se tiene todavía apego, por falta de verdadero dolor, impide la Comunión. La sola contrición (aún la perfecta) no es bastante, por regla general, para que uno pueda acercarse á la Comunión.

Hemos, sin embargo, de notar lo siguiente:

1.º Si uno calló *involuntariamente* una culpa grave, aunque es bueno que, si le es fácil, la vaya á confesar antes de comulgar, con todo será suficiente que la acense cuando se vaya á confesar otra vez.

2.º En la duda de si el pecado que se ha cometido es mortal, ó tan sólo venial, podemos comulgar; mas se *aconseja* en este caso, para mayor seguridad, de hacer un acto de contrición perfecto antes de la Comunión. *El probet autem se ipsum homo* de San Pablo, obliga á la confesión sólo á los que saben ciertamente de haber hecho un pecado mortal.

3.º Cuando se duda de haber confesado un pecado mortal, *que ciertamente se ha cometido* ¿qué habrá que hacer?—Si la duda es grave, debemos confesarnos antes de comulgar; si es leve, no hay tal obligación; mas es bueno confesarse, siempre que no se trate de escrupulosas.

4.º El que cree de buena fe que está en gracia de Dios, y no lo está, acercándose á la Comunión recibe la primera gracia; es decir, queda limpio de la culpa grave, porque en este caso la Comunión viene á ser *per accidens*, sacramento de muertos. (*Santo Tomás*). A la verdad, no es precisamente el estado de pecado que pone obstáculo á los efectos del Sacramento, sino más bien el afecto al pecado mortal.

Verdadero impedimento á la gracia, dice la Teología, no es el pecado que está *de cualquier modo* en el sujeto, sino el que está en la conciencia. Cuando se ignora el pecado inculpablemente, la Comunión lo borra todo, no habiendo afecto al pecado.

IV. Yo, sin embargo, dirá alguna, quisiera estar exenta hasta de los veniales. Pero... ¿cómo hacer?—*Ama et fac quod vis*, dice San Agustín. El amor es fuego, y á este fuego no se pueden acercar ni los mortíferos *moscardones* de los pecados mortales, ni las hediondas moscas de los veniales habituales. Ama mucho á Jesús Sacramentado que habita en tu misma casa, que vive bajo tu mismo techo, y así no dudarás comulgar todos los días, porque el amor perfecto arroja fuera todo temor, *perfecta charitas foras mittit timorem*. (1.ª *Joan*, 4, 18).

Y si tu alma está afeada por pecados veniales, la Comunión misma te los borrará, con tal que los detestes; pues el Concilio de Trento dijo que la Comunión es el gran antídoto, que nos libra de los veniales y nos preserva de los mortales.

Una buena religiosa trata con Jesús Sacramentado *peramanter*, es decir, amantísimamente, como solía decir don Bosco. La Santísima Eucaristía es para ella como un *imán continuo* del corazón, y le parecerá imposible pasar aunque fuese tan sólo una media horita, sin pensar en su Jesús y repetirle con todo el afecto: soy toda tuya, ¡oh Jesús mío!

Para ella, la Santísima Eucaristía es un grave, y al mismo tiempo *dulcísimo peso*, que la atrae prepotentemente, como dice el adagio latino: *amor est pondus*, el amor (aun el mundano) es un peso que nos arrastra; con mayor razón lo será el *Amor amoris*, el amor por excelencia, Jesús Sacramentado. Por lo tanto, mientras esta religiosa considera el Santo Tabernáculo como la *despensa* de su alma, donde encuentra al *Panis Angelorum*, es decir, el Pan que nos hace Angeles, y la balaustrada, cual riquísimo *refectorio*, donde recibe cada día el Pan del Cielo, que encierra en sí todo gusto el más exquisito; considera también la Capilla ó Iglesia, donde reside Jesús en el Sacramento, como un *jardín* celestial, al que se debe ir á menudo durante el día para descansar y recrearse, á fin de que el alma se vuelva robusta, adquiera más vigor en ese ambiente de Paraíso, y desaparezcan de este modo todos los dolores de cabeza y de corazón, es decir, los pecados veniales habituales, enemigos del amor á la frecuente Comunión.

El Santo Tabernáculo es aún, para la religiosa, como una especie de *estación telefónico-central*, desde donde su Amigo, su Maestro, su Esposo, su

Médico, su Todo, tocando de vez en cuando la campanilla eléctrica del amor sauto, que corresponde al corazón de la religiosa, le dice: *Magister adest et vocat te*: está aquí el Maestro y te llama. (*Joan. 2, 28*). *Praebe cor tuum mihi*. Dame, oh hija mía, tu corazón, y fija tus ojos en mis santos caminos. (*Prov. 23, 26*). *Aperi mihi soror mea, amica mea, columba mea*: ábreme; oh hermana mía, amiga mía, paloma mía. (*Cant. 5, 2*). *Veni in hortum meum, soror mea, sponsa... comedi favum cum melle meo, bibi vinum cum lacte meo*. Yo he venido á mi huerto, hermana mía, esposa..., he comido mi panal con la miel mía: he bebido mi vino con mi leche, es decir, el fervor de tu espíritu y el candor de tu inocencia. (*ibid. 5, 1*).

Y la afortunada religiosa, aun en medio de las duras, difíciles y fatigosas ocupaciones, se pone inmediatamente en comunicación con Jesús. Y con la Esposa de los cantares, le contesta con el corazón en los labios: *Veniat Dilectus meus in hortum suum, et comedat fructum pomorum suorum*. Venga, pues, mi Amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos (*ibid. 5, 1*), puesto que todo el amor que hacia Ti mi corazón abriga, Jesús mío, es cosa tuya, regalo tuyo: ¡Ven, pues, desciende, entra, siéntate y reina!

Y si en tal visita Jesús le pidiera algún gran sacrificio, por ejemplo: el de no defenderse de una calumnia atroz, ella se estimaría afortunada con poderle responder:—¡Sí, Jesús mío, sí, como Tú lo quieres!

Para una sauta religiosa, Jesús Sacramentado es el *centro* de todas sus acciones, deseos y pensamientos.

Una hermana egoísta, llena de amor propio, se coloca á sí misma en el centro de todo, de manera que van á referirse á ella, como á su término, las cosas y las personas todas, y hasta las mismas obediencias, puesto que obedece solamente como y cuando le place, hasta (y esto es horrible) en lo tocante á las comuniones; de suerte que, si no las deja, es únicamente por el *¿qué dirán?* Por otra parte, durante el día no piensa nunca, ni en la Comunión que hizo por la mañana, ni en la que tendrá que hacer al día siguiente; en una palabra, la Comunión, para tal religiosa egoísta, no es ya el centro de su vida, sino más bien un punto cualquiera del círculo que la rodea. ¡Pobre religiosa! Ella ve pasar ante sí *todas sus comunicaciones diarias* con la misma indiferencia con que ve pasar la clase, la asistencia, la refección, la recreación, etc., y ¡ojalá que no se sentase nunca á la mesa con mayor ansiedad que cuando se sienta al Banquete Encarístico!

Todo lo contrario sucede con la religiosa amante de la Sagrada Comunión. Para ella, repito, la Santa Comunión viene á ser el centro, *el gran centro de todo*. Sus acciones, sus palabras, sus deseos y pensamientos innumerables de cada día, son como puntos de la misma circunferencia, los que, como otros tantos radios de recta intención, se dirigen al centro, que lo es la Santa Comunión.—Esta palabra, acción, omisión, etc., este

pensamiento, esta mirada, etc., ¿no me impedirán la Comunión de mañana? la manera con que obedezco ó trato á mis compañeras, ó á las niñas, etc., ¿agradará á mi Jesús, á quien pocas horas ha, tuve la inmensa fortuna de recibir en mi corazón?

He aquí cómo piensa y obra esta feliz religiosa; y con razón, porque si es cierto que debemos dar cuenta á Dios de toda comunión que hemos dejado, pudiéndola hacer, no es menos cierto que también hemos de dar cuenta de cómo nos hemos preparado, y del fruto que sacamos de cada una.

V. En fin, así como Jesús posee dos Paraísos, el de la Gloria y el del corazón de su amada Esposa, así también esta hermana, además del cielo eterno, posee un segundo paraíso en el Santo Tabernáculo, en el cual halla todas sus delicias, y por el cual la vida religiosa, con todas sus dificultades y penitencias, no sólo se vuelve soportable, sino que se torna en una anticipada bienaventuranza. Y mientras que las otras pobres hermanas, privadas de este amor divino, sufren siempre distracciones hasta en la oración, y su pensamiento vuela de continuo lejos, muy lejos de Jesús, hacia los parientes y demás personas del mundo ó bien hacia sí mismas ó á ciertas misérrimas miserias, nuestra dichosísima amante de Jesús Sacramentado, hasta durante el trabajo experimenta santas distracciones; porque piensa en la Santa Comunión que hizo y en la que hará la mañana siguiente, y no viendo el momento de recibirla, procura anticiparse tan inefable consuelo. Para tal

objeto, toca el *teléfono divino*, ó bien encarga á su mismo Angel Custodio que le traiga luego á su Jesús, aunque sea furtivamente, de modo que ninguno lo note; se prepara por breves instantes, abre devotamente la boca, asoma un poco la lengua, y no bien haya recibido espiritualmente á Jesús, le abraza y le dice un *gracias* ardentísimo, un *¡perdón! oh Jesús mío*; y continúa después su trabajo con alegría, saboreando anticipadamente las inefables delicias que Dios ha preparado para los que le aman, *quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum. (1.º ad Corint. 2, 9).*

¿Quién más afortunada que un alma que comulgue á menudo y santamente? En ella verificase, ciertamente, la palabra de Jesús cuando dijo: El que come mi carne mora en mí, y Yo en él. *Qui manducat meam carnem in me manet et ego in illa (Joan, 6)*, ó lo que le hace decir al Abad Ruperto: Alimentaos con mi cuerpo, y seréis por gracia lo que Yo soy por naturaleza: *comedite et eritis vos gratia, quod ego sum natura*, conforme también á lo que Jesús mismo dijo á San Agustín: *Non ego in te, sed tu mutaberis in me (Lignori. Mon. Santu cap. 18, part. 4).*

Empero, para que todo esto suceda, es necesario que toda Comunión sea santa.

VI. *Preparación.* Dijo un día Jesús á Santa Margarita de Cortona: «Yo trato como me tratan». Tratad, pues, como lo merece, dice Avila, al hijo de la Virgen; puesto que, agrega Santa Teresa, Jesús no suele pagar mal el hospedaje, si le hacemos buena acogida.

El Decreto de Su Santidad Pío X (20 diciembre de 1905) tocante la Comunión cotidiana, dice claramente que aunque baste que el comulgante esté vacío de pecados mortales con el propósito de no pecar jamás en lo sucesivo (con el cual propósito sincero no puede dejar de suceder que los que comulgan cada día, se expediten de los pecados aún veniales y del afecto á ellos), con todo, dice; claro que *máximamente conviene* que los que comulgan frecuente y diariamente estén libres de los pecados veniales, al menos de los plenamente deliberados.

Ahora bien, si esto es sobremanera *conveniente* á toda clase de personas, ¿qué se deberá decir tratándose de Religiosas, exprofeso llamadas á la perfección? En la práctica, pues, hoy como siempre, debéis exhortar á vuestras niñas y á vosotras mismas, á hacer guerra continua á los pecados veniales deliberados, como digna preparación para la santa Comunión frecuente.

No basta aún. El mencionado Decreto exige, además, la *recta intención*; esto es, que el que se acerque á la Sagrada Mesa, no lo haga *por rutina, vanidad ó humanos motivos*, sino para satisfacer al beneplácito de Dios, unirse á El más estrechamente por la caridad; y ocurrir con esa medicina á sus enfermedades y defectos. Nótese bien que esta *recta intención* no sólo es de consejo, sino *absolutamente necesaria*. Examínase pues; 1.º, si por desgracia comulgaseis *por rutina*, sin cuidado, sin intención fija, y sin esperar ni desear fruto alguno; 2.º, *por vanidad*, por

ejemplo, para conquistar el afecto ó la estimación, el aprecio, la protección de los superiores y confesores; 3.º, *por otros humanos motivos*, ex. gracia, por intereses terrenales, para hacerse acreedoras á algún empleo ó cargo, etc.

Además de las tres conclusiones *exclusivas*, pensad sobre si poseéis las otras tres *conjuntivas* ó *exigidas* para la frecuente y diaria Comunión; 1.ª, comulgar para el agrado de Jesús y para la gloria de Dios; 2.ª, para unirnos más á El en caridad, ó por caridad, ó con caridad; 3.ª, para remediar la flaqueza y defectos del alma.

Nótese aún, que las tres intenciones *exclusivas* reprobadas por el Decreto, se han de entender perpetuas, y han de acompañar á toda Comunión. En cuanto á las tres intenciones *recomendadas* (exigidas), deben influir en la acción de un modo eficaz, no deben mezclarse con las malas intenciones; y deben acompañar toda Comunión, por cuanto es posible, las tres juntas, según parece exigir la conjunción *y (et)* del Decreto.

Se narra en el Génesis (*Cap. 41, 18, seq.*) que Faraón vió en un sueño siete vacas muy gordas y hermosas fuera de toda ponderación, que pastaban en la orilla del Nilo; y después otras siete tan feas y macilentas, como nunca se habían visto semejantes en Egipto; las cuales, devorando y consumiendo las primeras, no dieron señales de saciarse, sino que quedaron flacas y demacradas como antes. El Nilo, del cual venía la fertilidad ó esterilidad de Egipto, es figura de la Santísima Eucaristía. Las vacas gordas simbolizan las almas

que, preparándose santamente para la Comunión, sacan de ahí cada vez un copioso incremento espiritual; mientras que las flacas nos recuerdan las otras almas que, aún comulgando todos los días, están siempre más feas y demacradas, porque tienen interiormente algún humor maligno, algún vicio orgánico de afección morbosa, de soberbia, de antipatía deliberada, etc., que no quieren apartar de sí. Ah, *parate viam Domini, (Is. 40, 3)*. Preparad bien los caminos á Jesús Sacramentado. Cuando te sentares á comer con un príncipe, dice el Eclesiástico, repara con atención lo que te ponen delante. (23, 1).

Para tranquilidad de las que dicen que no tienen tiempo suficiente para prepararse á la Santa Comunión, diré que la meditación que precede, es óptima *preparación inmediata* para ello. El que va á comulgar debe conservar el mismo espíritu que ha tenido en la oración ó meditación precedente. No hay necesidad de buscar nuevas meditaciones, nuevos pensamientos, afectos y resoluciones, sino que basta dirigir los mismos pensamientos, afectos y resoluciones á la Santa Comunión que se va á recibir. Recordad siempre: 1.º, que hemos de tratar con un Dios, que es la misma bondad y misericordia; 2.º, que la Comunión es un *remedio*, no ya un *premio*.

Muévanos el ejemplo de Santa Gertrudis.

Todas sus acciones de la mañana, antes de comulgar, las ofrecía á Jesús para que sirvieran como de preparación próxima; y las otras que seguían á la Comunión, las ofrecía en acción de gracias por tan inestimable beneficio.

Aconteció una vez que, estando ya para ir á comulgar, se sintió asaltado el corazón por una fuerte pena.—¡Ay de mí, se decía á sí misma, he aquí que tu Esposo te llama, y aún no estás adornada con las prendas que tanto le agradan!..—Pero no se desalentó. Al contrario, humillándose profundamente por la propia indignidad, y poniendo toda su confianza en la infinita bondad de Jesús, añadió:—Pero, ¿por qué deberé diferir la Comunión? Aun teniendo á mi disposición mil años para prepararme, nunca lo podría hacer de una manera digna!.. ¡Me acercaré, pues, con humildad y confianza, y estoy cierta de que, cuando mi dulce Salvador me vea desde lejos, movido por su propio amor, será tan poderoso como para enviarme las prendas de que tanto necesito!

Se acercó, en efecto, enteramente penetrada de estos sentimientos, y vió á Nuestro Señor con el rostro todo lleno de misericordia; y en una simbólica visión se encontró revestida de una túnica de color violáceo, figura de la humildad; con un adorno verde, símbolo de la esperanza, con piedras preciosas, que simbolizaban la alegría de Jesucristo cuando penetra en un corazón enteramente suyo. Y así, adornada, se presentó con toda confianza al Rey de los reyes.

Nárrase de la Beata Margarita María Alacoque, que ardiendo un día en deseos de recibir á Jesús, le dijo: Señor mío, enseñadme lo que queréis que yo os diga para bien prepararme.—No me dirás sino esto, contestóle Jesús:—«¡Dios mío, mi único y mi todo: Vos sois todo para mí y yo

soy toda para Vos!"—"Estas palabras te defenderán de toda clase de tentación, y suplirán todos los actos que quisieras hacer antes de la Comunión".

San Juan Crisóstomo al ir á comulgar se figuraba de acercar los labios al Costado de Jesús, á fin de recibir con más abundancia esa Preciosísima Sangre.

San Francisco de Borja recogíase dentro de las llagas del Redentor, cual ovejita perdida dentro el redil de su Divino Pastor.

Otros Santos imaginábanse de estar junto á la Cruz sobre el Calvario, para recibir sobre su cabeza ese diluvio de Sangre que Jesús derramó por nuestro bien.

Otros, figurándose desde la noche antecedente de oír las palabras del Profeta Isaías al Rey Ezequías: Dispón de las cosas de tu casa, porque vas á morir y estás al fin de tu vida (*Isai. 38. 1*), gritan con temor, fe, y amor á su Jesús: Ven pronto, Jesús mío, pues sin comunión no oso presentarme á tu terrible juicio: *Veni, Domine Jesu, Veni.* (*Apoc. 22, 20*). *f*

Otros suponían de tomar parte en la última Cena hincados entre San Pedro y San Juan, y, armados de la fe del primero y del amor del segundo, que reclinó su cabeza sobre el corazón de su Dios, recibían la Comunión de las mismas manos de Jesús.

Optima preparación para la Comunión sacramental es la *espiritual*, que todas las almas fervorosas hacen á menudo durante el día, y especialmente al entrar y salir de la Iglesia; durante las

sagradas funciones, al principio, á la mitad y al fin de cada Visita, y durante la santa Misa. La Comunión espiritual es más apta para despertar en nuestro corazón un hambre santo de la Comunión sacramental; *hambre* que es indispensable para que nuestra alma coseche los preciosos frutos que la Comunión encierra; pues, como escribió Gersón: en este sagrado Convite no se hartarán sino los hambrientos: *non saturantur nisi famelici*; ó como cantó estupendamente María Santísima: *Esurientes implevit bonis.* (*Luc. 1, 55*). Dios colmó de bienes á los hambrientos.

Es, además, necesario que para comulgar tengamos un ardentísimo deseo de unirnos á Aquel que en la Institución de la Santísima Eucaristía dijo á los apóstoles:— Ardientemente he deseado comer este Cordero pascual con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pasca manducare vobisum.* (*Luc. 22, 15*). Bien venga, pues, la Comunión espiritual, y que sea ferventísima siempre, máxime al aproximarse la Comunión sacramental, de manera que el alma pueda con verdad decir al Señor con David: Como brama el sediente ciervo por las fuentes de agua, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad Te, Deus.* (*Ps. 41, 1*).

En esta Comunión espiritual pidamos á Jesús, por intercesión de María, una gran humildad y pureza de alma... San José de Arimatea era un hombre muy rico: *vir dives* (*Matt. 27, 57*) y á buen seguro que su casa estaba provista de blanca y

fina lencería; pero para dar sepultura al Cuerpo de Jesús, que fué figura de la Santa Comunión, dice San Marcos que compró una sábana nueva y limpia: *mercatus Sindonem (Marc. 15, 46)* que no hubiese servido para otros: *involvit illud in Sindone munda. (Matt. 27, 59).*

S. Beda el Venerable, explicando estas palabras, dice: envuelve á Jesús en una sábana limpia aquel que lo recibe en un alma pura: *Ille in Sindone munda involvit Jesum, qui pura mente eum suscepit.* Y tendrá el alma pura la que se humillare de veras, repitiendo con el profeta Jeremías:—¿Quién dará agua á mi cabeza y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche la muerte que he dado tantas veces á mí Jesús con mis pecados? (*Ev. Cap. 9, 1*); ó con el Hijo pródigo: ¡Padre mío, yo he pecado contra el Cielo y contra Ti; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo! (*Luc. 15, 21*); ó con el leproso del Evangelio: ¡Señor, si tú quieres puedes curarme! (*Luc. 5, 12*); ó bien con las hermanas de Lázaro:—¡Señor, mira que aquella á quien amas está enferma! *Ecce quem amas infirmatur (Juan 11, 3)*; ó con San Pedro:—¡Apártate de mí, Señor, que soy una gran pecadora! *esci, a me, quia homo peccator sum, Domine (Luc. 5, 8)*; ó finalmente con San Juan Bantista:—¡Oh, Jesús, yo no soy digna de desatar la correa de tu zapato! (*Joan. 1, 27*).

¿Cuál será aquella Religiosa que teniendo bien presentes sus pecados no obedezca exactamente al mandato de Jesús que le dice: Si al tiempo de presentar tu ofrenda al Altar (en la Comunión)

allí te acuerdas que tu hermana tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del Altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermana, y después volverás á presentar tu ofrenda. (*Matt. 5, 23, et seq.*)

Humillémonos de veras, y entonces ya no nos acobardaremos por nuestra indignidad, porque Jesús es infinitamente más bueno y misericordioso de lo que nosotros seamos malos y miserables: *O res mirabilis, manducat Dominum, pauper, servus et humilis. (Himno del Santísimo Sacramento).*

Servirá potentemente para la preparación inmediata el imaginarnos que María Santísima, ó bien San José, cediéndonos por una temporadita á Jesús, nos lo coloquen dulcemente en los brazos, no sin recomendarnos el tratarlo delicadamente y agasajarlo del mejor modo posible.

La Santa Comunión, solía decir nuestro santito don Andrés Beltrami, debe ser para nosotros el *Sacramento milagroso*. Y cuando no produce milagros en nosotros, es indicio de que no hemos hecho con los debidos requisitos la preparación y haciimiento de gracias.

A la verdad, este mismo Jesús, á quien solemos recibir cotidianamente, extendiendo la mano tocó al leproso, diciendo: Quiero; ¡queda limpio! Y al instante quedó curado de su lepra (*Matt. 8, 3*); miró á la mujer enferma hacía doce años, y le dijo: ten confianza, ¡tu fe te ha curado! y desde aquel punto quedó curada la mujer (*Matt. 3, 22*); á ese muchacho poseído del espíritu maligno que le hacía quedar mudo y lo atormentaba horrible-

mente, lo libró á ruegos de su padre bañado en lágrimas (*Matt. 9, 16, etc.*); á la suegra de San Pedro que se hallaba con una gran calentura *tenebatur magnis febribus*, la curó instantáneamente (*Luc. 4, 38*); á la hija de Jairo, jefe de la Sinagoga, que había muerto á la edad de doce años, tomándola de la mano, le dijo: *Talitha cumi*: muchacha, levántate, ¡yo te lo mando! E inmediatamente se puso en pie la muchacha, y echó á andar (*Marc. 5, 35, etc.*); al ciego de Betsaida púsole las manos, echóle saliva en los ojos, y le dió la vista (*Marc. 8, 23*); al ciego de nacimiento dió la vista aplicándole sobre los ojos barro formado con su saliva divina (*Joan, 9, 1, et seq.*), etc. etc. Pasando por alto sobre la resurrección de Lázaro, y tantísimos otros milagros, diremos: si con sólo mirar ó tocar de la mano, ó con un acto de su voluntad, hizo tantos milagros, ¿qué no hará con nosotros, si recibimos con fe en nuestro corazón todo su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad? Con una Comunión bien hecha Jesús puede hacernos santos.

VII. *Hacimiento de gracias.* Nuestro Señor Jesucristo, acto seguido después de la Institución de la Santísima Eucaristía, recitó un cántico con sus Apóstoles antes de salir del Cenáculo, *et himno dicto exierunt in montem Oliveti* (*Matt. 26, 30*). De este modo, dice San Juan Crisóstomo, Jesús nos ha enseñado con el ejemplo que, así como después de la refección corporal debemos agradecer á la Divina Providencia, así con mayor razón debemos darle gracias después de la santa

Comunión, en el cual El alimenta nuestras almas con su mismo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. De ahí la costumbre que tiene la Iglesia de coronar la Misa con el *Postcommunio* y de rezar *Sexta y Nona* después de acabada la Misa.

Dicen los Teólogos que la Santa Comunión produce mayores gracias en el alma mientras perduran las Especies sacramentales, siempre que el alma esté en gracia de Dios, y continúe disponiéndose con nuevos actos de virtud que se llaman entonces *teándricos*, puesto que nuestro corazón está en esos momentos unido al Corazón de Jesús Sacramentado, Dios y Hombre verdadero. El manjar material, después de entrado en nuestro cuerpo, sigue obrando sus buenos efectos en proporción de la disposición del cuerpo mismo. Lo propio produce en el alma el manjar eucarístico, con tal que ella no tenga impedimentos voluntarios.

Es, pues, el tiempo de negociar, dice Santa Teresa, el que sigue inmediatamente á la Comunión. ¡No desperdiciemos ni un segundo de este tiempo tan precioso!

Al recibir á nuestra vida Jesús Sacramentado, invitémosle y hagámosle dulce violencia para que quiera penetrar en lo más recóndito de nuestro corazón, á fin de curar nuestro amor propio desde sus más profundas raíces.

Si llegase á visitarnos una persona desconocida y sin recomendación alguna, puede que nos limitásemos á darle audiencia tan sólo en el atrio ó en el patio de casa; pero si tal persona fuese un grande amigo nuestro, un bienhechor, un pariente,

máxime si fuese él nuestro hermano ó nuestro mismo carísimo papá, ¡ah! entonces no solamente lo recibiríamos en la sala, sino que sin más ni más lo introduciríamos al interior de la casa; y si hubiera venido de lejos, lo haríamos pasar inmediatamente al refectorio, para tratarlo con confianza y obsequiarlo del mejor modo posible.—Pues bien, Jesús Sacramentado, en la Santa Commión, viene en calidad de nuestro amigo, de Hermano, de Esposo y de Padre... ¡y qué Padre!.. ¡Viene de lejos, muy lejos! y *tiene hambre!* No debemos, pues, contentarnos con cuatro palabras frías y ordinarias, y dejarlo después sin casi despedirnos de El, ni pedirle la bendición... Y dejarlo allí, en el patio, fuera de las puertas de nuestro corazón ¡no, jamás! sino que debemos hacerlo entrar hasta lo más íntimo, prepararle los manjares más exquisitos y que El más apetece. Hemos de tener presente que, aunque Jesús se nos da en la Sagrada Mesa todo á sí mismo en manjar, con eso y todo, como dice la palabra *Comunion*, El quiere que también nosotros le preparemos la comida. Nuestros actos de adoración, de humildad, de amor, de propósito, de resoluciones generosas, etc., son los manjares que Jesús ardentísimamente desea en esta eucarística *Mesa común*.

Pensemos un momento cual sea la virtud que Jesús está buscando inútilmente desde tanto tiempo en nuestro corazón, y prometámosle hacer luego todos los esfuerzos, mediante su santa gracia, para practicarla de veras y ofrecérsela cada día. Oigamos la dulcísima voz de nuestro Esposo, que

nos está diciendo desde el fondo del corazón: **Dime pronto, amiga mía: *quid tibi vis faciam?* (Luc. 18, 41). ¿Qué quieres que te haga? *Postula quod vis ut faciam tibi.* (4, Reg. 2, 9). Pide lo que quieres que yo haga por ti. ¡Haz pronto, pues el tiempo vuela! *Adhuc modicum tempus vobiscum sum.* (Joan, 7, 33). Todavía estaré contigo un poco de tiempo. *Me autem non semper habetis.* (Matt. 26, 11). A Mi no me tienes siempre. *Dilata os tuum et implebo illud.* (Ps. 80, 11). Abre bien tu boca, que yo te saciaré plenamente.**

No es, pues, necesario que os sirváis de libros para dar gracias. Al contrario, puede que á veces os impidan el negociar con más ganancia en esos momentos de Paraíso. ¡La hija no usa el libro para hablar con su papá!

Decidle, con el corazón en los labios: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum.* (Pr. 3, 4). Me encontré al que adora mi alma: asíle, y no le soltaré hasta que me haya bendecido. Mas ¿cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud (es decir, le ofreceré esta misma *Comunion*), é invocaré el Nombre del Señor. (Ps. 115, 12). ¡Oh, tratadle bien! os repetiré con el Padre Maestro Avila, mirad que es Hijo de buenos Padres: el Padre Eterno y María Santísima.

Dicen Cayetano, Suárez y otros teólogos, que mientras perduran en nosotros las Especies sacramentales, crece en nosotros la gracia y el amor divino en razón directa de la unión de nuestro corazón con Jesús. Todos los actos buenos que

en ese entonces hacemos, no sólo son meritorios *ex opere operantis*, sino también *ex opere operato*; pues, como ya dijimos, son actos teándricos.

Aprovechaos, pues, con santo esmero, de esos momentos de Paraíso.

VIII. Concluyo este dulcísimo tema, haciendo ardientes votos para que se aumente cada vez más en nuestros corazones el amor hacia la Sagrada Comunión, y, por ende, crezca la delicadeza en el modo de prepararnos para recibirle cotidianamente, á fin de que Jesús se complazca en haber sembrado la tierra de Casas Religiosas, formándose así tantos pequeños paraísos cuantos son los corazones de sus afortunadas Esposas. ¡Oh, la frecuente comunión! ¿Quién podrá ponderar la milésima parte de sus ubérrimos frutos? Ella es la que trueca las duras piedras en hijos de Abraham, y los desiertos y los valles de las espinas en floridos jardines. *Fons de domo Domini egredietur et irrigabit torrentem spinarum.* (Joel. 3, 18).

Y si en este siglo de tauta anemia espiritual y corrupción, hallamos todavía tantas vocaciones religiosas, lo debemos, casi diría exclusivamente, á la frecuente comunión.

Los institutos religiosos que, por su desgracia, no quieren admitirla, deberán resignarse á volverse tísicos y morir precozmente por falta de vocaciones.

Ella es el riego cotidiano que deriva de la mística Piedra (Jesús Eucarístico) que hace germinar y rejuvenecer los lirios en nuestros jardines

(los colegios y las casas religiosas). Y es cabalmente entre estos lirios donde corre á apacentarse y recrearse el Cordero Divino, el Esposo de las almas: *descendit in hortum suum ut pascatur in hortis et lilia colligat.* (Cant. 6, 1). Entonces es cuando este Divino Esposo hace resonar en el corazón de la que frecuentemente comulga, la encantadora invitación: escucha, oh hija, y considera y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre: *audi, filia, et vide et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui.* Y el Rey se enamorará más de tu belleza, porque El es el Señor Dios tuyo. *Et concupiscet Rex decorem tuum: quoniam ipse est Dominus Deus tuus.* (Ps. 44, 10 et seq.) El mundo es falaz. Su poder es frágil caña; sus riquezas un poco de humo; sus placeres son cual traidores escollos, donde la virtud naufraga del todo. Sal de tu tierra y de tu parentela... y ven á la tierra que yo te mostraré: *Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et veni in terram quam monstrabo tibi.* (Gen. 12, 1). Esta tierra prometida es la casa religiosa, el jardín de los elegidos, donde el hermoso lirio, trasplantado y bien cuidado, despedirá fragancia anticipada de Paraíso. En una palabra, fruto de la Comunión frecuente es á menudo *la vocación religiosa, la cual después del Bautismo es la gracia más bella que Dios pueda hacer á un alma.*

Y nótese que esta gracia la alcanza por medio de la frecuente Comunión, hasta esa niña que ya haya sido, por desgracia, enemiga de Dios.

«Con todo, dice el Señor, yo la acariciaré y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón (*Osea. 2, 14*); daréle viñadores para que la cultiven; y quitaré de su boca los nombres de Baalim (del mundo), ni volverá á acordarse más de los nombres de sus ídolos (17)— y la desposaré conmigo para siempre; y la desposaré conmigo mediante la santidad y el juicio, y mediante la misericordia y la clemencia... y conocerá que yo soy el Señor. ¡Oh religiosas! ¡oh esposas mías! llamad... á vuestra hermana: *La que ha alcanzado misericordia: Dicite... sorori vestrae: misericordiam consecuta. (ibid. 1).*

De consiguiente... ¡santas y frecuentes comuniones! Es éste el consejo de don Bosco, del Venerable Cottolengo y de tantísimos otros santos que nos recuerda el piadoso Frassinetti, quien, en sus escritos anteriores al Decreto de Su Santidad Pío X, tuvo ya el alcance de hacernos observar que ni aún la imposibilidad de poderse confesar cada ocho días (en la que pueda una hallarse á causa de la escasez de confesores) podrá impedir la Comunión cotidiana; porque en tal caso bastará que el confesor pueda oírnos cada quince ó veinte días, ó aun una sola vez al mes, como dice muy claro el Concilio de Trento en el Reglamento de las Monjas. (Léase la Moral. Disertación sobre la confesión).

Mas Nnuestro Santo Padre Pío X, finalmente, por medio del ya citado Decreto, nos ha quitado todo obstáculo, toda excusa, todo pretexto para no comulgar cada día.

Unus ergo sit noster dolor: hac esca privati: no tengamos, pues, otra mayor pena ni dolor más vivo, que este de no poder comulgar frecuentemente. (San Juan Crisóstomo).

Cada mañana, al abrirse la portezuela del Santo Sagrario, imaginaos que se os abre la puerta del Cielo, y que los Angeles del Santísimo están clamando: — ¡Oh Vírgenes del Señor, preparad vuestras lámparas! ¡mirad que viene el Esposo; salidle al encuentro! *Ecce Sponsus venit, erite obviam Ei. (Matt. 25, 6).*

¡Ay de las vírgenes necias, que, descuidando la Comunión frecuente se hallaren, cuando la llegada del Esposo, desprovistas del aceite del santo amor!

Agregaremos, al terminar, un caso de conciencia.

Una Superiora que nota que alguna Hermana no cumple con las Comuniones de regla, ¿tiene derecho de mandarle tal cumplimiento?

R. Sí y no.—Tratándose de una que otra comunión de regla, dejada *accidentalmente*, no hay tal derecho. Y el motivo es que toda Comunión exige ciertas disposiciones interiores, sobre las que juzgan la conciencia y el confesor.—En otros términos, necesitándose el estado de gracia, el deseo de observar la regla no dispensa de esta condición esencial.

Ahora bien, puede darse el caso de que una religiosa se crea en pecado mortal, y, por lo tanto, no puede comulgar; y como á los Superiores no les es permitido obligar á sus subalternos ó manifestarles

su conciencia, se sigue que no le es lícito preguntar á tal religiosa por qué omite *accidentalmente* la Comunión.

Por lo contrario, si se trata de una omisión *habitual* de Comuniones de regla, la Superiora puede intervenir recordando las Constituciones. Desde el momento que la religiosa comulga alguna vez, se supone que tenga las condiciones esenciales y, por ende, el estado de gracia. Al entrar en el Instituto, la religiosa se compromete á observar todas las Reglas, sin excluir la que respecta la comunión; y aún dado que la Comunión frecuentemente requiera mayores esfuerzos, éstos están ya implícitamente aceptados en la misma aceptación de las Reglas en general; y como todo esto es algo de *exterior* y se identifica con la observancia de la Regla, la Superiora puede y hasta debe ocuparse de ello, como de cualquier otro punto de regla.

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XX

VISITA AL SANTÍSIMO

*Quid est homo quod memor es
ejus? aut filius hominis quoniam
visitas eum?*

¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él?—¿O qué es el hijo del hombre, para que vengas á visitarle?

(Ps. 8, 4).

Confío que esta Conferencia será ventajosa para los que la leyeren, y aún con más razón, para quien la escribe. ¡Dios lo quiera!

I. Persuadió desde ahora, buenas hermanas, que la visita al Santísimo Sacramento (se entiende la frecuente y fervorosa) es para todas vosotras un sagrado deber. En efecto: Jesús quiere hacernos compañía día y noche y continuamente; pero también quiere El gozar de la compañía de cada una de vosotras. ¡Nada más justo!

He aquí que yo estaré con vosotros, El nos dice, no por un día ni por un año, sino hasta la consumación de los siglos. (*Math. 28, 20*). Mas si nosotros no vamos á El, no estará El con nosotros; y daremos así en tierra con todas las medidas y planes de su Santísimo Corazón.

Jesús os hace sumo honor habitando bajo vuestro mismo techo; y bien podréis repetirle á cada instante: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus*. Tú has honrado sobremanera á tus amigas. (*Salmo 138, 16*). Con justicia, pues, exige El de vos-

otras, que vayáis á menudo á figurar en la guardia de honor que en derredor del Altar le hacen los Angeles.

Jesús es el verdadero Manuel, es decir, *Dios con nosotros*, un Dios perfectísimo, infinitamente hermoso, sabio, bueno, misericordioso, etc. Pero esta soberana belleza no quiere quedarse desconocida, y busca ojos que la contemplen; esta soberana verdad no quiere ser ignorada: quiere almas que se dejen iluminar de sus rayos; esta soberana bondad y misericordia no quiere quedarse en sí misma, y por este motivo va en busca de corazones que se dejen abrasar en su amor santo: *O admirabile commercium!*

Jesús está allí todo ojos para mirar nuestras necesidades, y todo corazón para aliviárnoslas. ¿Por qué, pues, no corremos á menudo á sus plantas los que nos sentimos tan endebles y miserables?

El principal y más agudo dolor que experimentó nuestro primer padre Adán, después del fatalísimo pecado, debió de ser el no poder más hablar con Dios, como antes lo hacía, al aire después de mediodía: *ad auram post meridiem* (Gen. 3, 8) en el Paraíso terrenal.

Mas á nosotros cabe esa dicha que antes tenía Adán, pues no sólo podemos decir que Jesús fué visto en la tierra y conversó con los hombres: *in terris visus est, et cum hominibus conversatus est* (Baruch. 3, 38), sino que nos es dado poder conversar con El familiarmente, y á nuestras anchas, porque El se digna morar continuamente en nuestra misma Casa.

Antiguamente se solía decir:—el hombre es de Dios—mas ahora podemos, con derecho, agregar:—¡Dios es del hombre!—*O Emmanuel!*

II. Pero algunas tal vez me dirán: Y ¿por qué deberé ir á visitar tan á menudo á Jesús, si no sé qué decirle?—*Aquí está Juan*, decía á Jesús ese buen aldeano, cuando iba á visitarlo, y, dicho esto, esperaba que Jesús le respondiese, le ayudase, le consolase. Imitad, á ese afortunado Juan. ¿No sabéis qué decirle? ¿Y no hay acaso libros *ad hoc*, como por ejemplo: las preciosas visitas de San Alfonso? Además, ¿cuándo se ha oído decir que para hablar con papá ó con mamá, haya sido necesario servirse de libros? Ahora bien, ¿nunca se hallará un padre y una madre tan buenos como Jesús! Esta verdad es clara como el sol.

Otra podrá añadir: Yo soy una pobre hija muy débil, iguorante y pecadora: ¿cómo es posible que me soporte el Señor en su presencia?

Le responderé que si el Señor se complace en ver postrados ante su acatamiento á los Angeles y á los sacerdotes, con todo forman también sus delicias los corazones de las mujeres y de las niñas, máxime si éstas son religiosas, sus esposas, aún cuando débiles y pecadoras.

Allá en el templo de Salomón, ante el Tabernáculo (que no era sino la figura del nuestro), quiso Dios que hubiese un asilo ó colegio para las Virgenes dedicadas á la oración y al cuidado del mismo Tabernáculo. Allá fué educada nuestra Madre María Auxiliadora desde los tres hasta los quin-

ce años de su edad, bajo la dirección de Ana la profetisa. Esta anciana, que había pasado en el templo la mayor parte de su vida, siendo ya octogenaria nunca lo abandonó, sirviendo al Señor en el ayuno y en continua oración.

Dicen, además, los libros santos, que cuando el sacrilego Heliodoro penetró en el templo para saquearlo, unas cuantas de entre las Vírgenes que vivían, corrieron, llorando, al sumo sacerdote Onías. (2 Macab. 13, 19).

Finalmente, la Santa Biblia nos asegura que desde el momento que por orden del Señor fué edificado el Tabernáculo en el desierto, *mulieres excubabant in ostio Tabernaculi*: las mujeres baciañ la vela en la puerta del Tabernáculo (Exod. 38, 8), es decir, que había piadosas mujeres que por orden de Dios, en determinadas horas del día iban en cuerpo á hacer oración á la entrada del Tabernáculo, y se ocupaban, al mismo tiempo, en lo que ocurría, y según lo que exigía la necesidad, en el servicio del mismo Tabernáculo, en los oficios convenientes á su sexo. Tales mujeres piadosas eran, precisamente, una figura de las religiosas de nuestros días. Parece que la misma hermana de Moisés, María, ella también profetisa y virgen, haya sido la primera fundadora. Las religiosas, dice Cornelio á Lápide, pueden, con razón, hacer derivar de ella su origen y antigüedad.

Ahora bien, yo pienso que se pueda suponer que entre esas piadosas mujeres haya habido también algunas débiles, ignorantes y pecadoras; y por tanto... ¡dejemos todo temor!

Sabemos, además, por el Santo Evangelio, que allá sobre el Calvario estaban las piadosas mujeres observando en qué lugar José de Arimatea, Nicodemus y los demás, colocaban el Divino Cuerpo de Jesús: *aspiciebant ubi poneretur* (Marc. 15, 47; Luc. 23, 55); y más tarde, tornando al monumento, desahogaron su corazón llorando á su Señor: *mulieres stantes ad monumentum lamentabantur, fleutes Dominum*. (Ant. de Laud. in Sab. Sancto).

Y aun en estos tiempos, ¡cuántas mujeres piadosas no imitan á aquellas del Evangelio, observando con ojo de santa envidia á los Sacerdotes cuando transportan de un lugar á otro á Nuestro Señor Sacramentado, para ir en seguida como á hurtadillas á derramar su corazón ante su Divino Prisionero, no bien todos los demás lo hayan dejado solo! ¿Si será verdad que hay religiosas que se dejan vencer por unas seglares?

¡Ah! ¡no os olvidéis, mis buenas hermanas, que una de las espinas más agudas que laceran el Sagrado Corazón de Jesús, es, según El mismo lo manifestó á la Beata Margarita María Alacoque, la glacial indiferencia de corazones á El consagrados!

¡Pobre Jesús! En el momento mismo en que la mano sacerdotal lo cierra en el Santo Sagrario, nos parece oír á los Angeles repetir gimiendo: *Et sepultus est!!*

Alguna que otra vez, es cierto, irradia luz y gloria ese Sagrario, por ejemplo, cuando la Exposición solemne; y entonces puédesse decir de Jesús:

et erit sepulcrum ejus gloriosum (Isai. 11, 10); pero esa gloria es tan sólo accidental, y, excepción hecha de ciertas Iglesias privilegiadas que mantienen la *Adoración perpetua*, apenas si el Santo Sagrario está alumbrado por una pequeña lámpara, muy semejante á la que está prendida junto á un féretro.

¡Pobre Jesús! ó mejor dicho, ¡pobres de nosotros que dejamos solito al que es nuestra vida, nuestra felicidad, nuestro todo!

Inefable pena causa á los Santos este abandono. La Beata Margarita de los Angeles (en Holanda, siglo XVII), pidió y obtuvo de Jesús, que su propio cuerpo, después de muerto, se convirtiera en aceite, para alimentar la lámpara del Santísimo Sacramento; ¡tan grande era el deseo que ella tenía de acompañarlo día y noche en su morada eucarística!

III. Es de considerar aún, que el Señor quiere que lo visiten frecuentemente, no sólo para quedar El consolado y para aumento de su gloria extrínseca, sino también de un modo especial y principal para proveer á nuestras innumerables necesidades.

Bonus est Dominus animae quaerenti illum. (Thren. 3, 25). Bueno es el Señor para los que esperan en El, para las almas que le buscan.

¿Os recordáis aún lo que tantas veces he repetido en los sermones, con relación al bello jardín del alma? Lo repito una vez más. Para sostener nuestro cuerpo bajamos varias veces cada día al refectorio. Pero es tan grande nuestra flaqueza, que

frecuentemente entre una refección y otra nos sentimos languidecer, ya por un fuerte dolor de cabeza, ya por dificultad de respirar ó por una afección al corazón, etc.

¿Qué se hace en tales casos? Si podemos salir, y si la casa tiene un jardín anexo, nos trasladamos luego ahí para respirar el aire libre y balsámico; y de este modo nos sentimos bien pronto aliviados, cuando no desaparezca como por encanto todo malestar.

Haced de ello la aplicación á vuestra alma. Su refectorio está continuamente preparado en la balaustrada, como lo está el del sacerdote en el mismo altar.

Regularmente comulgamos todos los días; pero he aquí que antes de ponerse el sol nos sentimos á veces acometidos por mil dolores de cabeza (vanidades, fautasías, soberbias, etc.) ó de corazón (tibiezas, euvidias, impaciencias, amor sensible, etc.) ¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? ¡Por buena suerte el alma posee también su jardín bellissimo y bien abastecido! Es la Iglesia, desde la balaustrada hasta la puerta. ¡Divino jardín de las almas, feliz quien te sabe visitar á menudo! Un corto paseo, un poco de ese aire balsámico que exhala continuamente el Tabernáculo, basta para que el alma torne á respirar libremente y se sienta con nuevo vigor, como para llevar cualquiera cruz que al Señor plazca mandarle.

¡Nunca olvidéis este hermoso jardín del alma! ¡que sea frecuentemente visitado este verdadero Paraíso terrenal! ¡Cuántas hermanas y niñas de am-

bos mundos me han asegurado que desde que comenzaron á frecuentar este incomparable jardín gozan de más robusta salud espiritual! ¡Oh! ¡de cuántos sé yo que deben su perseverancia en la vocación á la frecuente visita! ¿Por qué no haréis vosotras lo mismo? Todas debéis vivir de santo amor, porque eso de obrar y trabajar sin amor de Dios, es un querer negociar á pura pérdida; y como no podríais vivir vida de amor sin acercaros á menudo al fuego del Tabernáculo, se colige que debe ser una realidad para cada una de vosotras la frecuente visita.

Algunas veces la obediencia os prohibirá quizás la entrada á ese ameno jardín: bien lo sé; pero si no os es dado entrar y entreteneros ahí por un buen espacio de tiempo, nadie os impedirá que en ciertos momentos difíciles, pasando cerca de la capilla abráis un poco la puerta y, asomando un tanto la cabeza, respiréis por un segundo ese aire vital del Tabernáculo, diciendo, por ejemplo, á Jesús: ¡Vida mía! socórreme, que ya no puedo más.

El sacerdote chileno D. Blas Cañas, de s. m., con el cual nos hemos varias veces carteadado, daba á sus religiosas de la Casa de María estos consejos: Las hermanas ocupadas en los oficios materiales, tendrán cuidado de suplir las visitas personales, enviando frecuentemente su corazón al Coro, y prosternándolo espiritualmente ante la portezuela del Tabernáculo, dirán á Jesús con gran fervor: «¡Oh, esposo mío! ya que no puedo ir en persona á postrarme en tu presencia y estrecharte entre mis brazos, te envío mi corazón; él te dirá

cuánto te amo y pienso en Ti. Sí, Jesús mío, tu hija te adora. Desde el Santo Tabernáculo, oculto me miras Tú. Te amo con todas mis fuerzas y te pido tu bendición para desempeñar mis deberes. Muy pronto iré á tu presencia: prepárame alguna gracia, pues yo sólo quiero vivir para Ti y serte fiel hasta la muerte».

Y agregaba: Siempre que paséis por las cercanías del Coro, ó bien diviséis la Capilla, haced algunos actos de amor á Jesús Sacramentado.

IV. Entendedlo de una vez, oh hermanas, que después de la Santa Comunión, la visita al Santísimo Sacramento es, entre todas, la devoción más sólida, más útil y más conforme á los fines é intenciones de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Florezca, por lo tanto, este feliz jardín, con las vivas flores de vuestro corazón, que tanto agradan al Divino Esposo! Que cada una pueda decir con verdad: Mientras estaba el Rey sentado en su asiento (eucarístico), mi nardo precioso (el corazón) ditundió su fragancia; *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suavitatis. (Cant. 1, 11).* ¡Amaré al que es principio de todo bien, porque El me amó desde toda la eternidad y dió la vida por mí; y se quedó ahí todo entero para mi comida de vida eterna!

Nuestro D. Andrés Beltrami, solía pasar cuatro, cinco horas, y á veces gran parte de la noche, y hasta la noche entera, ante Jesús Sacramentado. — «Delante del Santísimo, él decía, las horas me parecen minutos». — El Augustísimo Misterio del Al-

tar ha sido siempre el imán de su corazón, el blanco de sus celestes amores.—Y ¿cómo pasaba ese tiempo tan precioso?—He aquí el cómo. Empleaba una hora en pedir á Jesús la virtud de la humildad; otra hora en pedir la santa Castidad, el amor á los sufrimientos y demás virtudes necesarias para su propia santificación. En seguida pasaba en reseñar las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia, las del Papa, de los Obispos, de sus padres y parientes, de los superiores, de las diversas Misiones Salesianas, las de cada Inspectoria, de cada Casa ó Colegio, de cada Director, las de las Hijas de María Auxiliadora, etc... y á veces, echando mano del Catálogo, suplicaba á Dios para que concediese á cada uno la Santa Perseverancia: ¡qué obras tan admirables produce el amor acendrado hacia el Santísimo Sacramento!

El Ven. José B. Cottolengo quería que en su *Piccola Casa* no se dejase nunca solo al Santísimo Sacramento, sino que siempre hubiese allí alguno que le tuviese *buen compañía*, y él mismo quería ser el primer *centinela* del Santo Tabernáculo. De este modo se estableció en esa Casa la *laus perennis*, que la convirtió en una ciudadela espiritual, no sólo para Turín, sino para todo el Piamonte.

Cualquier negocio ó viaje que tuviese que emprender, ó simplemente antes de salir de casa: *ante todo*, decía, *hay que reverenciar al Dueño*; y se iba derecho ante el Santísimo, donde se detenía en breve adoración.

Una santa religiosa del Venerable Cottolengo,

antes de ir á descansar pasaba ante el altar, se detenía un instante, y al despedirse decía con ardor inefable:—¡Buenas noches, Jesús mío!—¡Ah! si todas la imitaseis, diciendo á menudo: *¡Buenos días (ó buenas noches)*, Jesús mío! Jesús no se dejaría vencer en ternura. Y os repetiría al corazón, lo que contestó á esa afortunada hija: *Y para ti también, ¡buenas noches, hija mía!*

Al decirle vosotras, ¡buenos días, ó buenas noches! entenderéis augurarle que pase todo ese determinado tiempo, sin ser insultado y maltratado por ninguna culpa, ni en vuestra casa, ni en el mundo entero; y al devolveros Jesús su tierno saludo, querrá significaros que os protegerá, que acrecentará en vosotras la llama de su santo amor; que establecerá como una especie de celestial *teléfono* entre vuestro corazón y el Santo Tabernáculo, y que en breve tiempo os hará santas.

Así como un amigo, decía Santa María Magdalena de Pazzis, visita con frecuencia á su amigo, dándole los *buenos días* por la mañana, y las *buenas noches* por la tarde, y saludándolo muchas veces durante el día, así también vosotras visitad frecuentemente á Jesús Sacramentado, y en cada visita ofreced muchas veces su preciosísima Sangre al Eterno Padre; y ya veréis que haciéndolo así, aumentará vuestro amor maravillosamente.

En las casas religiosas, si fuese posible, deberían estar de continuo en torno de Jesús algunas almas fervorosas como otras tantas amantes mariposas; y su corazón debiera consumirse de amor

más que los cirios y la lámpara del altar. (*San Alfonso*).

¡Ah! ¡Jesús está siempre con nosotros y no pensamos en El! (el mismo).—Donde está tu tesoro, allí está tu corazón, dice la Eterna Palabra. (*Math. 6, 21*).

Por este motivo nuestro Ven. D. Bosco hubiera querido pasar su vida entera ante el Santísimo, si la voz del Cielo no lo hubiese llamado al trabajo para la salvación de las almas. Pero aun en esa tarea, él continuaba estando en espíritu delante de Jesús Sacramentado. El altar era para él, ora un Tabor donde parecía transfigurado, ora un Sinaí donde recibía sobrenaturales comunicaciones.

Del Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, narra San Alfonso que solía exclamar: ¡Ah! ¡es harto grande la dicha de los religiosos, quienes en sus mismas Casas pueden visitar, cuando les place, de día y de noche, á este gran Señor en el Santísimo Sacramento! ¡Tanta dicha no la poseen los seglares!—¡Y visitando, en efecto, día y noche á su Jesús, lloraba amargamente, viendo que el Tabernáculo del Rey de los reyes está desamparado, al paso que los palacios de los magnates de este mundo están rebosando de gente, que allí acude para cortejar á un mortal miserable!

¡Ah! ¿quién nos dará alas como de paloma para volar al Santo Tabernáculo y allí encontrar nuestro reposo? *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo et requiescam?* (*Psal. 54, 6*).

Las vocaciones religiosas despuntan en razón directa del número de Comuniones y Visitas san-

tamente hechas. Es entonces que Jesús dice al corazón feliz de sus siervas: Desamparad las ciudades, oh habitantes de Moab (el mundo); idós á vivir en la breña, é imitad la paloma que hace su nido en la hendidura más alta de la peña. (*Jeremías 48, 281*). *Dejad las ciudades*, donde no se ve sino la iniquidad y la contradicción. ¡Ah! ¡ellas día y noche son rodeadas de pecados como de murallas! ¡En ellas todo es soberbia é inmundicia, y guerra á Dios y á los hombres!

Id á vivir en las breñas (las casas religiosas), donde hay una roca viva, y esta roca soy Yo, Yo mismo: *Petra autem erat Christus* (*1.ª Corint. 10, 4*).

Reposad sobre esta Piedra, y hallaréis como Jacob el cielo abierto, y viviréis en compañía de los Angeles.

Imitad á la paloma. ¡Venid á colgar á mi Santo Sagrario el nido de vuestros castísimos amores! La hendidura alta de la roca, es la herida de mi Corazón, vuestra puerta y refugio segurísimo.

Ea, pues, levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y vente.

Surge, prospera, amica mea, formosa mea, et veni (*Cant. 2, 10*). *Surge*, levántate de tu pereza habitual y de tus miserias, pues yo aquí estoy para enriquecerte y llenarte de gracias. *Propera*, acércate sin tener miedo de mi Majestad, puesto que se ha humillado en este Sacramento, precisamente para quitarte el temor y darte confianza. *Amica mea*, ya no eres mi enemiga, ¡porque tú me amas y Yo te amo! *Formosa mea*, mi gracia te ha

hermoseado. *Veni: ea*, ven con ilimitada confianza: entra.

Entra en esta arca de salvación y te hallarás un día, como por encanto, en la puerta del Paraíso.

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XXI

VISITA AL SANTÍSIMO

(Continuación)

Hospes eram, et non collegistis me.

Era peregrino y no me recogisteis. In carcere (eram) et non visitastis me.

Estaba encarcelado y no me visitasteis.

(Math. 25, 43).

I. He sabido, con verdadero estupor, que en ciertos colegios se deja al Santísimo Sacramento sin una flor siquiera, mientras que á pocos pasos del Tabernáculo las imágenes de la Virgen, de San José y otros santos, tienen flores en abundancia.

¿Os parece razonable esa vuestra devoción? Y ¿dónde habéis aprendido que se deban honrar más las imágenes de los santos que al mismo Dios vivo y verdadero, quien está allí aprisionado por amor nuestro en el Santo Tabernáculo?

¡He visto yo mismo que en otros institutos las alumnas, entrando á la Iglesia, corrían derecho á una santa imagen, y no partían de allí sino después de algún minuto, sin decir palabra alguna ni dar un saludo al Divino Prisionero, que desde el Santo Tabernáculo en vano suspiraba por una mirada de amor siquiera!

¡Da pena, ciertamente, tanta ignorancia en tales alumnas! Procurad disipar lo más pronto posible esa ignorancia con oportunas instrucciones.

Diréis, pues, á vuestras alumnas, poco más ó menos así:—Apenas entráis á la Iglesia, el primer saludo sea siempre dirigido á Jesús: La flor y nata de nuestros afectos sea siempre ofrecida al Santísimo Sacramento. Considérense los otros altares, por decirlo así, como un adorno del Altar del Santísimo Sacramento. Todas las devociones á los santos, comprendida la dulcísima de la Virgen, no son sino radios que van al centro, que es Jesús Sacramentado, siempre admirable en sus santos. Por consiguiente, ¡Jesús sobre todo!

Del Ven. José B. Cottolengo se lee que, viéndolo como el altar de la Virgen estuviese de frente al del Santísimo, ordenó que cuando se exponía la Sagrada Hostia, la imagen de la Virgen fuese cubierta con un velo, á fin de que nadie diera la espalda al Divinísimo Sacramento para venerar á la Virgen.

II. Pero yo he visto con mis propios ojos una cosa todavía más extraña; ¡más desconsoladoral He visto la Iglesia ó Capilla desierta, los bancos desocupados durante las largas horas del día, en que el Divino Prisionero en vano daba aldabadas en la puerta de su prisión para hacerse oír.—*Ecco sto ad ostium*, decía, *et pulso*. (*Apoc. 3, 20*). Estoy á la puerta y llamo; ¡pero, ay de mí! ¡en vano golpeo! ¡en vano clamo! ¡en vano mando á mis ángeles á recoger un pequeño grupo de fieles adoradoras que me abran la puerta de su corazón para que entre ahí, y cene con ellas, y ellas conmigo, y así me consuelen del todo! Me fatigué en dar

voces; secóseme la garganta: *Laboravi clamans, raucae factae sunt fauces meae*. (*Ps. 68, 4*). *Sustinui... qui consolaretur et non inveni*. (*Salmo 68, 21*). ¡Esperé que alguien me consolase y no lo encontré!

Pero ¿por qué no serán todos los colegios católicos otros tantos jardines de flores vivas que vayan á porfía á derramar, sobre todo en tiempo de recreación, la fragancia del santo amor que tanto recrea y consuela al Prisionero del Santo Sagrario?

¡Semejante vacío en derredor del Santo Tabernáculo, además de ser muy desconsolador para Jesús, es harto fatal para nosotros! Cuando las damas de corte, los ministros y cortesanos hacen el vacío en derredor de un rey ó de un presidente de República, es clara señal que ya no le quieren y prefieren bñscarse otro. Mas si nosotros hiciéramos el vacío alrededor de Jesús, ¿á dónde iremos á encontrar á otro Dios? *Ad quem ibimus*. (*Joan. 6, 69*). ¡Ah, El tendrá razón de disgustarse y hasta de abandonarnos! Y estar sin Jesús, ¿quién no lo sabe? es un cruel infierno anticipado: *Ecce sine Jesu, durus est infernus*. (*Kempis*).

III. Falta el tiempo, se me dice. Pero ¿por qué otros colegios saben hallar este tiempo?

¿Por qué para visitar ó recibir visitas de las criaturas tenemos siempre tiempo de sobra?.. Y eso que las tales visitas, además de robarnos mucho tiempo, no pocas veces son disgustosas, peligrosas y hasta dañosas al alma, como que son causa

de murmuraciones, de disipación y de un mal-estar espiritual notable.

Empero, las visitas á Jesús Sacramentado son todas muy saludables, consoladoras, santas.

Además, no se trata aquí de visitas... no se trata de visitas largas, sino de brevísimas, que por nada impiden dar al cuerpo el solaz necesario.

—Pero las niñas son muy traviesas y no es prudente dejarlas solas.—Claro está que no debéis nunca permitir que estén solas sin la asistencia debida; eso no obstante, si tenéis fuego en el corazón, bien sabréis hallar tiempo oportuno para visitar con algunas de ellas á Jesús. El amor es sobremanera ingenioso.

—Pero el Señor, replica otra, no sabrá qué hacer conmigo; ¡soy harto miserable!—¿Por qué, entonces, te habrá llamado á palacio? ¿Con qué fin habrá dicho: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos?* Venid á Mí todos los que andáis agobiados en trabajos y cargas, que yo os aliviaré? (*Math. 11, 28*). ¿Y que hasta encuentra sus delicias en habitar con los hijos de los hombres? Cabalmente porque eres miserable debes visitar á menudo á ese gran Dios, que con su santidad y poteucia infinita, sabrá sacarte del abismo de toda miseria. El *venite ad me omnes*, lo ha prauunciado también para tí; y, aún más, quisiera verte siempre á sus pies. A Santa María Magdalena de Pazzis, ordenó El mismo que treinta y tres veces al día lo visitara. No te quejes, pues, si la tibieza te oprime, si la frialdad te causa la muerte. El fuego está allá. Fuego he traído á la

tierra, te dice Jesús, y ¿qué otra cosa quiero, sino que se encienda? *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur.* (*Luc. 12, 49*).

Su corazón es todo un horno de divinas llamas, cual lo vió la Beata Margarita María Alacoque, precisamente después de la Santa Comunión. Y San Wenceslao rey, de sus visitas nocturnas al Santísimo Sacramento salía tan inflamado, que el paje que le seguía, poniendo sus pies sobre las huellas del rey no sentía frío, por más que el suelo estuviese cubierto de hielo.

¿Será posible que los Angeles, también por vuestra causa, oh Religiosas, deban exclamar llorando: *in propria venit et sui Eum non receperunt?* (*Joan. 1, 11*); Jesús se quedó en el mundo, y el mundo no lo conoció; quiso entrar en su Casa, y sus Esposas no lo quisieron recibir.

IV. Jesús es médico, es medicina, es luz, es consuelo, es todo: *Deus meus et omnia*: mi Dios y mi todo, decía San Francisco de Asís. De consiguiente, ¡oh, almas tibias! ¡oh, almas frías! acercaos al fuego; ¡oh, enfermas del alma! una sola mirada suya puede sanaros; ¡oh, almas hambrientas! El es el verdadero árbol de la vida, el Cordero Pascual, el Pau del Cielo, el Banquete siempre preparado. *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant nos.* Aparejaste delante de Mí una mesa abundante á la vista de mis perseguidores. (*Ps. 22, 5*). ¡Oh, almas sitibundas por causa de vuestras ardientes pasiones! la Santísima Eucaristía es mucho mejor que el pozo de Jacob y la cis-

terna de Belén. Ella es el verdadero *fons aquae salientis in vitam aeternam*: manantial de agua que manará hasta la vida eterna (*Joan. 4, 14*) y que fué abierto para la purificación de todos los pecadores; manantial siempre rebosante de una agua tan fresca y saludable, que quita toda sed de cosas terrenas á los que de ella beben: *Omnes sitientes venite ad aquas*: todos los que tenéis sed venid á las aguas, nos dice Jesús por Isaías (*Capítulo 55, 1*); ¡y las sacaréis con gozo de la fuente de vuestro Salvador! Cerremos y circundemos la cátedra Eucarística. Desde allí Jesús nos da lecciones prácticas en la ciencia de los santos, es decir, de obediencia, de pobreza, de unión con Dios y dulce abandono en sus manos; de vida oculta, apostólica, expiatoria; de gratitud, de contrición, de amor, de perseverancia, en fin, de todas las más bellas virtudes.

El Santísimo Sacramento es fuente inagotable de divinas gracias. Cuando el profeta Eliseo, en favor de la viuda de Sarepta, multiplicó el aceite, éste cesó de manar cuando el hijo de la viuda dijo á su madre, que le pedía otros vasos vacíos: *Non habeo* (*4 Reg. 4, 6*). Ya no tengo.

¡Ah, cuántos corazones quiere Jesús llenar de gracias si se lo pedimos en la santa visita!—Que nadie se atreva á decirle: *non habeo vas!* ¡no tengo corazones que presentarte para que los santifiques! pues, sobre ser el nuestro quizás muy vacío de amor santo, hay siempre la mar de corazones: de nuestros padres y parientes, de nuestras alumnas, de los pobres pecadores, que necesitan el di-

vino aceite que brota del Santo Tabernáculo. Acercaos, pues, con ilimitada confianza á esa fuente de salud: abrid bien vuestra boca, que El os saciará plenamente: *dilata os, tuum et implebo illud.* (*Os. 80, 11*).

V. El Santísimo Sacramento debe formar nuestro verdadero Paraíso en la tierra.

Santa Teresa, aparecida á una religiosa suya, le dijo: Los del Cielo y los de la tierra debemos ser una sola cosa en la pureza y en el amor: nosotros gozando, vosotros padeciendo; y lo que nosotros hacemos ante la Divina Esencia, debéis vosotros practicarlo ante el Santísimo Sacramento...

Es, pues, nuestro paraíso en la tierra el Santo Tabernáculo.

¿Quién de nosotros no querrá llegar pronto al Paraíso? *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiae.* (*Ad Hebr. 4, 16*). Acerquémonos con confianza al trono de la gracia. El está muy cerca de nosotros; es el Manuel, es decir, Dios con nosotros; busquémosle de veras, pues le podemos hallar con toda facilidad.

No es el trono de Jesús como el de los de este mundo, que exigen largas horas y días, y á veces hasta meses de espera para admitir una audiencia, y muy á menudo no se puede hablar sino por medio de una tercera persona. La Iglesia es el único lugar donde no se nos hace esperar: allí siempre encontramos á Aquel á quien buscamos. *Adeamus!*

Es el Pontífice eterno, es decir, el que mediante el sacrificio Eucarístico que renueva cada

momento, nos hace pasar sobre el puente de oro, por el cual desde esta misérrima vida, podemos fácilmente llegar á la otra ribera, es decir, á las eternas y felicísimas playas del Paraíso. *Adeamus!*

No hay devoción más *sólida* que ésta, dice Bourdaloue; no la hay más conforme á las miras é intenciones de Nuestro Señor Jesucristo; no hay ninguna más *saludable* ni más útil para vosotras mismas.

La piedra de toque para conocer al verdadero cristiano entre los averiados, para distinguir á las religiosas efectivas, de las que lo son sólo de nombre, es la ferviente y continua devoción á Jesús Sacramentado. *Adeamus!*

Y allí postrados ante el Prisionero del Tabernáculo, digámosle con el Rey penitente: Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es que pueda yo vivir en la Casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor, frecuentando su Templo: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini, omnibus diebus vitæ meæ! Ut videam voluptatem Domini et visitem templum ejus. (Ps. 26, 4).*

San Francisco Javier, pasaba el día trabajando para la salvación de las almas; y las noches, postrado delante del Santísimo Sacramento.

San Alfonso, el gran devoto del Santísimo Sacramento, envidiaba hasta las flores del Altar del Santísimo, y acostumbraba apostrofarlas así:

*¡Flores felices, las que noche y día
Cerca de mi Jesús siempre quedáis,*

*Ni nunca abandonáis la guarda pia,
Hasta que al fin dichosas no muráis;
¡Oh, si pudiera yo la vida mia
Pasar entera allí donde habitáis!
¡Cuál no sería mi dicha! ¡cuál mi suerte!
¡Vivir para mi Vida hasta la muerte!*

Su ardentísimo amor lo llevaba hasta á envidiar las velas, el Santo Tabernáculo, etc.

Una óptima hija de María Auxiliadora, al postarse ante Jesús Sacramentado, cerrados los ojos y los labios, abría de par en par las puertas de su corazón, estableciéndose de esta manera una mútua comunicación de aspiraciones y afectos inefables entre el suyo y el Corazón siempre abierto de Nuestra Vida Jesús.

El sacerdote salesiano Don Andrés Beltrami, como ya dijimos, aun cuando estaba muy enfermo, pasaba gran parte del día y de la noche asomado á una ventanita, desde donde podía ver el Santo Tabernáculo. Y ¿qué hacía allí? Adoraba á Jesús, le glorificaba, le tributaba actos de amor, le daba gracias por haberlo hecho cristiano y salesiano; imploraba perdón de sus pecados y de los de todo el mundo; impetraba gracias especiales para sí, á fin de sufrir más: *ne guarire, ne morire*, decía, *ma vivere per patire!* En seguida pedía gracias para la Congregación, para los Superiores, para los Misioneros, para cada noviciado, para todo socio salesiano, *para las Hijas de Don Bosco*, para los colegios, para los pecadores, para los moribundos, para las pobres almas del Purgatorio. Y así

pasaba cuatro, seis y más horas, sin casi notarlo.

El clérigo salesiano Domingo Biga, que iba á llamar á la puerta del Tabernáculo, hasta de noche cuando la Iglesia estaba cerrada, visitaba á Jesús á lo menos con el corazón.—¿Lo ve?—dijo una noche á su Superior. ¡El está allí, no duerme!—¿Quién?—Jesús.—Dices bien, añadió el Superior, El nos está velando—¡Oh, sí, nunca nos pierde de vista!

Semejante á Biga era esa alma cándida da nuestro inolvidable Don Adolfo Delcarria. Una vez, entre otras, allá en el Colegio de Almagro (Buenos Aires), dándome las buenas noches.—Padre, me dijo, mire allá, ¿la vé?—¿Qué cosa?—La lámpara del Santísimo. ¡Qué elocuente es de noche aquella cara lámpara!—Y con esto quería decirme tantas cosas, que su corazón amante sentía, pero que no sabía expresar con palabras.

Y uno de los grandes amigos de nuestro Venerable Don Bosco, Monseñor Pablo Tarosci, acostumbraba visitar á Jesús dos veces por la mañana y dos por la tarde de cada día, señalando en cada visita un fin particular, ex. gracia: para alcanzar la gracia de recibir el Santísimo Viático antes de morir, obtener muchas vocaciones eclesiásticas y religiosas, etc. Y cuando en su celda estudiaba ú oraba, solía tener la cara vuelta hacia la Iglesia.

«Daniel escribía abriendo las ventanas de su aposento por el lado que miraba hacia Jerusalén, adoraba á su Dios. Lo propio hemos de hacer nosotros mirando á Jesús Sacramentado».

Hasta durante la noche solía reposar vuelto el rostro hacia el Santísimo, verificándose así en él el *Oculi mei semper ad Dominum*, de David (*Ps. 24, 15*); mis ojos están siempre fijos en el Señor, como el girasol mira continuamente al astro rey.

En sus viajes y paseos ansiaba ver, al menos, el campanario de la Iglesia, y no bien reparaba la cúspide, decía con el corazón palpitante: ¡Allá está, allá está mi Jesús!

Lo propio repetía cuando sonaban las campanas. Y al ver una avecilla volar hacia la Iglesia, decía: ¡Quisiera volar yo también hasta el Santo Tabernáculo!

VI. Pero ¿qué continente deberéis tener ante el acatamiento de Jesús Sacramentado? Y ¿qué gracias le pediréis con frecuencia? Sois las hijas del Venerable Don Bosco. ¡Imiten, pues, las hijas á su Padre! Don Bosco, delante de Jesús Sacramentado, solía estar inmóvil, con el cuerpo derecho, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos bajos, y las manos juntas ante el pecho. No se le oía un suspiro; sólo de cuando en cuando se le veían temblar los labios, que proferían una muda jaculatoria; ¡pero en su semblante aparecía tan viva la expresión de la fe, que daba encanto mirarlo! Así nos lo pinta nuestro caro Don Lemoyne, que ha sido santamente curioso en fijarse varias veces en esa celestial actitud del Patriarca de los Salesianos.

Si imitamos á nuestro Padre, Jesús mismo nos hablará y enseñará lo que debemos pedirle para alcanzar la santidad.

VII. Pero tenéis aún otros preclarosⁿ ejemplos que imitar, es decir, el de Sor María Mazzarello, vuestra primera Superiora.*

El que esto escribe visitó varias veces la solitaria casa de esta santita. Estaba distante una buena media hora de la Iglesia Parroquial, á la que se debía llegar por un sendero difícil y á veces peligroso.

Y sin embargo, María, desde muy pequeña, no dejó pasar un día sin ir á visitar á Jesús Sacramentado.

En ciertas madrugadas de invierno, narra Don Francesia, para quitarse un tanto el gran frío, llevaba consigo un haz de sarmientos, y llegada á una vuelta, por ella muy conocida, se paraba, lo encendía y se gozaba con la llamarada, dirigiéndose en seguida á la Iglesia. Pero no siempre encontraba ya abiertas las puertas de San Silvestre (la Iglesia Parroquial). Entonces se detenía en el sacro dintel, é hiucada en espíritu delante de Jesús Sacramentado, esperaba que abrieran la puerta de la Iglesia. Una vez, entre otras, llegó por equivocación á las 2 a. m.; ¡tanta era su ansia de estar con su Jesús! Y se estimó feliz con tener así más tiempo para orar.

A causa de la grande distancia, no podía volver á visitar á Jesús por la tarde; pero supo ella muy bien hallar un santo ardid para desquitarse. Había observado que una ventana de casa miraba hacia la colina, sobre la cual erguía la Iglesia. Así es que por la noche, mientras la obscuridad era muy

densa y profundo el silencio, iba allá á desahogarse con su Señor Sacramentado. Obtuvo de su padre que el Rosario en común de cada noche se rezara en aquella habitación; por supuesto, que ella no cedía á otros su puestecito cerca de la ventana; ¡y de cuando en cuando levantaba la cabeza, y fijando su dulce mirada en la ventana iluminada por la lámpara de la lejana Parroquia! ¡Helo allá! se decía á sí misma, ¡allá está tu Señor!

Y cuando su padre la mandaba al pueblo por algún recado, se alegraba mucho porque podía visitar á sus anchas al Prisionero del Santo Sagrario. — Hermana, le decía la huena Felicina, y ¿qué haces allí tanto tiempo delante del Señor? — ¡Ah, tengo tantas cosas que pedirle, que se pasa el tiempo sin que lo note!

Yo que esto escribo, que dirigí su espíritu por tres largos años, y que la oí á menudo hablar de Jesús Sacramentado con acento de fuego y de inflexible dulzura y confianza, puedo, con toda razón, asegurar que la Madre María Mazzarello fué un serafín de amor hacia la Santísima Eucaristía. ¡Qué ejemplo tan hermoso nos ha dado Jesús en esta Sierva suya para que lo imitemos!

Una de las primeras Hermanas del Venerable Don Bosco, siempre que de noche despertaba del sueño, se creía estar en adoración ante el Santísimo. — ¡Quizás, decía ella ingenuamente, quizás sea Jesús mismo el que, cansado de buscar corazones amigos y de no hallarlos, se digna despertar el mío para refugiarse en él!

¡Ea, pues, hermanas: persuadíos una vez para

siempre de que la visita al Santísimo es de veras *la gran cosa!* Oid la voz del Eterno Padre, que exclama: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia. (*Math. 3, 17*). ¿Por qué no tendréis á mucha honra el imitarme?.. Escuchad las tiernas reconvenções que os hace el mismo Jesús desde el Santo Sagrario: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* (*Math. 26, 40*). ¿Es posible que no hayáis podido vigilar una horita conmigo?..

¡Oh! ¿por qué no tratáis de hallar vuestras delicias estando un tantico en mi compañía, siendo así que todas mis delicias son el estar con los hijos de los hombres?.. (*Prov. 8, 31*). ¡Mi Padre mismo ha puesto en Mí todas sus complacencias y me llama su Hijo predilecto (*Math. 3, 17*), y vosotras no experimentáis sino fastidio en pasar algunos minutos conmigo! ¿Queréis de veras obligarme en el día del juicio á daros en el rostro con el terrible: *Hospes eram et non collegistis me?* (*hoc est.*) *et in carcere et non visitastis me?* ¡Era vuestro huésped, y no me habéis recogido; en la cárcel estaba por vosotros, y no me habéis visitado!..

¡Oh, Señor! acrecienta nuestra fe: *adange nobis fidem* (*Luc. 17, 5*); no sea que al descorrerse, después de muertos, el velo encarnístico, nos encontremos con tu rostro airado: ¡con ese *Rostro*, ante cuyo acatamiento nos postramos cada día, sí, pero con una fe tan débil y un corazón tan helado!..

La Madre de San Alejo, al amortajar el cuerpo de este su hijo, que había vivido desconocido

bajo la escalera de su palacio diez y siete años, gritaba fuera de sí por el dolor: ¡oh, hijo mío, qué tarde te he conocido!—Nuestra alma, al salir de esta vida, á la vista de los consuelos, de las bellezas y de las riquezas que habría podido poseer en Jesús Sacramentado, á quien ha desconocido, exclamará también desconsoladísima: ¡oh Jesús, oh Dios mío! ¿será posible que os haya conocido tan tarde?..

¡Oh Religiosas! todavía estamos á tiempo para impedir tamaña desgracia en nosotros. De hoy más, sea el Santísimo Sacramento el verdadero imán de nuestros corazones.

¡Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, rogad por nosotros! (*Indulgencia de 300 días*).

ORACIÓN

(*Delante del Santísimo Sacramento*)

«¡Oh Jesús, os ruego con todo el corazón; hacedme la gracia de crecer con Vos en sabiduría y en toda suerte de virtudes! ¡hacedme recordar incesantemente el que *Vos sois mi Modelo y que yo debo imitaros!*

»Si la vanidad, el amor de mí misma y la soberbia tratan de levantar mi espíritu sobre las demás, y me quieren inducir á contestar acremente y á recibir las amonestaciones con poca humildad, yo les responderé: *Jesús era dulce y humilde... ¡yo debo imitarle!*

»Si el incentivo de los placeres sensuales, ó aun sólo profanos, se presentase á mi mente, yo le contestaré: La vida de Jesús no fué sino una alter-

nativa continua de penas y sufrimientos... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

«Si el demonio viniese á sugerirme algún pensamiento de odio, de venganza ó de celos, yo le responderé: Jesús ha amado á todos, hasta á sus enemigos; El por todos ha rogado... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

«Y cuando tenga que hacerme violencia, ya para obedecer, ya para reprimir mi carácter, ó bien para cumplir un deber difícil, yo diré á mí misma: ¿Qué haría Jesús si estuviese en mi lugar? *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

«En todas las horas del día, en todos los pequeños percances que se sucedieren en estas horas, ya sean agradables, ya tristes y penosos, yo diré á mí misma: ¿Qué habría pensado Jesús? ¿qué habría hecho Jesús?... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*»

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XXII

EXAMEN COTIDIANO

Et meditatus sum nocte in corde meo, et exercebatur et exercebam spiritum meum.

En esto me ocupaba allá en mi corazón durante la noche, lo rumiaba, y examinaba mi interior.

(Salm. 76, 6).

I. He aquí una de las prácticas de piedad contra las que acomete rabiosamente el enemigo de las almas. El desearía que nosotros empezáramos por reducirlo á una mirada rápida, vaga y superficial, con la esperanza de hacérselo abandonar luego del todo.

El examen de conciencia es como una fotografía de nuestra alma, que sacamos dos veces al día, para ver cómo refleja la bella imagen de Dios.

La vida de una buena religiosa, dice el Kempis, debe estar adornada de todas las virtudes, para ser tal interiormente cual parece exteriormente á los hombres. Y con harto motivo debe ser más lo que está dentro, que lo que se ve de fuera: porque quien nos mira es Dios, á quien sumamente debemos venerar.

Para este fin sirve perfectamente el examen de conciencia.

Tened por seguro, hermanas, que si tanto vosotras como vuestras alumnas, hicierais este exa-

men con diligencia, llegaréis muy luego á formar un pueblo de santas.

El examen es necesario para el que quiere de veras progresar en la virtud. Quien no lo hace, suele permanecer estacionario, y con facilidad hasta retrocede.

El negociante repasa cada día sus cuentas para conocer si acaso va perdiendo, más bien que ganando; y así hacer luego el reparo.

Examinando y pensando cada día en nuestras faltas, las pasiones no tendrán tiempo de arraigarse en nuestro corazón; y nuestra alma se irá purificando cada vez más de esas manchas pequeñas que le impiden conseguir la perfección.

La que habitualmente descuida el examen de conciencia, merecerá oír que el Señor le diga:— Pasé un día por el campo de una perezosa y por la viña de una tonta, y vi que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedra. (*Prov. 25, 30, et seq.*)

San Pablo nos asegura que si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados por Dios. (*Si nos metipsos dijudicaremus, non utique judicaremur. (I ad Cor. 11, 31).*)

Por este motivo San Bernardo solía decir: *Volo vultui irae judicis judicatus praesentari, non judicandus, quia non bis judicat in idipsum.* Quiero presentarme ante la faz airada del Juez, no para que me juzgue, sino ya juzgado: porque El no juzga dos veces una cosa.

II. *Examen particular.* Consiste en examinarnos acerca del principal defecto, pecado ó vicio, que hemos establecido combatir durante el mes, según los propósitos hechos durante el día de retiro. Este examen se puede hacer en cualquier momento del día; pero en las Comunidades suele-se practicar inmediatamente antes ó después de la comida de mediodía.

Os suplico que *verbo et opere* inculquéis su práctica á vuestras discípulas. Una óptima hermana, así decía á sus niñas:—¿Por qué tanta premura, oh hijitas, para estar todos los días largo tiempo al espejo por temor de aparecer mal, y mientras tanto no sabéis deteneros un minuto ante el espejo divino, Jesús Crucificado, para numerar y detestar las manchas cotidianas de vuestra alma?—En seguida les enseñaba el modo de hacer el examen particular sobre el defecto ó pasión dominante, que es causa de mayor número de faltas; y les decía que para conocer esta pasión, se aconsejaran con el propio confesor; que todos los días se propusieran combatirla con el auxilio divino, sin darle nunca tregua; porque de no hacerlo así, la pasión dominante, sobre disminuir la gloria que nos espera en el Cielo y anmentarnos los suplicios del Purgatorio, nos vuelve inhábiles para elevarnos hasta el grado de perfección á que Dios nos llama, contrista al Espíritu Santo, hiere el Corazón de Jesús, nos priva de las afectuosas caricias de María Santísima, y hasta puede arrastrarnos poco á poco al pecado mortal...

Mas, para no espantarlas demasiado, concluía

diciéndoles que todas las veces que recayesen no se desanimaran, sino que más bien se humillasen, levantándose inmediatamente y proponiendo firmemente no caer más, etc.

Solía también inculcarles de un modo especial el examen particular acerca de la tibieza espiritual, la cual suele hacer tanto daño á las almas devotas; y les indicaba las principales señales de adelanto espiritual, es decir: 1.º, caer más raramente en ciertos pecados veniales habituales á que estuvieron acostumbradas antes; 2.º, decir más á menudo jaculatorias, hacer más actos de amor á Dios y de mortificación; 3.º, buscar de cuando en cuando nuevos recursos para fomentar la devoción en las santas comuniones, visitas al Santísimo Sacramento, etc.; 4.º, sentir mayor desprecio del mundo y de cuanto no conduzca á Dios; no tener ya dificultad en rechazar los pensamientos de vanidad y de amor propio; 5.º, soportar con más valor, calma y resignación las cruce y las humillaciones, etc.

Escoged, primeramente, uno de vuestros defectos, según el consejo de vuestro confesor.

Combatid, aute todo, lo que ofeude y escandaliza á nuestro prójimo. No cambiéis el sujeto del examen hasta que el tal defecto no haya desaparecido del todo, ó á lo menos en gran parte. Yo perseguiré á mis enemigos, decía David, y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos. Los destrozaré, no podrán resistir; caerán debajo de mis pies. (*Ps. 17, 37*).

Recordemos que el demonio es ese terrible ge-

neral enemigo, que gira á nuestro derredor para reconocer la plaza y atacarla por el lado más débil.

El examen particular cuidadoso y fortalecido por un verdadero dolor, es cabalmente dirigido á fortificar las partes más débiles de la fortaleza de nuestra alma.

Persuadámonos también que mientras no se haya abatido la hidra de siete cabezas, que lo es la pasión dominante, no se podrá nunca dar un paso adelante en la virtud.

Vencido Goliat, huyeron desbaratados todos los filisteos; rechazada la pasión predominante, todo estará vencido porque se irán de consuno los otros vicios, pecados y defectos; y de este modo tendremos la plenitud de la paz.

¡Ah, si todos pudiéramos repetir lo que decía un santo religioso: «Yo nunca he hecho las paces con mis defectos».

¡Ah, si alcanzásemos ver disminuidas vuestras caídas siquiera cada mes! Por cierto nos enmendaríamos poquito á poco, y ya no nos daría miedo esa terrible sentencia, lanzada por el Señor contra la higuera infructífera: «Hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no le hallo: córtala, pues: ¿Para qué ha de ocupar terreno en balde?» *Succide ergo illam: ut quid etiam terram occupa?* (*Luc. 13, 7*).

III. *Examen general.* Dice San Francisco de Sales que debemos acercarnos á la cama de nuestro reposo como al confesonario; á saber, después

de habernos bien examinado; é imitando también á los comerciantes, que todas las noches averiguan el *Haber* y *Debe* de caja, tratemos de ver las pérdidas sufridas durante el día, á fin de remediarlas.

Este se suele hacer por la noche, antes de ir á acostarse. Os aconsejo que después de haber impetrado el auxilio divino, cada una haga á sí misma estas tres preguntas:

1.º—¿Cómo te has portado hoy con tu Dios en la oración, Misa y Comunión, en las inspiraciones, en la Iglesia, etc?

2.º—¿Cómo te has portado con el prójimo, con los superiores, con los iguales é inferiores? —¿Has tratado á la Superiora como á la Santísima Virgen? ¿á las iguales como á tus hermanas? ¿á las inferiores como á hijas?

3.º—¿Cómo te has portado contigo misma en mortificar las tres potencias del alma y los cinco sentidos del cuerpo? Con respecto á nuestra lengua, el examen hallará, por desgracia, siempre algún defecto, cuando no pecados en gran número. De consiguiente, ¡enidado con la lengual..

El Señor nos dice como á Jeremías: He aquí que hoy te doy autoridad para desarraigar, y destruir, y arrancar, y disipar, y edificar y plantar. *Ecce constitui-te hodie... ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipas, et aedifices, et plantes: (Jer. 1, 10).*

Sou muy visibles las ventajas que nos acarrea este examen:

1.º Nos ayuda grandemente á confesarnos con distinción, claridad, dolor y propósito.

2.º Si, como se supone, el examen termina con un acto de contrición perfecta, no sólo nos dispone habitualmente á esta contrición para el momento de la confesión, sino también para el punto de la muerte, y así nos salvaremos ciertamente.

3.º Nos ayuda eficazmente para vivir siempre en gracia de Dios, y para alcanzar en breve tiempo un grado muy subido de perfección religiosa.

San Bernardo escribe: El Criador ha dado á cada uno de nosotros un libro, que es la conciencia. Los demás libros no tienen otro objeto sino dirigirla, explicarla, corregirla. Este libro conviene abrirlo y leerlo con premura: porque de toda nuestra biblioteca, es el único que llevaremos con nosotros á la eternidad. (*Lib. de Con.*)

San Buenaventura aconseja que preparemos este examen de la noche, llevando la mano al corazón cada vez que se falta en algo, y diciendo al mismo tiempo: ¡Señor, he pecado! ¡Jesús mío, misericordia!

San Antonio Abad quería que se tomase nota por escrito de todas las faltas que resultaban del examen, á fin de que se pueda conocer mejor la propia miseria, y así procurar la enmienda. Por ningún motivo, dice el Rodríguez, hemos de dejar el examen; las mismas enfermedades, que no dispensan de la oración, no nos dispensan de él.

Si durante el examen notamos que hemos hecho alguna cosa buena, atribuyámosla sola y exclusivamente á Dios y démosle las debidas gracias; empero los defectos, negligencias y demás pecados,

ya se sabe que son propiedad nuestra exclusiva; y debemos llorarlos cada día á todo llorar.

Método para hacer el examen general:

1.º *Gratias age*: da gracias á Dios por tantos favores recibidos.

2.º *Pete lumen*: pide luz para conocer tus pecados.

3.º *Discute mentem*: examínate sobre los pensamientos, afectos, palabras, obras, deberes del propio estado.

4.º *Dole*: excítate al dolor de los pecados cometidos.

5.º *Propone*: toma buenas resoluciones para lo futuro.

Nuestro corazón es como un reloj preciosísimo, al cual es necesario dar cuerda todos los días. La cuerda se le da cabalmente con el examen de conciencia. Pero esto no basta; este reloj debería siempre dar las horas al unísono con el Corazón de Jesús.—¿Qué hora es?—se preguntaban recíprocamente las primeras Hermanas de Mornese. Y luego una respondía:—Es la hora de amar á Jesús.—Otras añadían:—¡Amémosle con todo el corazón!

¡Pero, por desgracia, cada día entra un poco de polvo en este reloj! Entonces se retrasa, y algunas veces hasta se para. ¡Hay más! podría caerse al suelo y romperse del todo. Será, pues, necesario que además de examinar todos los días este reloj, lo entreguemos á nuestra Madre María Santísima, para que Ella lo guarde en sus mismas manos. De este modo ya no nos acontecerá de en-

contrar en el examen del día los mismos defectos y pecados de los días, meses, y quizás años antecedentes!

¡Oh, la Virgen!. Ella es siempre nuestra esperanza en todo. ¡Viva María!

Recomendad, os ruego, oh hermanas, recomendad mi alma á esta *tota ratio spei meae*; no sea que habiendo predicado yo á los otros, vaya á ser reprobado: *ne forte dum aliis predicaverim, ipse reprobus efficiar. (I. ad Cor. 9, 27).*

Al acabar de escribir esta Conferencia, don Pagliere me mandaba desde Patagones los versos que van á continuación, para que los pusiera en música; versos que él leyó en los labios de un joven moribundo; y que, recitados por nosotros después del examen de la tarde con el fin de que María Santísima nos obtenga de Dios una contrición perfecta, nos proporcionarán sin duda una noche muy tranquila.

¡Dulce Jesús de mi vida,
Dueño de mi corazón!
¡Tú conoces mis pecados,
Y Tú sabes cuántos son!
¡Mira la pobre alma mía!
¡Lléname de contrición!
¡Por tu dulcísima Madre
Dame tu absolución!
Y si esta noche me muero,
¡No me niegues, no, el perdón!
¡Dulce Jesús de mi vida,
Dueño de mi corazón!

hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me. (Math. 15, 8).

Una religiosa que no se detenga cada día á lo menos una media hora delante de su Dios rindiéndole homenaje, escuchando sus palabras, dándole gracias por los beneficios recibidos, ofreciéndosele para servirlo, exprimiéndole todas sus necesidades, mostrándole sus debilidades, pidiéndole su auxilio especial, y prometiéndole hacer algo para complacerlo, es imposible que esté nuida de corazón con El; sus oraciones vocales son siempre distraídas; no está devota en la Iglesia, ni modesta en el convento; se muestra disipada en las conferencias, melancólica é inquieta en todo. El trabajo le es importuno, la obediencia le desagrada, los artificios del diablo la engañan, las tentaciones triunfan de sus fragilidades. Así como el calor natural es necesario para conservar la vida del cuerpo, así lo es la meditación para que el alma tenga vida lozana y pueda cumplir todos sus deberes. Así habla Santo Tomás de Villanueva.

Y Santa Teresa decía: el alma que abandona la oración, no tiene necesidad que la tiente el demonio: ella es demonio para sí misma. «Dadme un cuarto de hora de oración diaria y yo os prometo el Cielo».

San Alfonso llama perdido el día en que no se hizo la meditación. Y ¡Dios no quiera que sea el día en que comienza la perdición! San Francisco de Sales y San Buenaventura, dicen que un religioso sin la práctica de la meditación nunca tendrá virtud alguna, y rodará hacia el abismo.

CONFERENCIA XXIII

MEDITACIÓN

Et quasi columbae meditantes gememus.

Y meditando gemimos como palomas.

(Is. 59, 11).

Nos entretendremos un tantico sobre el dulce deber que tenéis de meditar cada día.

¿Y será necesario que yo os recomiende la meditación?—Sí, oh hermanas, temo que alguna vez ésta se deje, ó se truque sin suficiente motivo, ó bien no se haga con mucho cuidado.

I. *Necesidad.* ¿Dejar la meditación? ¿Y será esto posible? Si esto aconteciera, ¡qué desgracia sería para vosotras!

El axioma teológico de San Alfonso: *el que no ora se condena*, se aplica también á quien *no reza como se debe*; porque *paria sunt non facere et male facere*: tanto vale orar mal como el no orar.

Pero ¿puede orar bien la que no medita? ¡Jamás, ni nunca! Santo Tomás define la oración: *elevatio mentis in Deum*: una elevación de la mente á Dios. La oración mental da crédito y fuerza á la vocal. Sin ella merecemos el reproche que Dios hizo á los judíos: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de Mí. *Populus*

Esas desgraciadas (pocas por fortuna) que acabaron por salirse de la Congregación, ¿no habrán dado, tal vez, el primer paso en el fatal sendero, por haber dejado la meditación?

Muy fácilmente nos acostumbramos á ver y tratar las cosas santas con indiferencia, y á cumplir nuestros deberes religiosos de un modo rutinario. Es, pues, necesaria la meditación para evitar este gravísimo inconveniente, si no queremos que el oro se oscurezca y el color rosáceo de las virtudes se cambie en negras de vicios.

Los religiosos de vida activa deben tratar á veces, mal que les pese, con ese mundo peligrosísimo, al que Nuestro Señor Jesucristo no vaciló en tildar de *totus in maligno positus*, todo lleno de maldad; deben habérselas muy á menudo con esa generación perversa, que esconde por doquiera asechanzas de la serpiente infernal, aun en el desempeño de las obras de caridad y de educación religiosa.

¡Ah, cuán fácilmente, sin el auxilio de la meditación cotidiana, los corazones religiosos pueden ensuciarse con el polvo mundano!

Además, ¿cómo podrá el corazón de una religiosa unirse más y más con el de su Divino Esposo, cómo alcanzar la perfección religiosa sin la meditación divina, siendo así que el fuego santo se enardece y aviva en la meditación?

Se pueden dar por axioma las siguientes observaciones:

1.^a Una religiosa que haga mucha y buena oración, es una buena religiosa.

2.^a La que hace poca oración, tiene también poco de buena religiosa.

3.^a La que descuida del todo la oración, no tiene de religiosa más que el nombre y el hábito.

El mismo Señor nos inculca la oración mental cuando dice á su pueblo por boca de Josué: *Tu boca hable de continuo del libro de esta ley, y medita de día y de noche lo que en él se contiene á fin de guardar y cumplir todas las cosas en él escritas, con lo cual irás por el camino recto y procederás sabiamente. (Josué 1, 8).*

Y en las palabras de David: *A no haber sido tu ley el objeto de mi meditación, hubiera sin duda perecido en mi angustia. Nisi quod lex tua meditatio mea est, tum forte periissem in humilitate mea. (Ps. 118, 92).*

Y todavía más por boca de Jeremías: *Está horrorosamente desolada toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazón: Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde. (Jer. 12, 11).*

¿De qué nos sirve tener dos buenos ojos y no abrirlos cuando es necesario? ¿Caeremos en el abismo! ¿Se sabe, por ejemplo, que el pecado mortal crucifica á Jesús, mas el que no medita, no sabe reparar más allá, y crucifica de veras á su Divino Redentor! ¿Se sabe que el infierno existe con su fuego terrible y con su terribilísima eternidad, mas el que no lo medita, caerá adentro inexorablemente! ¿Por qué tanta aridez, indiferencia y hasta frialdad en las obras de piedad, de celo, etc? ¡Ah! *nubus est qui recogitet corde! (Jer. 12, 11)* no hay nadie que reflexione en su corazón.

Si el entendimiento no queda iluminado por la meditación, ¿cómo sabrá guiar á la voluntad? Será cual ciego que guía á otro ciego. Y dice el Señor que si un ciego se mete á guiar á otro ciego, entrambos caerán en la hoya: *Si caecus caeco ducatum praestat, ambo in foveam cadunt.* (Matthaeus 15, 14).

Imitemos al experto y cuidadoso jardinero. No se contenta éste con dar un vistazo general á su jardín, á boca de noche, sino que por la mañanita, á mediodía y por la tarde inspecciona prolijamente cada planta, arbustos y flores, para quitar toda hojarazca dañina, todo bicho venenoso, para enderezar lo torcido, etc. Sin estos solícitos cuidados, muy pronto el jardín convertiríase en erial y en madriguera de feos reptiles y asquerosas sabandijas.

Nuestro corazón es como un altar, en el cual hemos de echar leña todos los días para mantener vivo el fuego del santo amor. Es cabalmente éste el efecto que produce la meditación.

Pero como ya se dijo: *paria sunt non facere et male facere*; es decir, que tanto vale descuidar un deber, como hacerlo mal. De aquí es que ciertas meditaciones dejan siempre el tiempo que encuentran; es decir, que son del todo inútiles por falta de aplicación de la voluntad.

Si por otra parte la meditación está bien hecha ¿quién podrá encarecer lo bastante su

II. *Utilidad?* He aprendido yo más que todos mis maestros, decía David, porque tus man-

damientos son mi meditación continua. (Salmo 118, 19).

«Dentro de mi corazón deposité tus palabras, para no pecar contra Ti. In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi». (Ibid. 11).

«¡Dichoso el varón que está meditando en la ley del Señor día y noche! El será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo; y cuya hoja no caerá nunca; y cuanto él hiciere tendrá próspero efecto». (Ps. 1, 2, 3).

Dios está en medio de ella, no será conmovida; la ayudará el Señor por la mañana al rayar el alba; *adjuvabit eam Deus mane diluculo* (Sol. 45, 6), siendo la madrugada el tiempo más propio para meditar y obrar.

Y en el Eclesiástico: En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás. *In omnibus operibus tuis meditare novissima tua et in aeternum non peccabis.* (Eccl. 7, 10).

A la verdad, como dice un antiguo escritor (entre las obras de San Agustín), esta consideración (de la muerte, del severísimo juicio, y de la eternidad de gloria ó de pena) destruye la soberbia, da muerte á la envidia, sana la malicia, ahuyenta la lujuria, aniquila la vanidad y la jactancia, establece la disciplina, perfecciona la santidad y prepara el alma para la eterna salud.

«La oración mental y el pecado, dice San Felipe Neri, no pueden vivir juntamente en un alma.» Y San Alfonso añade: «Hay cristianos que comulgan todos los días y están en pecado mortal; otros

que se mortifican de todos modos, y están en pecado mortal; otros que dan abundantes limosnas, y están en pecado mortal; ¡pero no se encontrará nunca un alma que haga oración todos los días y que viva en pecado mortal!

Al infierno no irán sino los que no lo meditan. ¡Oh, condenados! ¿Por qué caisteis en ese lugar de todos los tormentos?—Porque no lo hemos meditado, contestan ellos.

¿Quién tendrá valor de pecar, después de haber meditado, por ejemplo, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo?

La meditación, además de hacernos evitar el pecado, nos hace dar pasos agigantados por la senda de la perfección. Ella es comparada á la escala de Jacob. Los que saben meditar bien, se desaparegan de la tierra, se acercan á Dios, y, tornando en seguida á sus niñas, irradian santidad por doquiera.

La meditación cotidiana de las cosas eternas, dice Su Santidad Pío X, con la luz y el calor de la gracia comunica al alma *el sentir de Cristo*. (*Exhort. al Clero*).

III. Hay, empero, alguien que dice:—¿Por qué tanto meditar?.. ¿si son cosas que ya se saben al dedillo?—Cabalmente, porque el saberlas no basta. Muere en una casa el padre de familia; los hijos mayores lloran desconsolados, pero la niña más pequeña está jugando.—¿Por qué semejante diferencia? ¡Ah! ¡hé aquí el por qué! ¡Los primeros meditan en las tristes consecuencias de la muerte del papá, mientras que la chiquitita lo ve muerto, ciertamente

te, pero no reflexiona y no medita en las consecuencias!

Haced la debida aplicación á vosotras mismas. La que medita sobre el borde del abismo eterno, que de un momento á otro se le puede abrir bajo los pies; ó al pie de Jesús crucificado, que es obra de nuestras manos, es imposible que pueda durar en su estado de indiferencia.

—*¡Pero, yo no sé absolutamente meditar!*—
Di más bien que no quieres. Hasta los malos saben meditar cada día, respecto al modo de llevar á cabo sus maldades: *et dolos tota die meditabuntur*. (*Ps. 37, 43*). *Iniquitatem meditatus est in cubili suo*. (*Ps. 35, 4*). Estando en su lecho discurre como obrar la iniquidad. Su ánimo está meditando robos: *rapinas meditatatur mens eorum*. (*Proverbium 24, 2*). Los codiciosos, los avaros, hacen día y noche largas, lentas y profundas meditaciones, con respecto al modo de salir bien en sus negocios, de extender sus posesiones, de llenar con oro sus cajas de hierro...

Y tú por los intereses de tu alma, por las posesiones infinitas del cielo, por un Negocio, del que depende la Eternidad, ¿no encuentras la manera de meditar una media horita á lo menos cada día?

¿Y por qué no suplicas á Jesús que te enseñe el modo de meditar?—Los niños, dice San Francisco de Sales, á fuerza de oír á sus madres, y de balbucear con ellas, aprenden á hablar su lengua. Y nosotros morando cerca de Jesús por la meditación, escuchando sus palabras y ponderando sus

acciones y afectos ¿no aprenderemos, mediante su gracia, á hablar, obrar y querer como lo hace ELY

— *Es que, cuando medito, añade otra, estoy siempre distraída, árida, sin consuelos, sin poder sacar nada en limpio.*

¿Y serán éstos suficientes motivos para deberla dejar, ó aún solamente acortarla?

Las distracciones voluntarias hay que combatir las á todo trance mediante la mortificación, sin la cual la oración es un cuerpo sin alma. De las involuntarias no hay que hacer caso. Tocante á los consuelos debemos tener presente que quien ahora no busca las consolaciones de Dios, sino sólo al Dios de las consolaciones, tiempo vendrá que entrará en un mar sin orilla de dulzuras infinitas. Lo que por de pronto merecemos nosotros, son los castigos de Dios, no ya sus consuelos. Pasemos esta media hora de meditación en espíritu de penitencia, y entonces hasta las distracciones, si no son voluntarias, nos ayudarán muy mucho, siquiera para humillarnos.

Las rosas secas, dice San Francisco de Sales, son menos bellas, pero más olorosas.

IV. Muchas veces, sin embargo, lo diremos otra vez, no sacaremos quizás fruto de la meditación, porque está repleta de voluntarios defectos. Ahora bien, en vez de dejar ó abreviar la meditación, dejemos del todo los defectos; por ejemplo: la pereza, la disipación, el demasiado amor al trabajo, al estudio, á las tareas de casa, etc.

En las crónicas de un ejemplar Instituto se

lee que Nuestro Señor Jesucristo dió una bofetada á un religioso tibio, que estaba durmiendo durante la meditación. A otro dió, despechado, la espalda; y á un tercero, quien perezoso y aburrido estaba bostezando, lanzó una mirada tan formidable, que lo hizo caer desmayado al suelo, de puro espanto.

Claro está que el enojo de Dios estalla tan sólo sobre los que *voluntariamente* se duermen ó se distraen, pues las arideces y las distracciones involuntarias no son señal de meditación defectuosa, como tampoco son indicio claro y seguro de que medita uno perfectamente las lágrimas que derrama en la meditación, si conserva, sin embargo, siempre muy vivas sus malas pasiones.

Reflexiónese bien sobre lo que se lee. Oveja que no rumia, no engorda, dice el proverbio. Imitemos á la palomita. Ella, tomando en su pico una gota de agua, levanta la cabeza y la traga; toma después otra gota, y hace lo mismo, hasta que del todo queda refrigerada. Copiémosla, levantando el corazón á Dios en cada verdad que meditamos, y entonces habrá provecho y no pequeño.

Así solía hacer el profeta Isaías:— Mis ojos se debilitaron con el mirar hacia arriba: *Attenuati sunt oculi mei, suspicientes in excelsum*: yo gritaba como un pollito de golondrina; gemía como paloma: *sicut pullus hirundinis, sic clamabo, meditabor ut columba.* (Isai. 38, 14).

Establezcamos entre nuestro corazón y el Cielo una especie de telegrafía *sin hilos*. Exhalemos de amor compungido hacia Dios. Este suspiro se elevará en ondas sonoras y volará más rápido que

el relámpago hasta el trono de Dios, y herirá dulcemente el Corazón de Jesús, quien nos enviará luego una sonrisa de amor infinito, que confortará el alma y llenará nuestro corazón de consuelos inefables.

—Pero hay días, añade todavía otra, en que la aglomeración de las cosas materiales ó intelectuales me absorbe todo el tiempo, y entonces, ¡adiós meditación!—Os responde el Venerable Monseñor Gianelli, fundador de las Hermanas del Huerto, diciendo:—Maldita sea la ocupación que impide mi santificación!—¡nuestra alma ante todo! Y el doctísimo Suárez, solía decir:—«Yo desearía perder toda mi ciencia, más bien que una hora de meditación».

¿Quieres de veras salvarte? haz seriamente la meditación cada día. Oigase lo que dice San Buenaventura: si deseas vencer las tentaciones, medita; si pretendes mortificar tu propia voluntad con sus malas aficiones y deseos, medita; si quieres apartar de tu alma los importunos y peligrosos mosquitos de los malos pensamientos, medita; si aspiras á vivir en santa alegría y á caminar con suavidad por la senda del trabajo, de la penitencia y de la perfección, dedícate á la meditación; si quieres mantener en tu alma el divino óleo de la devoción y traerla siempre repleta de buenos pensamientos y santos deseos, entrégate á la meditación; si piensas desarraigar de tu alma todos los vicios, para plantar en su lugar todas las virtudes, has de ser dedicada á la oración y meditación, porque en ella se recibe la gracia y unción

del Espíritu Santo; si fácilmente quieres subir á las alturas de la contemplación y gozar los dulces abrazos del Divino Esposo, has de ejercitarte en la oración, pues este es el camino real por donde se sube á la contemplación y gusto de las cosas celestiales.

Fruto de la meditación debe ser, especialmente, la victoria sobre nuestros vicios y pasiones dominantes.

Y esto no hay que pretender obtenerlo de golpe, sino pasito á pasito. Un general que quiere expugnar una fortaleza, no se contenta con un solo asalto, sino que vuelve animoso cada día y tienta todos los medios para tomarla. La meditación cotidiana bate en brecha contra la pasión dominante, donde se encastilló el demonio, y poco á poco lo desaloja.

Hay que fijarse bien en este punto esencial. La que no dirige los propósitos de la meditación contra la pasión dominante, nunca saldrá con la suya. Si, por ejemplo, una hermana sujeta á una irascibilidad tan marcada, que la vuelve molesta á todos, intratable, etc., propone en la meditación ser devota, no mentir, etc., continuará siendo el tormento de la Casa, y no dará nunca un paso hacia adelante.

V. Además de vuestra santificación, está también la de vuestras alumnas, para obtener la cual se requiere oración, mucha oración. ¿Creéis vosotras que para alcanzar de Dios la gracia de la conversión de ciertas discípulas perversas, y la perseve-

rancia en el bien de todas vuestras colegialas, bastan pocas oraciones vocales tiradas allá precipitadamente? El Señor quiere que seáis sus cooperadoras *in salutem animarum*. Pero para conmover las almas ajenas, es necesario estar antes conmovidas; para inflammarlas, es necesario que vosotras mismas estéis ardiendo de santo amor. *Qui non ardet, non incendit*, dice el B. Juan de Avila. Ahora bien: ¿quién no sabe que cabalmente en la meditación es donde el fuego se aviva? «Sentí que se me inflamaba el corazón; y en mi meditación se encendían llamas de fuego:» *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (Ps. 38, 3).

Al profeta Ezequiel dijo un día el Señor, al presentarle un libro misterioso: Hijo mío, come cuanto hallares; come ese volumen, y ve á hablar á los hijos de Israel.—Hízolo así Ezequiel y nos dejó escritas estas palabras: Comle, pues, y hállele mi paladar dulce como la miel: *Et comedi illud, et factus est in ore meo sicut mel dulce.* (Cap. III, v. 1, 3).

Aquí no se trata de comida corporal, sino de una seria aplicación de la mente á las palabras de Dios, contenidas en ese libro, á fin de poderlas anunciar á los otros.

«No sabe predicar ni catequizar bien, dice San Jerónimo, el que no convierte en propia substancia el Libro santo». Quien no acostumbra conversar con Dios, al hablar de El á los hombres, ó darles consejo de vida cristiana, carece absolutamente de divina inspiración, y en sus labios la

palabra evangélica parece moribunda. Su voz, aunque estudiada y elocuente, no es la voz del buen Pastor, que es oída con gusto por sus ovejas: hace ruido y se derrama en vano.. porque falta el rocío divino, que sólo lo hace llover abundantemente la oración del que se humilla. (*Eccle. 35, 21*). (*Pío X, exhortación al Clero*).

Es, pues, en la meditación donde se aprende el arte de conmover santamente los corazones y llevarlos á Dios.

VI. Luego ninguno considere la meditación como cosa indiferente y que se pueda dejar por cualquier pequeña causa; ni tampoco la juzgue un peso. Peso será, si se quiere, pero peso de alas, indispensable para esta pobre palomita, el alma, para que pueda remontarse hasta su Dios.

Considerad siempre la meditación como una despensa divina, y cual un tesoro inagotable de favores celestiales. Sin meditación no seréis sino fantasmas de religiosas. Con la meditación, al contrario, formaréis un pueblo de santas. El mundo mismo si se pierde es porque no medita. Si todos meditaran, el mundo sería un paraíso. ¿Qué digo? El infierno mismo, si admitiese la oración, ya no sería infierno.

¡Que nos impela el ejemplo de ese buen Jesús, quien pasaba la noche entera en oración: *erat pernoctans in oratione Dei.* (*Luc. 6, 12*). Así como El exhortaba á sus discípulos, también nos exhorta á nosotros cotidianamente cuando dice: «Ve-

ald aparte conmigo á un lugar solitario y descansad un poco.» (*Marc. 6, 31*).

¡Atráiganos también el ejemplo de María Santísima! Sabemos, por la tradición, que ella meditaba en el templo, donde estuvo hasta los diez y seis años: y que el Angel la encontró en la casa de San José, que meditaba sobre las Sagradas Escrituras, cuando fué á anunciarle la Maternidad divina.

San Lucas, que pudo hablar tantas veces con María Santísima, nos asegura que Ella, viendo y oyendo las cosas maravillosas que dijeron y cantaron los Angeles y los pastores alrededor del Niño Jesús, las conservaba todas y las meditaba en su corazón. *Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo* (*Luc. 2, 19*), y en esta meditación ntría su fe y su gratitud hacia Dios, á quien plugo destinarla para que fuese partícipe de cosas tan grandes.

En el Calvario también la encontramos meditando por tres horas seguidas en la crucifixión de Jesús: y añade la tradición, que por espacio de cerca de 12, ó quizás de 22 años, solía Ella trasladarse á meditar la Pasión de su Divino Hijo en los mismos lugares donde ésta habíase verificado.

Muévanos, finalmente, el ejemplo de los Santos, quienes pusieron todos por obra el consejo que San Pablo dió á su discípulo Timoteo, relativamente á la práctica de las virtudes cristianas:— Medita estas cosas y ocúpate eúteramente en ellas, de manera que vea todo el mundo tu aprovechamiento. *Haec meditare, in is esto, ut profectus*

tuus manifestus sit omnibus. (*1.º ad Tim. 4, 15*).

VII. Las reglas para meditar bien, las tenéis en vuestro áureo libro de oraciones. Si éstas para alguna de vosotras no bastan, la aconsejo de repetir á menudo: *Domine doce nos orare.* (*Luc. 11, 1*). ¡Oh, Señor, enséñame Tú á hacer siempre bien mi meditación!

Ese santito, que fué don Andrés Beltrami, solía ponerse á la presencia de Dios de dos modos diversos: 1.º, fijando la mirada en el Santo Tabernáculo, se imaginaba de ver á Jesús con el Corazón palpitante de amor por él; 2.º, teniendo en las manos un pequeño crucifijo, figurábase de oír á Jesús crucificado y coronado de espinas, que le decía: ¡por ti he sufrido yo tanto! ¡contéplame bien! ¡soy la obra de tus manos! ¡Ah! ¡siquiera desde ahora sécame estas lágrimas, límpiame esta sangre con actos de profunda contrición y de amor perfecto!

¡Qué mucho que después de tal preparación, estuviera la meditación de don Andrés exenta de distracciones y fecunda en prodigiosas gracias!

Acatemos el aviso del Espíritu Santo que nos dice: Antes de la oración prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta á Dios: *ante orationem praepara animam tuam et noli esse sicut homo qui tentat Deum.* (*Eccle. 18, 23*). Imitemos á San Bernardo, el cual, antes de entrar á la capilla para la meditación, despedíase de todo pensamiento extraño, inútil y de distracción,

diciendo: Esperadme aquí fuera, oh pensamientos míos: *expectate hic, cogitationes meae. (De Cont. Dei, 1).*

Hagamos ante todo un simple acto de fe en la presencia de Dios, quien está en todas partes; escoudámonos entre los pliegues del manto de su Bondad infinita, cual polluelos bajo las alas de su madre; ó bien concentrémonos dentro de nosotros mismos, contemplándole en nuestro corazón, ya que allí se digna morar de un modo tan especial, etcétera.

Acto continuo, humillándonos profundamente ante su acatamiento, después de haber implorado su divina asistencia, principiaremos con suave sencillez la consideración del primer punto, etc... no olvidando, empero, el aviso de San Alfonso, de detenernos, á saber, algo en las consideraciones, y mucho, muy mucho en los coloquios, afectos y propósitos.

¿Vendrán las distracciones, y cual aves de rapiña intentarán robarnos todo afecto, todo pensamiento, todo propósito santo? Una *Avemaria* dicha de corazón, desbaratará todo ese importuno ejército del demonio. Dice San Francisco de Sales: María es *el vas insigne devotionis*, que siempre está *rebosando*, y puede llenar todos los corazones de celeste devoción, con tal de que frecuentemente la supliquemos.

VIII. En cuanto á elegir los libros de meditación para vosotras, oh hermanas, preguntadlo á los Superiores. Pinamonti, la Filotea de San Francisco

de Sales, el Kempis, el Maná del alma del Ségneri, etc., son óptimos.

Los aguiluchos, no pudiendo volar todavía, se hacen llevar sobre las espaldas de su madre. Y nosotros, no sabiendo aún levantarnos en la meditación, dejémonos levantar, por decirlo así, por los libros, donde están las meditaciones con sus respectivos afectos y propósitos particulares.

Pero, para las meditaciones de las alumnas, son preferibles ciertamente las de la *Juventud instruida*, por don Bosco, la *Preparación para la muerte*, y la *Práctica de amar á Jesucristo*, por San Alfonso. Léase siempre despacio; en voz suave y devota y haciendo las debidas pausas.

Lo que más interesa, son las resoluciones que hay que tomar en cada meditación. Inútil es meditar, si no se viene á la práctica. Por ejemplo, meditado en la muerte, se dirá: cuando estuviere para morir, yo no quisiera haber dado gusto demasiado á este cuerpazo!.. Luego, ya desde hoy no le daré gusto en tal ó cual cosa: En el juicio no quisiera ser juzgada severamente; luego no juzgaré yo con severidad á tal ó cual persona, contra la cual siento antipatía, etc. Jesús en la cruz no tuvo la más mínima impaciencia; luego en la tal circunstancia en que hoy, una pecadora como yo, deberá sufrir un tantico, no abriré los labios para lamentarme.

IX. Os recomiendo, finalmente, de un modo particular, la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Las imágenes del Crucificado le movían tanto, que le hacían exclamar: Y ¿por qué Tú estás en la cruz, oh Jesús, y yo no?—Y dirigiéndose á las aves del monte de Alvernia, les decía: ¡Pajaritos, no cantéis, sino más bien gemid! ¡hermanos arroynelos, lloremos juntos! ¡y vosotros, oh árboles, no enderecéis ya vuestros ramos al cielo, sino dobladlos y unidlos en forma de cruz!

De continuo meditaba las afrentas, los escarnios y martirios de Jesús, y tenía presente día y noche la tremenda tragedia del Gólgota.

La piadosa reina de Francia, María Lazinska, postrada á los pies del Crucifijo, con los ojos arrasados en lágrimas, solía exclamar: ¡Ah! ¡he sido yo la que he pecado, y es mi Dios el que sufre! ¡El está sobre una cruz, y yo sobre un trono! ¡Sobre mi cabeza está una diadema, y sobre la de mi Jesús una corona de espinas!..

El crucifijo es el mejor de todos los libros. Hasta los ciegos y los analfabetos pueden leerlo. Ya esto lo había profetizado Isaías (*Cap. 39, 12*) cuando dijo: y darán el libro al que no sabe leer, y le dirán: léelo.—Meditándolo bien y viendo que Jesús es todo una llaga desde la planta de los pies hasta la coronilla (*Isai, 1, 6*), deberemos quizás, y sin quizás, exclamar: ¡Ay de mí! ¡que soy todo una llaga fétida de pecado, desde la cabeza hasta los pies! ¡No hay sentido de mi cuerpo, ni potencia de mi alma que no tenga manchas! y ¡cuáles manchas! ¡no existe virtud que no haya ultrajado, ni un mandamiento que no haya barrenado! ¡doquiera pisé, he dejado huellas chamuscadas de fue-

go infernal! ¡Mis iniquidades se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza! (*Ps. 39, 13*). Y será entonces que el corazón se nos derretirá en lágrimas, que los ángeles se apresurarán á recoger en copas de oro para brindar con sus compañeros en los eternos banquetes del Cielo; pues, como dijo muy bien un santo Padre: *lacrymae peccatorum, vinum sunt angelorum.*

El que medita bien el Crucifijo castigará su cuerpo, y lo pondrá en servidumbre, de consiguiente no será reprobado (*1 Cor. 10, 27*), antes bien, tendrá la señal clara de ser predestinado; porque á los que Dios conoció en su presencia, á estos también predestinó, para ser hechos conformes á la imagen de su Hijo. (*ad Rom. 8, 29*).

Hubo santos que, al acostarse, colocaban el Crucifijo sobre cada uno de los sentidos que serán ungidos con el óleo santo, y decían. Por esta cruz y por tu piísima misericordia, ¡perdóname, Señor, cuanto hoy te han ofendido mis ojos, mis oídos, mi boca, mis manos, etc!..

El Crucifijo es nuestra última esperanza en punto de muerte. Citaremos, en prueba, dos hechos.

1.º Uno de los grandes generales de Luis XIV estaba moribundo. El rey, para recompensarlo por los servicios prestados á la patria, envióle el bastón de Mariscal. Al verlo el moribundo, exclamó: —bello, sí, pero inútil en el país adonde voy. ¡Traedme un crucifijo! ¡En éste me apoyaré con seguridad!

2.º En su lecho de muerte una joven, cuya vida había sido gastada en vanidades, desoía las

exhortaciones de un sacerdote y de una religiosa, que le animaban á esperar en Dios y confesarse.

Con el semblante desencajado, la mirada extraviada, y bañada en sudor frío, repetía con acento de terror indescriptible, mirando á sus manos: —¡Vacías!.. ¡Vacías!.. ¡Con las manos vacías!..

Los asistentes, entristecidos, suplicaban al Señor pidiendo un medio de salvar á esa alma, ya casi del todo entregada á la desesperación.

De repente el sacerdote se levanta, y tomando un Crucifijo, lo pone en aquellas manos vacías... La joven lo contempla, se anima, se serena, y, besando fervorosamente los pies del Crucifijo, exclama: ¡He comprendido, Jesús mío crucificado! ¡ahora ya no tengo las manos vacías! ¡En Vos esperol—Y se confesó y murió muy tranquila.

¡Ah! no hay recuerdo más saludable para el alma, y más dulce al corazón, que el de Jesús Crucificado.

¡Que todo lo criado os sirva para despertar en vosotras este recuerdo!

Las tinieblas de la noche traigan á vuestra mente las horas de la terrible agonía del buen Jesús en la noche de su Pasión.

Este era el pensamiento que traía siempre como arrobado en la más alta contemplación al Seráfico San Francisco de Asís.

Las horas del día os recuerden algún paso de la Pasión de Jesús. Cuando toca el reloj las horas, ¡ah! no llegue ese sonido á vuestro oído sin traer os algún gemido, algún suspiro de Jesús.

Si veis algún monte, recordad el Calvario.

Si veis un huerto, recordad el Getsemaní.

Si veis un madero, el de la Cruz.

Las espinas os han de recordar la corona que ciñó el amable Salvador.

Una caña, os ha de recordar su cetro irrisorio.

Una túnica, el girón de púrpura conque le vistieron como á rey de burla.

Cuando se os presente debajo de los ojos una cuerda, corred con el pensamiento al jardín de los olivos, cuando echaron á Jesús una soga al cuello.

Si os es dado ver unos azotes, corred al pretorio, y presenciad la cruel flagelación de Jesús.

Si unos martillos, unos clavos, figuraos su crucifixión.

Si una lanza, su pecho rasgado.

Cuando veais agua, pensad en la que salió de su Costado; cuando veais sangre, en la que El derramó en el Huerto, en el Pretorio, en el camino del Calvario, en la Cruz.

Cuando tuviereis sed, meditad en la ardiente sed que sufrió Jesús en la Cruz.

Cuando os encontrareis en tribulaciones y penas, dirigid al Eterno Padre la misma plegaria del Salvador: *¡Fiat voluntas tua!*

Cuando los hombres os persiguieren, no tenéis más sino repetir esa plegaria que Jesús hacía por sus verdugos: *¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!*

¡Oh! con qué facilidad podría el alma vivir en íntima unión con su Dios Crucificado, si supiera sacar partido de todo lo que se le presenta á la vista.

Santa Clara de Montefalco poseyó de tal manera este espíritu, que su celestial Esposo quiso premiarla, dejando fuertemente impresas en el corazón de la Santa, la imagen de la columna, de los azotes, espinas é instrumentos de la Pasión.

Concluyamos con las palabras de San Alfonso: «Sin la meditación es difícil perseverar, é imposible llegar á la perfección. ¡Debe juzgarse perdido el día en que se deja la meditación!

Y con las otras del R. P. Mach: ¡Por santa que sea una religiosa, caerá, sin el auxilio de la meditación! Por relajada que ella sea, se enmendará ciertamente, haciendo bien la meditación.

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XXIV

LECTURA ESPIRITUAL

Attende lectioni.

Applícate á la lectura sagrada.

1.^a ad. Tim. 4, 13.

I. La visita al Santísimo Sacramento, el examen cotidiano, la meditación y la lectura espiritual deben considerarse como las cuatro ruedas del carro que nos ha de llevar al Paraíso. Una sola de estas cuatro ruedas que se rompa, basta para que nos encontremos embarazados, y ya no caminemos adelante, sino con incomodidad.

Hémos dicho que la meditación nos es muy necesaria; pero la lectura espiritual, Dice San Francisco de Sales, es como el aceite de la lámpara de la oración. ¡Ah, cuántas lámparas se apagan cada mañana por defecto de este óleo!

De consiguiente, no se deje nunca esta cara lectura que otros suelen llamar: *hermana de la meditación*; y que precisamente por este motivo debe correr parejas con ella.

San Jerónimo, Doctor de la Iglesia, la recomienda á su discípula Eustoquia; y habria querido que ella hubiese continuado leyendo, mientras la cabeza no le cayese sobre el libro santo. *Tenenti codicem somnus obrepat, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat.*

Y San Atanasio nos dice: Sin el ejercicio de la lectura espiritual, no puede vuestro espíritu elevarse á Dios y ocuparse en las cosas divinas: *Sine legendi studio nemo ad Deum valebit esse intentus (Exhort. ad Monachos).*

San Juan Crisóstomo nos asegura que es imposible alcanzar la salvación, sin ocuparnos á menudo en la lección de los libros santos: *Neque enim fieri potest, ut quisquam salutem assequatur, nisi in assidue versetur in lectione spirituali. (Conc. 3, de Lázaro).*

Y ya desde sus tiempos la recomendaba San Pablo á su discípulo Timoteo: *attende lectioni: aplicate á la lectura, (se entiende la espiritual).*

La lectura espiritual es un panal de miel, un manjar del Paraíso. «Esas páginas santas, dice San Agustín, son otras tantas cartas amorosas que nos manda el Señor, á fin de instruirnos en las virtudes que debemos practicar, y en los peligros que hemos de evitar».

La vuestra no debe ser tan larga, pero es obligatorio el hacerla. Nunca se lea harto de prisa, como si se leyera un periódico, sino pausadamente y con ponderación. No es ya el impetuoso aguacero, sino más bien el agua que cae tranquila, la que hace fértiles los campos. También en esta lectura, como en la meditación, se puede contemplar y orar. (*In. Spec. Monach.*)

Cuando leáis, deberéis recoger algún pensamiento que más os convenga, para traerlo después á la memoria, y meditarlo frecuentemente durante el día. Pero no os contentéis con oír y meditar la lec-

tura; tratad más bien de practicarla, si no queréis engañaros miserablemente. *Estote autem factores verbi; et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos. (Jac. 1, 22).*

Quien se contenta con sólo oirla, sin ponerla en práctica, se hará parecido á un hombre que contempla al espejo su rostro nativo ensuciado con algunas manchas, y que no hace más que mirarse, y se va sin quitarlas, y luego se olvida de cómo está. (*Ibid.*)

San Gregorio, antes de la lectura, decía con espíritu de fe:—«Alejaos de mí, espíritus malignos, que voy á meditar la ley de mi Dios:» *Declinate a me maligni, et scrutabor mandata Dei mei. (Ps. 118, 115).*

Y San Efrén nos aconseja hacer antes de la lectura una breve súplica á Nuestro Señor, para que se digne abrirnos los ojos y los oídos de nuestro corazón, á fin de conocer su Santísima Voluntad: *cum te ad legendum paras, Deum ora, dicens: Domine Jesu Christe, aperi aures et oculos cordis mei; non abscondas a me mandata tua. (Tractatus de Patientia).*

Toda lectura pia, así como toda piadosa instrucción, encierra siempre, por una gracia especial, algo útil para todos los que la escuchan con espíritu de fe.

II. Si la lectura se hace en común, no se lea con voz tan fuerte que comprometa tanto los pulmones de la lectora, como los oídos de los que la escuchan; pero tampoco con voz tan débil, nasal,

chilladora, monótona, ó bien, tan lenta, que produzca sueño más bien que atención. Si fuere necesario, prepárense las lectoras haciendo los debidos ensayos antes de leer en público.

Si se hiciese la lectura en privado, léase pausadamente sin ninguna prisa. Imitemos á la abeja que no abandona una flor sin haber antes extraído el jugo aromático de aquélla.

El citado San Etrén dice, á este propósito: *instar sapientis apiculae mel ex floribus aligentis, fructum ex iis quae legit pro animae medela desumit*: saquemos fruto de lo que leemos para remedio de nuestra alma, como las sabias abejas sacan la miel de las flores. —Y San Bernardo quiere que estampemos siempre en nuestra mente algún paso más saliente, junto con alguna buena resolución.

Hagamos, pues, una pausa de vez en cuando, y repasemos aquellos trozos que más impresión nos hicieron, suplicando al buen Dios nos conceda las virtudes que, según podemos colegir de la meditación, todavía nos hacen falta.

III. En cuanto á escoger los libros adecuados, téngase presente que los mejores son siempre aquellos cuyo autor lleva un nombre con la *S* inicial, es decir, *Santo*.

Las Directoras tomen consejo de quien convenga, para saber cuáles sean los libros apropiados para la lectura del dormitorio, de la iglesia, del taller, etc. A la verdad, aun cuando todos los libros que se leen sean buenos, no todos, sin em-

bargo, son adaptados para cada una de las sobredichas lecturas.

La *Imitación de Cristo* es el óptimo entre los libros. En él se inspiraron los santos, se saturaron los místicos y los ascetas; en él bebieron los pecadores. He ahí el libro que debiera ser el consejero de vuestras educandas: su verdadero *Vade mecum*.

Vienen en seguida los libros de San Francisco de Sales: *la Filotea*, etc.; los de San Alfonso María de Ligorio: *la Práctica de amar á Jesucristo*, *el Gran Medio de la Oración*, *las Glorias de María*, etc.; escritos todos con tanta unción y doctrina, que es imposible leerlos sin sentirnos enteramente transformados en otros.

Son también recomendables: *El tratado de la verdadera devoción á María Santísima* del B. Grignon de Montfort; el *Combate espiritual* de Scupoli; los libros del P. Faber, especialmente el *Todo por Jesús*.

La vida de vuestro Padre Fundador, las de los santos, escritas por él mismo, las biografías de sus hijos é hijas difuntos, son libros que hay que preferir á los demás, porque en ellos, tanto las hermanas como sus alumnas encontrarán un aliante espiritual muy conveniente á su propio estado.

IV. Avisad también á vuestras caras alumnas:

1.º Que no empiecen la lectura sin encomendarse á Dios, á fin de que les ilumine la mente y toque el corazón. Cuando se ora, hablamos con Dios, y cuando leemos libros santos, El es enton-

ces quien nos habla. Por este motivo no lean nunca con indiferencia los libros santos, como si fueran lecturas de hombres; sino con toda reverencia, porque son epístolas que nos manda el buen Dios.

2.º Que siempre lean con recto fin, es decir, no por curiosidad, ó sólo por el deseo de saber, ó por la belleza del estilo y pureza del lenguaje, ó por pura vanidad, deseando, por ejemplo, *saber hablar de la virtud*, sin voluntad de practicarla, sino por espiritual provecho, es decir, con vivo deseo de progresar en la virtud.

Mientras más se leen estos santos libros, más se conoce á Dios, siempre admirable en sus santos. Y cuanto más conociéremos á Dios, tanto más, por dulce necesidad, lo amaremos.

3.º Que lean con mucha calma y atención. Repito que no son los chaparrones de recia lluvia los que penetran y fertilizan la tierra, sino las lluvias suaves y continuas. Sngeridles que siempre que topen con algún paso muy adecuado, se detengan un tantico para saborearlo santamente, y elevar el corazón á Dios.

4.º Recuerden el aviso de los santos de *no leer mucho*, sino *leer bien*. Hay quien piensa que para volverse uno muy espiritual y santo, hay que devorar muchos libros que tratan de mística, etc.; pero no muestran saber que así como el nutrimento del cuerpo no depende de la cantidad de los alimentos que se toman, sino más bien de la buena digestión, así el nutrimento del alma no proviene de la prolijidad de la lectura, sino del esmero santo que se usa en leer y meditar.

5.º Hagan siempre la lectura espiritual, aun durante las vacaciones, y despnes de acabados sus estudios.

Las bibliotecas compuestas de Vidas de Santos, merecen llevar sobre su frontispicio la inscripción: *Farmacia del alma*.

La vida de los mártires y de todos los Santos del Cielo, son, al decir de San Bernardo, la poesía de nuestra alma. Son como una sagrada reliquia que se debería besar antes y después de la lectura. Así lo hacía Santo Domingo. «Estos libros de piedad, decía él, me dan la leche que me nntre». Y los besaba tiernamente y los apretaba contra su corazón.

Felipe Neri se hizo santo leyendo vidas de santos, y Santa Teresa, leyendo vidas de mártires, San Agustín, San Ignacio de Loyola, el B. Juan Colombini, etc., hallaron el camino del Cielo en los libros de esta misma clase.

Vuestras alumnas no debieran nunca dejar el buen libro diciéndole —¡Adiós!— sino solamente: ¡Hasta luego! revolviendo mientras tanto en su mente cuanto hubiesen leído, á fin de sacar de allí abundante provecho. Solamente á los libros malos, y también á los que no son muy buenos, deben dar ellas un sempiterno *adiós*, y odiarlos de corazón para siempre, como se debe odiar el pecado.

De los primitivos cristianos, narran los Hechos Apostólicos, que llevaban con ardor los libros malos á los pies de los Apóstoles, y los quemaban á la vista de todos; y valuados una vez, se halló que montaban á cincuenta mil denarios, ó siclos de plata, (es decir, 140.000 reales de vellón).

¡Cuánto daño acarrea, ciertamente, un libro malo!

Semejante á esos animales que toman el color de las plantas y hojas de que se alimentan, vuestras niñas irán adquiriendo costumbres y carácter análogo á las lecturas que hacen.

El molino muele el grano que recibe. Lo propio hace nuestra cabeza. Si se leen libros profanos, son pensamientos fútiles, frívolos, mundanos los que ocupan nuestra mente; si por el contrario los libros que leemos son santos, serán también santos nuestros pensamientos y afectos.

Por las lecturas romancescas estuvo á punto de perderse Santa Teresa cuando era joven, como ella misma tuvo que confesarlo. Semejantes lecturas han poblado el infierno.

¡Oh, cuántos se perdieron porque no fueron prudentes en la elección de los libros! El astutísimo demonio dirá que en ciertos libros malos, se hallan cosas muy buenas, pero ¿qué necesidad hay, dice San Jerónimo, de ir á buscar un poco de oro en medio de tanto fango, mientras existen tantos libros, que son todos oro purísimo de subidos quilates?

Y nótese que la mayor parte de esos libracos feos son perjudiciales hasta para la sana literatura; alejan del estudio de los grandes modelos de bien escribir: exaltan la fantasía, excitan las pasiones causan el suicidio... ¡Oh, échense al fuego, todos los libros de semejante laya!

Sean amigas sólo de los libros buenos y santos que fueron, son y serán siempre factores admira-

bles de santificación, como lo prueban las conversiones de un Agustín, de un Ignacio de Loyola, de Juan Colombini y de tantos otros.

En el caso de no tener á mano ningún libro bueno, lean bien el Crucifijo, meditándolo un poquito cada día. Esto hacía el acólito Biga, salesiano, cuando no le era dable leer otros libros; y era ésta, por cierto, su mejor lectura espiritual.

6.º Decídesles, finalmente, que siempre se aconsejen con el propio confesor, ó con quien es amigo de sus almas, con respecto á escoger los libros de lectura, á fin de no cometer en esto, equivocaciones que serían fatales. Este aviso es de la mayor importancia.

Abandono á vuestra consideración los avisos anteriores, á fin de que, con el auxilio de Dios, sepáis de ellos aprovecharos, para vuestra salud y la de vuestras amadísimas alumnas.

Pidamos *ad invicem* á la Divina Misericordia para que se digue escribir én el *Libro de la vida* vuestro nombre y el del pobre escritor de estas Conferencias.

CONFERENCIA XXV

LAS ORACIONES

*Et effundam super habitatores Jerusalem spiritum gratiae et precum.
Y derramaré sobre los habitantes de Jerusalén (las casas religiosas) el espíritu de gracia y de oración.
(Zaco. 12, 10).*

La oración es la fuente de las divinas gracias, la escuela del divino amor, la vida de la Religiosa. Es una conversación familiar entre el alma y su Dios. Es buscar á Dios y hallarlo, según lo que dice el Salmo: busqué al Señor y me oyó. (*Salmo 33, 5*). De consiguiente, dice San Agustín, si no somos oídos es porque no buscamos á Dios; á saber: no oramos bien.

I. Entrando luego en materia, os diré que en no pocos colegios de educandas hay una fuerte propensión á rezar de corrida las oraciones. ¡Despacio, por caridad! Si se va muy de prisa, también así se irá la devoción; y entonces...

Dice San Agustín, que sabe vivir bien, sólo el que sabe bien orar.

¿Por qué somos tibios y flojos? Porque no sabemos desenvainar á tiempo la espada de la oración, ó bien la tenemos rota, ó embotada por falta de devoción.—La oración es, para nosotros, cabal-

mente lo que la espada para el soldado—dice San Vicente de Paúl. ¿De qué proviene el que algunas hacen vuelos admirables en la vía de la perfección? Del tener siempre desplegadas las alas de una santa oración.

¡Más despacio, oh hermanas, más despacio!—La precipitación es el primer embrollón, especialmente de las cosas santas, decíame un día Monseñor Belasio de s. m.

Hay algunas que mientras rezan parece que tengan los enemigos á las espaldas; caminan siempre á vapor; rezan respirando y aspirando sin detenerse nunca; dicen, ciertamente, la mar de oraciones, y siu embargo no rezan; porque una cosa es desembuchar oraciones y oraciones, y otra rezar de veras, de un modo aceptable á Dios. Creerán las pobrecitas de haber hecho una gran cosa por haber recitado una retahila de *Padrenuestros*; pero les sucederá como á aquél que había soñado que estaba comiendo, y al despertar se encontró del todo en ayunas.

Os recomiendo hacer las debidas pausas á cada petición del *Pater*; á las palabras *mulieribus* y *peccatoribus del Ave maria*; et *Filio* en el *Gloria Patri*; al *semper* en el *sicut erat*, etc.

II. Se suele empezar el Oficio de la B. V. María, el Santo Rosario y otras oraciones de regla, diciendo: *Deus in adiutorium meum intende*. Ahora bien, imaginen las apresuradas, que el Angel Custodio así las amonesta: «Hermana mía, si quieres que Dios te preste atención, es necesario que

tú se la prestes á El». ¡Más despacio; anda más despacio, oh hija mía, si quieres que Dios te entienda!—Pero la apresurada continúa diciendo:—*Domine ad adiuvandum me festina*: Señor, date prisa á venir en mi auxilio.—Y el Angel añade: «Hermana, ¡ea, no tan ligero! En tu premura parece que digas: «¡Señor, ayúdame á andar ligero!» «Así no está bien, hermana mía, ¡reza más despacio y con más devoción!»

De Santa María Magdalena de Pazzis, se narra que no podía tolerar la precipitación en el rezo del Divino Oficio.

Un día corrió á echarse á los pies de la misma Madre Priora, que estaba guiando el Oficio, y le dijo:—Reverenda Madre, ¿por qué rezamos tan de prisa? ¿Quizás tengamos que hacer otra cosa mejor que ésta para la gloria de Dios?—Otras veces solía decir: Me parece que no es conveniente ni lícito eso de despachar aprisa las divinas alabanzas á la manera de los trabajos domésticos.

Y un buen religioso decía á un cohermano suyo, que solía estropear las palabras:—¡Despacio, ¡hola! despacio, pues el demonio nos está al lado para recoger cuantas sílabas omitimos ó pronunciamos mal, para llevarlas al juicio cual materia de acusación contra nosotros!

Nuestro Venerable Fundador Don Bosco mostrábase siempre enemigo declarado de la prisa de que hablamos. A uno de sus alumnos, que, ayudando á Misa, omitía no pocas palabras, dijo él un día:—Pero tú tienes siempre harto apetito... —¿De veras? ¿por qué me dice Vd. esto?—¡Porque

te estás comiendo hasta las palabras de la Misa!

El muchacho trató luego de corregirse, y después de la Misa del día siguiente preguntó á Don Bosco:—Padre mío, ¿qué tal mi apetito?—Va disminuyendo, respondió el Venerable.

III. Hay quien se lamenta porque el Rosario recitado en tiempo de Misa impide hacer la debida preparación y acción de gracias para la Santa Comunión. Pero si se reza el Rosario despacio y con gran devoción, nos ayudará también á cumplir con este deber. En efecto: en el Santo Rosario, además de repetir muchas veces la más excelente de las oraciones, el *Padrenuestro*, que la Iglesia pone en los labios del sacerdote antes de la Comunión, se repite aún cincuenta veces el *Benedictus fructus ventris tui Jesus*, bendito el fruto de tu seno, Jesús, quien está ahí presente en el altar; y otras cincuenta veces se reza el *Ora pro nobis peccatoribus*: casi diciendo: Oh, María, yo no sé hacer mi preparación, ni la manera de dar gracias; ah, por piedad, rogad Vos por mí *nunc*: ahora sobre todo; preparadme el corazón para recibirlo y dad Vos misma las gracias al carísimo Jesús por mí.

Hay también alguna que se queja por estar continuamente distraída, y dice que es inútil que rece, porque Dios ciertamente no la escenchará. Pero ¿no es acaso esta no bendita prisa, la verdadera causa de tantas distracciones y la que, según dijo el profeta Jeremías, obliga á Dios á ponerse por delante nna nube, para que no llegue á El la ora-

ción? *Opposuiti nubem tibi ne transeat oratio.*
(*Thren.* 3, 41).

Otras se quejan de que las alumnas externas no son buenas, las internas son malas, las del oratorio festivo son incorregibles, y, de consiguiente, resulta inútil cualquier aviso que se les dé, cualquier cuidado que de ellas se tenga. Pero se han olvidado de que la oración *bien hecha* viene á ser como la llaman los Santos Padres: *Llave del Paraíso*; muro incontrastable de la virtud; *cimiento sólido* del edificio espiritual; *alma* de toda obra buena; *firme puente* echado sobre el peligroso río de las tentaciones; *fragua* en que se aviva el fuego de la fe, la esperanza se afirma, la caridad se fomenta, los vicios se consumen, y se practican todas las virtudes.

Se han olvidado de que la oración *bien hecha* es como un *acto omnipotente* que pone á disposición del alma todas las fuerzas del Cielo; es una *llave divina* que abre el arca de los tesoros de Dios; ó, por decirlo con frase muy gráfica, es la *omnipotencia del hombre*, y al mismo tiempo la *debilidad de ese Dios*, que no sabe negar nada á quien le suplica; se han olvidado de que el corazón de las alumnas está en manos de Dios, y que el corazón de Dios está en las manos de las hermanas que saben orar debidamente, y que por esta razón debemos acudir al trono de la gracia, frecuente, devota, humilde y confiadamente, á fin de alcanzar la Divina Misericordia siempre que la necesitemos. *Adeamus cum fiducia ad thronum gratia, ut misericordiam inveniarum, in auxilio op-*

portuno. (*Ad Hebr.* 4, 16). Se han olvidado de cuanto escribió el poeta cristiano, Mascheroni, á saber:

*Non sa parlare agli uomini, di Dio,
Chi degli uomini a Dio molto non parla.*

Más aún. Para obtener la conversión de nuestras queridas alumnas, debiéramos, si fuera posible, entretenernos más con Dios para hablarle de ellas, que no quedarnos con ellas para hablarles de Dios; puesto que, como escribió San Alfonso: «Se salvan más almas con las rodillas, rezando, que con la boca predicando; de consiguiente, la oración debe siempre preceder á la predicación, puesto que sin oración, nunca haremos nada bueno». ¡Oh! si tuviéseis la fe de las heroicas madres cristianas de la Flandra, ¡cómo sería potente vuestra plegaria, enderezada á la salvación de vuestras niñas!

Oíd el estupendo cántico que ellas repiten en sus reuniones de cada domingo:

«¡No, no nos la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos! ¡No nos la arrebatarán mientras el sol del buen Dios brille sobre la Flandra; mientras haya en nuestros pobres bolsillos el último maravedí!

«¡Quiéren quitar al buen Dios el alma, la bella alma de nuestros hijos! ¡No, no se la quitarán, mientras corra por nuestras venas una sola gota de esa sangre que derramaron nuestros padres en defensa de su fe!

«¡Oh, Flandra, oh, dulce Patria! quieren hacer de ti una guarida de incrédulos. ¡No, no la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos!

¡Perderemos de buena gana nuestros bienes, nuestra vida, pero jamás ni nunca, el alma, la bella alma de nuestros hijos!

»Y hasta el último suspiro, y desde la misma tumba gritaremos: ¡No, no la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos!»

Armáos, oh Hijas de Don Bosco, del celo de esas heroínas, y confiadas en ese Dios que nada sabe negar á quien le pide incesantemente por la salud de las almas, repetiréis también vosotras con santo orgullo, al mundo y á todos los demonios del infierno: «¡No, no arrebataréis el alma, la bella alma de nuestras queridísimas alumnas!»

IV. Otrás hay, finalmente, que mandadas á asistir, á hacer el catecismo, ó una breve exhortación á las niñas, se excusan con decir que les falta el don de la palabra, que no tienen valor, ni ingenio, ni recurso alguno para cantivarse la atención de las niñas, etc. ¡Fútiles excusas! Abranse el corazón y la boca en una devota plegaria, y por ella vendrá luego el Espíritu Santo, dice el Real Salmista. *Os meum aperui, et attraxi spiritum*: abrí mi boca y atraje el Espíritu. (Ps. 118, 13).

Y es justamente este Espíritu Santo, que cambia á los pobres ignorantes en Apóstoles, y renueva admirablemente la faz de la tierra.

Entendedlo bien de una vez, oh hermanas: si no rezáis bien, trabajaréis inútilmente en la pesca de las almas, y al finalizar el año y la vida, os encontraréis con las manos vacías.

Pero si todas, sin excepción, fuéreis amigas de la oración hecha, según se ha dicho, despacio y devotamente, obtendréis, muy luego, una pesca milagrosa de almas; y todas vuestras alumnas se harán santas.

El buen acólito Domingo Biga, asistente de los pequeños, en el colegio de Alassio, escribía de este modo á su antiguo Director:—Cuando alguno de mis niños se me muestra rehacio, recorro al remedio primo é infalible de la oración. A usted puedo decir como lo hago:—Voy á la Iglesia, y rezo; y si la encuentro desierta, entonces cobro valor: me acerco al Tabernáculo, y llamando con toda confianza á la porteznela, digo: ¡Oh, Jesús mío, tan bueno con la juventud! os recomiendo á mis pobres niños. ¡Hacédmelos buenos á todos!

¡Qué celo tan ardiente tenía este salesiano! ¡Ea, pues, mis buenas hermanas, imitemos!

Tomo margen de lo que acabo de narrar para recordaros que, si queréis obtener la conversión de ciertas niñas traviesas, ó cualquiera otra gracia, máxime si espiritual, os sirváis de la oración de las niñas más pequeñitas é inocentes.

Narra la Sagrada Biblia que, hallándose el pueblo hebreo oprimido por grandes calamidades, después de agotados todos los medios para aplacar la cólera divina, acudía eficazmente al rezo de los pequeñuelos.

También la Iglesia antigua solía hacer rezar á los niñitos, para la perseverancia de los catecúmenos, antes que éstos saliesen de la Iglesia. Acabada la oración de los niños, todos los cristianos

presentes respondían: *Amén*. Era una escena la más conmovedora.

El Capitán de marina Alfonso Albuquerke obtuvo que se sosegase una tempestad deshecha, presentando al Cielo un niño inocente que gemía y lloraba.

En 1590, cuando la peste hacía grandes estragos en París, la autoridad eclesiástica ordenó una solemne procesión de penitencia, encabezada por las madres llevando en los brazos á sus propios hijitos, como para demostrar que eran éstos los que podían aplacar la mano justiciera de Dios. A la verdad, muy luego, la ciudad quedó libre de la pestilencia.

San Francisco Javier servíase de la oración de los niños para convertir á los infieles. «A los niños, solía decir, soy deudor de mis triunfos sobre el Paganismo.

San Felipe Neri, á fin de obtener la conversión de los pecadores, reunidos los niños, les hacía repetir:—¡Oh Jesús, tened piedad de los pobres pecadores!

Lo propio practicaba San Vicente Ferrer para convertir á los padres de sus alumnos de catecismo.

Y nuestro Venerable Padre Don Bosco, desde la Ciudad eterna, cuando estallaban persecuciones sobre nuestro naciente Instituto, ó se trataba de la aprobación de la Santa Regla, etc., escribía: Haced rezar á vuestros niños; y que los más tiernos vayan á rodear el Santísimo Sacramento. Son éstos, especialmente, los que nos han de alcanzar de Dios el favor que necesitamos.

V. Una palabra aún con respecto al *Oficio parvo* de la Santísima Virgen.—Una parte de este *Oficio* (los salmos) lo recitaba la Sagrada Familia; ¡y podéis imaginaros con qué devoción!

El oficio es un eco de las alabanzas que á Dios y á María Santísima cantan los ángeles del Cielo. En el acto, pues, de recitar el oficio, podéis enullar á los cantores de la Sión celestial. Mas, para este fin, es necesario que lo receis siempre *integre*, es decir, sin omitir nada en cuanto os sea posible, *digne*, esto es, con las convenientes disposiciones de amor, ó á lo menos de contrición; *attente*, á saber, previniendo y alejando las distracciones; *reverenter*, esto es, con un continente compuesto, con la pronunciación clara de cada sílaba, con la pausa al asterisco, sin ninguna precipitación; y finalmente, *devote*, ó sea con todo corazón, sin experimentar nunca disgusto y aburrimiento.

Las que entienden algo del Oficio, sírvanse de él para levantarse á Dios con sentimientos de amor, de reconocimiento, de dolor, etc., de los que abundan esas santas páginas. Y las que nada comprenden absolutamente, no se crean por esto dispensadas de rezarlo; pronuncien también ellas el latín muy claramente, marcando bien los acentos, haciendo las debidas pausas, y manteniendo su corazón siempre unido á Dios. ¿Perderá acaso su valor intrínseco un diamante, cuando está en mano de uno, que tal valor no conoce?—¡Es claro que no!—Dígase lo mismo del *Oficio en latín*, verdadero diamante preciosísimo del Cielo.

A fin de rezarlo dignamente; meditemos cuanto dijo San Francisco de Sales á sus religiosas de la Visitación:—Es necesario pensar que hacemos oficio de ángeles, aunque de un modo diverso, y que estamos en la presencia de ese mismo Dios, ante quien tiemblan los ángeles.

Cuando uno se presenta ante un rey de esta tierra, procura estar muy atento por temor de equivocarse; y si no obstante toda su atención, se le escapase alguna palabra mal dicha, tiene por esto un gran rubor. Con mayor razón debemos guardarnos de cometer errores rezando el oficio. (*Tra-
tado 18*).

Santa Francisca de Chantal acostumbraba decir á las que no comprendían el latín: Quedaos sencillamente en la presencia de Dios, cada una según la gracia que le es otorgada; ó si queréis, pronunciad frecuentes jaculatorias, mientras el otro coro reza su versículo.

Termino con recomendar calurosamente, primero á mí mismo, y después á todas vosotras, de rezar y *rezar mucho*; y como dice el Doctor San Alfonso, nunca cansarnos de orar; pero, sobre todo, de *orar bien*.

(*Respuestas*): 1.º *Rezar mucho*. Sin oración, somos cual peces sin agua, cual aves sin alas; flores sin riego, tierra sin lluvia: *anima mea sicut terra sine aqua tibi*. (*Ps. 142, 6*).

¡ Sin mucha oración, somos como ciudades sin defensa, soldados sin armas; nave sin lastre y sin timón, cuerpos sin alma.

«Sin Mí, dice el Señor, nada bueno podéis ha-

cer: *sine me nihil potestis facere*. (*Joan. 15, 5*). El pobre vive de limosna; sin ésta perece. Lo propio será de nosotros si no pidiéremos á Dios, por medio de la oración, limosna por nuestras pobres almas. Si un pobre viajero desarmado, se ve asaltado de sus enemigos, ó de bestias feroces, su único recurso es clamar pidiendo socorro. Es éste el continuo estado de nuestra pobre alma en medio de tantos enemigos.

La oración es necesaria á todos; al justo para perseverar; al pecador para convertirse; al débil para fortalecerse; al perfecto para mantenerse tal.

Ella es fuente de celo para los apóstoles, de ciencia para los doctores, de prudencia para los Obispos y Rectores de Comunidad, de fuerza para los débiles. Ella es la defensa de las vírgenes, el arma de los mártires, la corona de los elegidos.

¡Oh, oración! ¡qué potente eres! Y nadie, nadie me diga que para una religiosa que huyó del mundo donde había tantos peligros, y se retiró en la Casa Santa, ya no es tan necesaria la oración, puesto que todos los enemigos del alma se retiraron; pues, si hay una Casa que los ladrones infernales ataquen con ahinco y furor, es cabalmente la Casa religiosa, donde los tesoros de gracias abundan.

Los Israelitas, los que salieron de Egipto, se creían exentos ya, de todo peligro, cuando de repente fueron atacados furiosamente por un sinnúmero de Amalecitas, á quienes derrotaron, no tanto por el denodado valor de Josué, cuanto por el ardor con que Moisés oraba en el monte vecino, te-

niendo de continuo los brazos abiertos en forma de cruz.

2.^o *Orar bien*. Si pedimos y no recibimos, es porque oramos mal. *Petit et non accipitis quod male petitis.* (Jacob. 4, 3). El grado de oración, es la medida de la santidad de un alma.

Condiciones para que la oración sea bien hecha.

1.^a Antes de la oración, preparar nuestra alma: *ante orationem praepara animam tuam.* (Lucas 28, 23). Cuando orares, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto (*Matt. 6, 6*), es decir, ora en la presencia de Dios y en el olvido de todas las criaturas, cerrando la puerta á todo pensamiento, que no sirva para hacerte conocer la bondad de Dios, tu miseria extrema, etc.

2.^a *Orar despacio y con atención*, porque de lo contrario, está escrito:—Cuantas más oraciones me hicieréis, tanto menos os escucharé. *Cum multiplicaveritis orationem vestram non exaudiam.* (Is. 1, 15).

Orar sin atención es lo mismo que olvidarse de escribir la dirección sobre la carta que dirigimos al buen Dios.

3.^a *Orar con ánimo puro*, siempre dispuestas á escuchar la divina ley, las divinas inspiraciones; pues el Espíritu Santo dice:—Quien cierra sus oídos para no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración. *Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.* (Prov. 28, 9).

4.^a *Orar con humildad*, como lo hicieron el Publicano y el Centurión, porque sólo la oración

de quien se humilla traspasará las nubes, y no reposará hasta acercarse al Altísimo, del cual no se apartará hasta tanto que incline hacia ella los ojos. *Oratio humiliantis se nubes penetrabit et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec Altissimus aspiciat.* (Eccle. 35, 21). El atendió á la oración de los humildes y no despreció sus plegarias: *Resperxit in orationem humilium, et non sprexit preces eorum.* (Ps. 101, 18).

5.^a *Orar con ilimitada confianza*, á imitación de la Cananea en el nombre de Jesús, pues Jesús mismo dijo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán: *Petite et dabitur vobis, quaerite et invenientis; pulsate et aperietur vobis.* (Math. 7, 7). Y todo cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis. (*Matt. 21, 22*). Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré. *Et quodcumque petieritis in nomine meo, hoc faciam.* (Joan. 14, 14). Y San Juan agrega:—Esta es la confianza que tenemos en El, que El nos oye en todo lo que le pedimos, siendo conforme á su voluntad. (1.^a Joan. 5, 1-f).

El éxito de nuestra oración será en razón directa de nuestra confianza, según las palabras del Espíritu Santo: *Dilata os tuum et implebo illud.* (Ps. 80, 11).

El santo abad Sisvi, viendo que su pobre discípulo Abrahán había sucumbido á la tentación, dijo al Señor: ¡Dios mío, Dios mío! quieras que no quieras, has de curarme á ese pobrecito: ¡no te dejaré hasta que no escuches mi súplica! *Vis, non vis, non dimittam te, Deus meus, nisi curave-*

rimus eum (in vita Patr. lib. 6, cap. 4, num. 14), y fué convertido el pecador Abrahán.

También solía orar con ilimitada confianza Santa Catalina de Sena:—Señor, decía, no me voy de aquí, ni nunca te dejaré, hasta que no me salves á esa alma, no me concedas esa otra gracia, etc.

Orar sin confianza, es como si uno escribiese una carta y la dejase sobre el escritorio, diciendo: Es inútil mandarla, puesto que no me van á contestar.

El que pide dudando y desconfiando, parece poseer dos almas: la una que espera, la otra que desespera; la primera cree que Dios es omnipotente y misericordiosísimo, la segunda lo estima severo é impotente.

6.^a Orar, por cuanto es posible, *delante de Jesús Sacramentado*, con el fervor y las lágrimas de una Judith, y rebosando amor para con Dios, cual lo hicieron Moisés y San Pablo. Érase una Hija de María Auxiliadora, que hubiera deseado tener alas para volar de Sagrario en Sagrario, como las palomitas vuelan de flor en flor. Y solía exhalar su corazón con estos pensamientos:

¿Veis cómo vuela
la mariposa,
siempre gozosa
de flor en flor?
acariciándolas
muy amorosa
y embriagándose
del rico olor?

volar doquiera
Sacramentado
vive mi Vida
Jesús Amado;
y, acariciándolo
con nuevo ardor,
y embriagándome
de santo amor,

.	del Tabernáculo
.	en los fulgores
Es mi continuo	colgar el nido
sueño dorado:	de mis amores.

7.^a Orar con *María*, confiando en su omnipotente intercesión. Es cosa certísima que la oración que hacemos para *nuestra propia alma* es infaliblemente impetratoria, puesto que Dios ha prometido y empeñado su palabra de que oirá á todo el que le pida, con tal *que le pida bien*, esto es, con las debidas condiciones. Mas, ¡ay! nadie puede estar seguro de que su oración esté revestida de las condiciones que la vuelvan infalible *sin una especial revelación*. He ahí, por qué acudimos á la intercesión de los santos en la seguridad de que sus oraciones son poderosas ante Dios: *Multum enim valet deprecatio justí assidua.* (Jacob. 5, 16). Pero ¿cuál santo podrá comparar el poder de su oración al de María Santísima? Un solo suspiro de la Madre de Dios, es más poderoso que las oraciones de todos los santos del cielo y de la tierra: *Unum Beatae Mariae suspirum plus potest quam omnium sanctorum simul suffragia.* (Just. Ms. in lit B. M. V. Verbo: *Virgo potens*). La oración de María es omnipotente por gracia: y con razón Tertuliano llama á María la omnipotencia suplicante. *Omnipotentia suplex*.

Hay todavía más. María Santísima es, y lo será para siempre, la verdadera Madre de Nuestro Señor Jesucristo, y Jesús es y será siempre el buen Hijo de esta gran Madre, siempre dispuesto á obe-

decerla, á complacerla en todos sus deseos; de modo que María Santísima rogando, no impetra, sino que impera: *non impetrat, sed imperat*. Los ruegos de María, dice San Pedro Damiano, son más bien órdenes de señora que súplicas de esclava: *Accedis non solum rogans sed imperans: Domina, non ancilla (servas 1 de Nativitate Virginis)*.

He aquí por qué nuestra Santa Madre la Iglesia después de habernos enseñado á pedir gracias al Eterno Padre por la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo: *Per Dominum nostrum*, etc., quiere que supliquemos á Nuestro Señor Jesucristo—á quien tanto hemos ofendido—por la intercesión de María, como se puede ver en el himno *Ave Maris Stella*, donde le cantamos: Nuestra que eres Madre: por ti reciba nuestras plegarias, El, que naciendo por nosotros, quiso ser tuyo:

*Monstra te esse Matrem,
Sumat per Te preces
Qui pro nobis natus,
Tulit esse tuus.*

Así como el Eterno Padre no escucha la plegaria de ninguno, sino por amor á Jesucristo, así Jesús no oye la oración de nadie, sino por amor de María.

Cierto es que la humildad, la oración, la Santa Comunión frecuente, etc., son medios poderosos y necesarios para salvarnos, mas todo esto nos lo obtiene María Santísima, si á Ella acudimos.

Ella hace llover el maná celestial sobre los que la invocan; Ella no sólo recomienda, sino que ase-

gura las cartas que por su medio enviamos al Cielo con nuestras oraciones.

8.^a *Orar con perseverancia*. Perseverad en la oración velando en ella, dice San Pablo. *Orationi instate, vigilantes in ea*. (Colos. 4, 2). Ejercitese en plegarias y oraciones noche y día: *Instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die*. (1. ad Timot. 5, 5). Jacob luchó con el Angel por toda la noche. Y ¿de qué manera luchó? llorando y rogando para que le defendiera de la ira terrible de su hermano Esaú, y le cambiara el corazón: *flexit et rogavit eum*, dice Oseas. (Cap. 12, 14). *Et invaluit ad Angelum*; y prevaleció. Déjame, que ya sube la aurora, dijo el Angel. Mas Jacob le respondió: *¡No te dejaré, si no me bendices! Non dimittam te, nisi benedixeris mihi*. (Gen. 33, 26). Y el Angel que venía en nombre de Dios, le bendijo en el mismo lugar: *Et benedixit ei in eodem loco*. (32, 29). Orad los nnos para los otros, dijo Santiago, para que seáis salvos, porque vale mucho la oración *perseverante* del justo (Epist. 5, 16 can.), y el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados. (Ibid. 20).

Jesús pasaba hasta las noches enteras en oración: *Erat per noctans in oratione Dei*. (Luc. 6, 12). Y ahora mismo desde el Sagrario y en el Cielo ruega y vive eternamente para interceder por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*. (Hebr. 7, 25). La vida de María Santísima es un trasunto fiel de la vida de su Hijo

Jesús. Y en pos de su ejemplo los primitivos cristianos perseveraban juntos en la oración. *Omnnes erant perseverantes unanimiter in oratione. (Actas 1, 14).*

Y nosotros ¿qué haremos? Aún cuando Jesús no nos hubiera mandado con su palabra y ejemplo que velásemos orando sin intermisión para no caer en la tentación, aun suponiendo que nuestro ministerio de salvar á las almas pudiese, por imposible, cumplirse sin oración, no podríamos, sin embargo, dejar de rezar de continuo y bien, acometidos como nos vemos incesantemente por los demonios, el mundo y las feas pasiones: tres feroces enemigos que nos atacan de día y de noche en la soledad y en público, y hasta en el Templo Santo del Señor. ¿Cómo los podremos derrotar sin esgrimir con arte y de continuo las bien templadas armas de la oración? ¿Cómo volar hasta el lejano Cielo sin las potentes alas de la santa plegaria?

¡Ah, cuántas funestas caídas por no haber orado, ó por no haberlo hecho bien! ¿Cómo nos salvaremos sin la oración? ¡Imposible!

Enseña el doctor San Alfonso que la gracia de la salvación no es una gracia sola, sino una cadena de gracias, las cuales se unen en seguida con la gracia de la perseverancia final. Ahora bien, á esta gracia que nos quiere hacer Dios, debe corresponder otra cadena: la cadena de nuestras plegarias. Pero, si nosotros descuidamos el orar y despedazamos así la cadena de nuestras oraciones, se romperá también la cadena de las gracias, que nos ha de obtener la salvación, y así no nos salvaremos.

Que nos quede impreso este severo aviso de un santo tan docto á fin de practicarlo y obtener con seguridad el Paraíso que ha sido prometido á quien ora, ora bien, y ora continuamente.

¡Que en ninguna casa religiosa se ponga óbice para que se cumplan las promesas que Dios hizo por boca del profeta Zacarías:—Derramaré sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración. (*Cap. 12, 10*).

Método eficaz para pasar nuestra vida orando, es el estar siempre en *la presencia de Dios*, poniendo la punta de oro, ó sea la recta intención, á todas nuestras acciones, palabras y pensamientos, á fin de que todo se cumpla para placer á Dios.

La Beata Margarita María Alacoque, solía presentar al Señor su alma pura, seucilla, recogida, y libre de los cuidados mundanos, rogándole, le imprimiera la imagen de su Divino Hijo, primogénito que es de los predestinados, á guisa de un bello cristal preparado por la química, sobre el cual la fotografía refleja bien claramente la figura de una persona. Sólo sabremos vivir santamente, cuando sepamos orar bien: *vere novit recte vivere, qui recte novit orare. (S. Agust. Tom. 4 c.c. Ps. 50)*.

San Beda el Venerable se hizo santo á fuerza de jaculatorias, que solía repetir hasta cuando explicaba teología en el aula magna (*Padre Rivadeneira*).

Terminaré con encarecer en tanto sé y puedo, la *Oración en común*.

Esta es más eficaz que la privada por varios motivos.

1.º Porque Jesús ha dicho: Donde dos ó tres (es decir, algunos pocos), se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo Yo en medio de ellos. (*Matt. 18, 20*).

2.º Porque si, durante la oración, algunos están por un momento distraídos, siempre habrá otros del grupo que están unidos á Dios, y de este modo la oración común será siempre aceptada á su Divina Majestad; pues, como nos decía nuestro Venerable Padre Don Bosco: no deja de ser bello y fragante el ramillete, aunque alguna de sus muchas flores esté algo magullada ó no tenga olor.

3.º Por el buen ejemplo que se dan mutuamente los que acuden á la oración común. Se narra de una piadosa madre de familia que se presentó muy afligida al confesor, quejándose de que tanto su esposo como su hijo eran del todo indiferentes en materia de religión.—¿Hace Vd. la oración en común?—pregúntale el sacerdote.—No, Padre mío, pues nadie asistiría á ella.—¿Exijala Vd. al menos de los criados, y verá!—Así lo haré.—Y cumplió la palabra.

Al cabo de algún tiempo su esposo tuvo curiosidad de ver lo que allí pasaba. Era el rezo del Santo Rosario. Una noche se quedó él también, pero sólo sentado. Al día siguiente ya se arrodilló, y... en breve se confesó y fué cristiano práctico. El hijo siguió, como por encanto, el ejemplo de su padre, y aquella fué una familia afortunada en gracia de la oración en común.

Aprendamos también nosotros á querer con preferencia, cuando nos es dable, la oración común: *orantes unanimes*, para que el Dios de Israel muestre su misericordia sobre su pueblo. (*Judit. 7, 4*).

Orate etiam pro me.—Exaudiat Dominus orationes vestras ut adjuvetis me in orationibus vestris. Entretanto, hermanas, os suplico por Nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con las oraciones que hagáis á Dios por mí. (*Ad Rom. 15, 30*).

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XXVI

EL DÍA DE RETIRO

*Venite scorsum et requiescite pu-
sillum.*

*Venid á retiraros conmigo en un
lugar solitario y reposaréis un
poquito. (Maro. 6, 31).*

I.—También yo he sido joven, pero ya no lo soy. *Junior fui, etenim senui* (*Salmo 26, 25*). Siento que la muerte se acerca, y debo por este motivo prepararme al gran paso. Concedamos no más, que las lectoras de esta conferencia estén aun en la edad juvenil, ¿estarán por eso dispensadas de prepararse, á lo menos por ahora?—Es claro que no. También ellas mueren. En efecto, después que por orden del Venerable Don Bosco heube yo traído á estas lejanas tierras americanas (en noviembre de 1877) á las primeras Hermanas, que debían ser como las raíces de un frondoso y fructífero árbol, aun cuando este mismo árbol, en el espacio de treinta y tres años se haya agigantado, no obstante mucho más de sesenta son ya las ramas que la mano del Señor cortó, para injertarlas (así lo esperamos) en el nobilísimo Arbol, que ya forma sus delicias, allá, en los amenos jardines del Cielo.

Y ¡cosa singular! Parece que la muerte, como de intento, quiera hacer gala, por decirlo así, de su fuerza, atacando con preferencia á las más jóvenes

y más robustas.—Y ahora ¡cuántas de estas estarán una en los torbellinos del fuego del Purgatorio, con los ojos vueltos á todas y á cada una de vosotras, exclamando con acento que da lástima hasta á las piedras:—¡Te suplico, oh hermana, que tengas piedad de mí! *Obsecro ut miserearis anime mee.* (*Reg. 1, 11*). ¡Compadeceos de mí á lo menos vosotras, que sois mis hermanas, compadeceos de mí! *Miseremini mei, miseremini mei!.. saltem vos!* (*Job. 19, 21*).

Por parte mía, ya durante mis largos viajes, ya en el *Memento* de la misa, tengo siempre muy presentes á estas pobres hermanas, que partieron para la patria celestial, dejándonos en este valle de destierro y de llanto. Y vosotras ¿las tendréis también presentes, delante de Dios? No lo dudo, son vuestras hermanas: es este uno de vuestros más estrictos deberes, tanto más, cuanto que no pocas de ellas han partido ciertamente, pero quizás no han llegado al puerto todavía.

II.—Por otra parte, la primera caridad empieza por vosotras.

¡Preparaos! El retiro espiritual que acostumbraís hacer al principio de cada mes, es uno de los medios más eficaces para disponer bien á la muerte.

Según San Bernardo, el *ejercicio de la buena muerte* nos procura el santo temor de Dios, arroja el pecado lejos de nosotros, é impide la tibieza. Todos los santos lo han practicado, y todos los maestros de espíritu lo recomendaron con insisten-

cia. No pocos seglares se hacen escrúpulo de omitirlo. ¿Qué mucho que se deba pretender de las religiosas? Permitid, pues, que también á este propósito os de algunos paternales consejos:

1.º No hay reloj, por más perfecto que sea, dice San Francisco de Sales, que no tenga necesidad de darle cuerda y regularlo. Es preciso que, de cuando en cuando, se examinen todas sus partes, para quitar el polvo y el orín que se le haya infiltrado, para enderezar las partes torcidas, para sustituir las deterioradas por el uso, etc.

Del mismo modo la que tiene verdaderamente cuidado de su alma, debe de vez en cuando, especialmente una vez al mes, en el día de retiro, rehacer su corazón ante Dios; examinando separadamente cada pieza, es decir, toda pasión, toda afección, para remediar todos los defectos que haya; repasando todo mandamiento, toda regla, para ver cómo se ha observado, etc.; viendo por otra parte que cuidado se ha tenido para proteger la propia vocación, como se han observado los tres votos; cómo se practicó la humildad, la caridad fraterna, la mortificación; cómo se ha empleado el tiempo tan precioso que Dios nos ha dado; con qué empeño y fervor se han hecho los ejercicios de piedad, etc.

2.º Quieren los maestros de espíritu que en ese día consideréis por espacio de media hora el progreso y retroceso hecho en la virtud, durante el mes que acaba de pasar. Es evidente que, si omitimos esta concienzuda consideración, el Ejercicio será muy poco provechoso para nuestra alma.

Para evitar el peligro de olvidarse de tal reflexión, se adoptó en varias casas religiosas, el uso de hacerlo en común y á manera de examen de conciencia, sirviéndose al efecto, de los libros de San Alfonso y de otros, que ofrecen como en un espejo el examen para los religiosos, en lo que respecta á la práctica de los votos y de la Santa Regla.

3.º Para aumentar en el fervor os aconsejo que en ese día renovéis de corazón vuestros votos, no una sola vez delante del Santísimo expuesto, sino muchas veces durante el día.—Siempre que renuevo mis votos, me siento rejuvenecer, decía San Francisco de Borja. Por ejemplo:

a) Inmediatamente despnes de la Santa Comunión, pidiendo á Jesús que quiera ponerse *ut signaculum super cor vestrum*, como sello sobre vuestro corazón (*Cant. 8, 6*), á fin de que ni en un tilde lleguéis á faltar en vuestros santos votos.

b) Rezando el *Angelus Domini*, etc., renovareis el voto de castidad; al decir, *Ecce ancilla*, etc., el de obediencia; y el de pobreza, diciendo: *Et Verbum caro*, etc. Y recitando en seguida de corazón el *Ave Maria*, obligareis á la Virgen á bendecir cada uno de vuestros votos, y á que os ayude para no quebrantarlos nunca.

c) Al mirar de vez en cuando el crucifijo que lleváis colgado, besaréis el clavo de la mano derecha, repitiendo el voto de pobreza; el de la izquierda, renovando el de castidad; y el de los pies, confirmando el voto de obediencia.

d) Hasta el Hábito bendito que habéis vestido,

os ayudará admirablemente á renovar los votos, si le diéreis una afectuosa y santa mirada. Entre paréntesis os hago notar, que la bendición que se dió á vuestro primer Hábito el día de la vestición, pasó y pasará á todos los que vistiéreis hasta el día de vuestra muerte. El Hábito es todo un predicador que os habla al corazón, es símbolo de ese estado de muerte á sí misma, por el cual debe pasar toda religiosa, si quiere llegar á la vida eterna. «Tú debes morir á tí misma», dice á cada hermana el santo Hábito con su negro color de muerte. Un muerto no ambiciona nada, sino que se contenta con cualquier trato.—Renueva tu voto de pobreza y cúmplo exacta y alegremente.—Un muerto, continúa hablando el santo Hábito, es frío, no tiene ya pasiones, ni sensibilidad alguna.—Repite, pues, tu voto de castidad exactamente.—Un muerto, en fin, obedece perfectamente á todos y de nada se lamenta jamás.—Remacha, luego, fuertemente el tercer clavo: el voto de obediencia, la cual se llama con razón *sepulchrum propriae voluntatis!*

Tanto os predica, oh hermanas, el Hábito bendito, verdadero amigo de vuestra alma. Agradecedsele con un ósculo reverente, y poned por obra cuanto os insinúa en sus íntimas, continuas y santas predicaciones.

III.—Ayudará también muchísimo para prepararse mejor á la muerte en ese día, suponer que se ha recibido el Santísimo Viático y la Extremunción, y que se está postrada y como clavada en

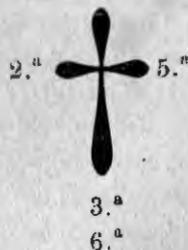
la cruz, es decir, en el lecho de la última agonía.

Tomad en la mano vuestro crucifijo, é imaginad que oís las últimas palabras de Jesús, repitiéndolas á vosotras mismas, y todas en vuestro favor: por ejemplo:

Palabra 7.^a

" 4.^a

" 1.^a



Primera palabra.—¡Padre, perdónala! ¡Oh, harto sé, que cuando pecaba yo sabía lo que hacía! ¡Ay, más culpable soy que los mismos verdugos del Divino Hijo! ¡Piedad!.. ¡Perdón! *Per sanguinem Innocentis, lava culpas poenitentis!*

Segunda.—¡Oh Jesús mío! decid también á mí, como al buen ladrón: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradiso!* En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso. (*Luc. 23, 46*).

Tercera.—Decid, ¡oh Jesús mío, á vuestra Madre dilectísima: *He ahí á tu hija N. N.*; defiéndela, sálvala, ya que Tú lo puedes!

Cuarta.—¡Oh, Dios mío! ¡no me abandones en esta hora tremenda!

Quinta:—Sítio. Sí, Dios mío, mi alma tiene sed de Tí, que eres fuente de agua viva: *Veni, Domine Jesu. Ven, Señor Jesús.* (Apoc. 22; 20). ¡Dadme sed de sufrir todavía más, para hacer penitencia de mis pecados, y salvar mi pobre alma!

Sexta:—Todo está consumado. Mi vida pasó como una sombra, como un sueño. ¡Tú sólo, Dios mío, Tú sólo!.. ¡lo demás no es sino vanidad y engaño!

*Séptima:—*Por esta causa cabalmente, ya de este momento y para toda la eternidad *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum:* en tus manos encomiendo mi espíritu. (Luc. 23, 46).

Acto continuo, os imaginaréis que María Santísima, estando á los pies de vuestro lecho, en tono de súplica, diga á Jesús:—¡Oh, hijo mío! ¡Te pido por el amor que me tienes, que no dejes morir aun esta mi hija. Dale todavía un poco de tiempo para que haga penitencia, y así se prepare mejor para la muerte!

Y aquí supongamos que María nos haya revelado que nos ha obtenido de Dios la prolongación de otros dos ó tres años de vida (ó más, según la edad y las enfermedades que nos molestan); y empecemos luego á prepararnos para morir bien. En seguida, reflexionaremos cada día como el tiempo transcurre velozmente, y que de cada acción de la vida, como sería: la Misa, la meditación, la Comunión, el examen de conciencia, la lectura espiritual, la recreación, el trabajo, el estudio, etc., deberemos dentro de breve tiempo dar estrechísima cuenta al Divino Juez.

En el día de retiro del mes subsiguiente, haremos el cómputo de cuantas semanas, días, horas, se haya abreviado nuestra vida. Figurémonos á cada instante que Jesús, María, ó Don Bosco, nos repitan: *haced el bien mientras tengáis tiempo. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum,* (ad Galat. 6, 10), y que vendrá esa noche, cuando ninguno podrá obrar más. *Venit nox quando nemo potest operari.* (Joan. 9; 4).

IV.—Si nosotros lo hiciéremos todo bien y con fin recto, estemos bien seguros que en ese tiempo que quizá nos resta, nos haremos santos; y al acercársenos la muerte, la recibiremos cantando como lo hizo allá en la Casa Madre de Mornese Sor Lucrecia Becchio. Entre el llanto y la sonrisa de sus hermanas, ella quiso cantar la alabanza: *Llamando á María,* etc.; pero llegada á las palabras: *Morir con María, ¡qué dicha será!*, Sor Lucrecia, truncó el canto y fué á terminarlo en el Cielo, como varias veces narraba Don Lemoyne, que la asistía, y que, suplicado por ella, debió acompañarla haciendo la segunda voz, en ese felicísimo entre los felices cantos.

Empero, ¡pobres de nosotros si fuéremos negligentes! ¡Oh, cuántos y cuántas, que fueron aplazando de día en día el prepararse para la muerte, se encuentran ahora ardiendo en medio del fuego del Purgatorio, si acaso no están en un lugar más profundo, donde con desesperados alaridos, exclaman sin cesar: *Oh daretur hora!*

¡Pero no nos acobardemos! Asgámonos de la

omnipotente mano de Jesucristo, y desbarataremos así á los enemigos de nuestra alma. Nuestra muerte será la de los Santos; y allá en el Cielo cantaremos eternamente: *Dextera Domini fecit virtutem*: La diestra del Señor hizo proezas (*Ps. 117, 16*), y nos narraremos mutuamente, las prodigiosas obras que Dios hizo en nuestro favor: *non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini* (*Ibid. 71*): no moriré, si no que viviré aun y publicaré las obras del Señor.

¡Así sea, mis buenas hermanas! ¡Así sea, para cada una de vosotras y para mí también!

¡Ah, sí, sí! Pueda yo lograr morir como los justos: *meriatur anima mea morte iustorum*. (*Num. 23, 10*).

DEO GRATIAS ET MARIAE .

CONFERENCIA XXVII

LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

Ecco Maria erat spes nostra, ad quam confugimus in auxilium, ut liberaret nos, et venit in adiutorium nobis. (Ex festo B. V. Marianae Auxilium Christian)

He aquí que María era nuestra esperanza, á la cual acudimos para que nos librara y Ella vino en nuestro auxilio...

Y, ¿tendrá alguna relación, nuestra devoción á María Santísima con la confesión?—Por supuesto que la hay, y muy grande.—En efecto: ¿basta acaso al pecador, confesarse de cualquier modo para poderse salvar?—No. Es menester confesarse bien. Pero, el que desea salir bien en una empresa, sobre todo si es espiritual, no tiene que hacer otra cosa sino recurrir con confianza á María, y hacerla socia en dicha empresa, que todo saldrá á pedir de boca. La confesión, *in re vel in voto*, es llave de oro: la sola que puede abrir á los pecadores las puertas del cielo.

Y esta llave podremos fácilmente conseguirla de María Santísima.—Veámoslo.

I. Narra San Juan en su Evangelio (*Cap. 5*) que en Jerusalén, cerca de la puerta llamada *Probática* ó sea *pecuaria*, había una piscina, rodeada de cinco pórticos, en los cuales yacía una gran

muchedumbre de enfermos, lánguidos, ciegos, paralíticos, cojos, los cuales esperaban que el Ángel del Señor bajase allí á agitar las aguas; y el primero que, después de removida el agua, entraba en la piscina, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese: *sanus fiebat a quacumque detinebatur infirmitate.* (Ibid. 4).

Una piadosa tradición añade, que los pastores conducían las ovejas á aquella piscina para lavarlas bien, antes de hacerlas subir al templo cercano, en donde debían ser sacrificadas al Dios vivo y verdadero. La sangre de esas víctimas, figura de la Sangre preciosísima de N. S. Jesucristo, corriendo de los altares, descendía por canales subterráneos á mezclarse con las aguas de la piscina probática, que estaba más abajo, las cuales, precisamente por la Sangre de Jesús que figuraban, se volvían prodigiosas.

II. Esa Piscina ó fuente, además de ser un símbolo de la fuente bautismal, era también una figura de la fuente santa de la Confesión, ya profetizada por Zacarías, que dijo explícitamente:— «En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para todos los habitantes de Jerusalén á fin de lavar las manchas del pecado: *In die illa erit fons patens domui David, et omnibus habitantibus Jerusalem in ablutionem peccatoris.* (Cap. 13, 1).

El Señor envía también á esa piscina su ángel, es decir, el confesor; y no una vez al año solamente, sino toda vez que tenemos necesidad, á

fin de que levantando la mano y haciendo correr la Divina Sangre sobre nuestras almas pecadoras, las libre de toda especie de manchas y enfermedades espirituales.

Y ¡harto es cierto que, en derredor de esta Probática Piscina de la confesión, se agrupa frecuentemente una muchedumbre de *lánguidos* ó sea tísicos del alma, que nunca se confiesan de buena gana; de *ciegos*, que nunca hacen bien su examen de conciencia; de *áridos* ó paralíticos, que tienen el corazón del todo seco, es decir, sin lágrima alguna de dolor; finalmente, de *cojos*, que hacen saltos desgraciados, á saber, que callan en todo ó en parte, ciertos pecados que tienen obligación de acusar.

III. ¿Quién remediará tanto mal?—¡La intervención de María!—Ella es la Divina Pastora que, mezclando las suyas con nuestras pobres lágrimas, y echándonos en las ondas saludables de esta sacra fuente, toda llena y rebosante de la Sangre vivificadora de N. S. Jesucristo, su Divino Hijo, nos ayudará á purificar nuestras almas de tal manera que se puedan presentar al Altar del Divino Sacrificio de la Misa y Comunió; y más tarde á las *Nupcias eternas* del Cordero Divino, al Cual presentándonos Ella, dirá: *Hi sunt qui laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in Sanguine Agni.* (Apoc. 7, 14). Estas son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la Sangre del Cordero. Y nosotros conmovidos exclamaremos:— ¡Toda merced vuestra, oh María!

IV. Dije arriba que hay muchos lánguidos, tibios ó tísicos espirituales, á quienes hablar de confesión, es como hablarles de muerte. *Multitudo languentium*. Estos quisieran que nunca llegara el día de la confesión.

¡Ay! que lejos están éstos del ideal, que de una buena religiosa tenía, Sor Teresa Lezinska, hija del rey Luis XV:—Una religiosa, decía ella, debe estar siempre preparada por tres cosas: confesarse, comulgar y morir.—No tengo pecado mortal en el alma, dice fulano, ¿qué necesidad entonces de confesarme?

Comienzo por responderte que á veces la conciencia tiene fuertes dudas que la acosan; tal vez hay pecados mortales escondidos bajo el espeso velo de la ignorancia, del amor propio, de la pasión, (y ninguno debería maravillarse, que se pecó también mortalmente en una casa religiosa, ya que se pecó gravísimamente en el Cielo, en el Paraíso terrestre y en el mismo Colegio Apostólico); y además, ¿quizá fué la confesión instituída para borrar tan solo los pecados mortales?

¿Y no sabes que los pecados veniales nos hacen precipitar en los mortales? Yo te invito, pues, á confesarte á menudo, no ya porque estés absolutamente obligado á ello, sino para que no te acontezca tener imperiosa necesidad, cayendo desgraciadamente por causa de los veniales, en culpas mortales. Es ya una desgracia muy grande, ésta de deber decir: «hoy todos comulgan y yo no lo puedo hacer sin confesarme antes».—Confesémo-

nos, pues, á menudo por amor, á fin de que no debamos confesarnos á la fuerza.

Objeción. Pero los pecados veniales se pueden remitir de tantas otras maneras; por ejemplo, con la misma Comunión y la Misa, ó con los sacramentales, es decir: el confiteor, la bendición episcopal, el agua bendita, el pan bendito, el *Pater Noster*, oír la palabra de Dios, hacer novenas, golpearse el pecho, las obras de misericordia, los funerales y otras ceremonias; y además Su Santidad Pío X, nos ha quitado la obligación de confesarnos, cuando no hay pecados mortales.

Rta.—Respondo que los sacramentales no borran de por sí mismos los pecados veniales, sino solamente ayudan, es decir, disponen á moverse al dolor, que quita los pecados mismos.—Sin dolor no hay perdón.—Por otra parte, el Santo Padre no ha quitado las reglas que los diversos institutos religiosos tienen con respecto á la frecuencia de la confesión, sino que solamente ha derogado del Decreto de Clemente VIII (9 Dic. 1763), el cual exigía al menos la *confesión semanal* para lucrar la indulgencia plenaria. Que para ganar las indulgencias plenarias que antes requerían confesión y comunión, bastará de hoy en adelante estar en gracia de Dios y tener la costumbre de acercarse á la Comunión, ó todos los días ó *á lo menos cinco veces cada semana*. (Decret. 14 feb. 1906). Empero, no ha derogado de otros Decretos, ni menos de las Constituciones religiosas. De consiguiente, cuando la obligación de confesarse emerge de otro punto, diverso del Decreto de Clemente, dé-

bese cumplir exactamente también por los que comulgan cada día. ¿Quién no sabe que en las casas religiosas, por lo regular, la dirección espiritual va, ordinariamente junta con la confesión? En tal caso la confesión semanal se impone.

¡Dichoso el que tiene comodidad de confesarse cada ocho días!

V.—Es certísimo que la Comunión borra *ex opere operato*, todos los pecados veniales (de los cuales uno se haya arrepentido de veras). Pero también es cierto, que desgraciadamente muchas almas comulgan con frecuencia, y no obstante, están siempre en la condición de aquellas siete vacas flacas, que vió en el sueño Faraón; las que á medida que se apacentaban en las orillas del Nilo, (figura de la Santísima Eucaristía), resultaban más macilentas.

—De ciertos defectos no tan leves (así me aseguraron no pocas almas) si he querido librarme de una vez, he debido confesarlos muy claramente.—Sólo entonces triunfó la gracia.—Los sacramentales, las penitencias y aun la misma Comunión no habían logrado tanto.—¡Ah! es porque, como dijo el demonio, á Santa Matilde en ocasión de un exorcismo: *nihil est in Ecclesia Dei quod magis vires nostras enervet, quam frequens confessio et communio.* (Prad. esp. tom. 2, lib. 5, c. 27). Porque cuando el alma se acerca al Sacramento de la Penitencia con las debidas disposiciones, se lava muy bien en la Sangre de Jesús, queda aromatizada con ella y derrama al mismo

tiempo una fragancia celestial en derredor, de suerte que nosotros no osamos ya acercarnos por algunos días.—Y de veras que es así. Después de la confesión se siente uno fuerte, ágil, resuelto, cercano á Dios, y le parece que el infierno entero se ha alejado, para dejarlo libre. Pero la plenitud de los buenos efectos prácticos de una confesión bien hecha, no suele durar más de tres ó cuatro días; después de los cuales uno se siente con menos fervor, menos mortificado, más inclinado al mal, etc. La misma respuesta dió el demonio á un religioso dominico, moribundo:—Nada hay que tanto daño nos haga como la frecuente confesión; pues, mientras el alma está atada por el pecado mortal, hacemos de ella lo que queremos; mas, apenas confesada, ya queda libre para lo bueno, y así nos deja burlados (*Cesarío*). Por la confesión bien hecha, el alma queda más blanca que la nieve, pues se lavó en la Sangre del Cordero Inmaculado; la que ama la pureza de su alma, debe sanar la frecuente confesión.

2.^a *Objeción.* Pero, ¿y si yo no tuviera ni aún pecados veniales?

Rta.—Hay siempre, no obstante, las infaustas *reliquias* de los pecados pasados; quiero decir, las perversas inclinaciones; y tanto más fuertes, cuanto más en los años pasados se hubiese dado acogida al pecado en el corazón. Para estos tales, á veces, hasta la vista de ciertas palabras, cosas ó personas santas, les es causa de tentación.—Ciertos microbios, como la espora del carbuncio, germen del microbio, que se alimentan especialmente

de la carne de animal vacuno, ó de la del cerdo, no se destruyen con cualquier grado de calor, sino que hay necesidad de añadir fuego y más fuego, hasta elevar á 147° la temperatura, para extinguirlos. Así también algunos microbios ó gérmenes de ciertos pecadotes no se destruyen sino á fuerza del *lavacro* de la Divina Sangre en la confesión.

Siempre recuerdo, que una vez, en tiempo de los ejercicios espirituales, me designaron un cuarto, donde casi no se podía respirar, tantos eran los miasmas que salían de las paredes, del pavimento y de los tabiques de tan desgraciada habitación. Supe después la causa de ello. Ese departamento había servido por mucho tiempo de enfermería para los atacados de enfermedades asquerosas, y había hasta servido de depósito de muertos.

Inútilmente antes de ofrecérmelo lo habían lavado cien veces y desinfectado dos ó tres. Muchos gérmenes de muerte habían aún allí: el ambiente estaba saturado, y hubo necesidad de picar y remover las paredes y esterilizar todo microbio mortífero.

Lo mismo sucede en nuestro pobre corazón. La enfermedad repugnante de ciertos pecados veniales, ó los cadáveres asquerosos de los pecados mortales, fueron quitados por la primera absolución; pero quedaron todavía tantas infaustas reliquias que contagian el alma. ¿Qué hacer? Se lava, se desinfecta otra vez, con el más eficaz de los desinfectantes espirituales: la Sangre de N. S. Jesu-

cristo en la confesión.—*Amplius lava me!* repetiremos con el Rey penitente, el cual había oído de la boca de Natán las consoladoras palabras. *Dominus quoque transtulit peccatum tuum.* (II Reg. 12, 13). También el Señor te ha quitado el pecado.—Pero no le basta. Repetiremos la humilde y dolorosa acensación, aunque sea de un modo general, de los pecados ya perdonados, que son siempre materia *suficiente* para nuevas confesiones, y la onda salúfiera de la Divina Sangre, pasando y repasando sobre nuestra alma, acabará por quitarnos toda mala inclinación, y así tornarnos á la infancia espiritual, que asemeja los mortales á los espíritus celestes.

VI.—Es necesario además tener muy presente, que nosotros los religiosos, somos como los pajes, ó sea como los ángeles del Rey de los reyes, que se digna habitar bajo nuestro mismo techo. Un rey no hará tanto caso si alguno de los súbditos, que encuentra por el camino, no está tan aseado; pero si notase la mínima mancha ó imperfección, en la persona de sus pajes, al punto se resiente de ello. Lo mismo diremos del gran Dios. Sed santos vosotros, dice el Señor, porque Yo soy santo: *Sancti estote, quia ego sanctus sum* (Lev. II, 44).

El quiere escribir su nombre en nuestro corazón, cual prenda de eterna salvación, pero no lo hará hasta que las páginas de nuestro corazón, no sean más blancas que la nieve.

¿Será acaso suficiente, lavar una sola vez un

pobre harapo, para que luego quede blanco como la nieve? ¡Ah, no! es necesario pasarlo y repasarlo por muchas aguas. Me viene aquí á la mente la gran fábrica salesiana de papel de Matbi. Allá en un remoto ángulo de la fábrica hay sendos montones de negruzcos y sucios harapos, los cuales echados en un primer recipiente ó sea cilindro, donde domina el agua hirviendo con ciertos ingredientes desinfectantes, salen dichos harapos de un color blanquecino. Pasando á continuación por otros y otros semejantes recipientes, por otras y otras purificaciones, aparecen gradualmente siempre más blancos, hasta que se reducen á un blanquísimo papel, sobre el cual puedo yo escribir cuanto se me antoje; por ejemplo: *¡Viva Don Bosco, que ha dado vida á una fábrica de papel tan admirable!*

Algo semejante pasa con los harapos de nuestra alma. Antes que el Señor pueda escribir con su Dedo Divino:—esta alma es toda mía y yo seré todo suyo: mi Amado para mí y yo para El. *Dilectus meus mihi, et ego illi (Cant. 2, 6)*,—á muchos y muchos lavados debemos someterla en la santa confesión.

¿Qué contestó uno de los ancianos á San Juan, que quería saber quienes eran y de dónde venían los tantos celestiales Comprehensores, vestidos de blancas estolas?—Estos son los que vinieron de una grande tribulación, (es decir, de las tremendas tentaciones suscitadas por el demonio, el mundo y las reas pasiones) y han lavado sus estolas, y las han blanqueado en la Sangre del Cordero: *la-*

ferunt stolas suas y á fuerza de lavarlas, *dealbaverunt eas (Apoc. 7, 14)*. *Confessio et pulchritudo*, etc. San Agustín, explicando este versículo, dice: *vis esse pulcher? confitere peccata tua: ubi confessio, ibi pulchritudo*. ¿Quieres tener bella el alma? Confiesa tus pecados. ¿Donde hay confesión, allí hay belleza!

VII.—Hay que notar, además, que la confesión, después de limpiarnos de los pecados y restituírnos, poco á poco, la belleza que tenía el alma cuando salió de la fuente bautismal, nos instruye, nos ilumina, fortifica, consuela; nos colma de méritos, porque nuestro confesor es también médico, es padre, es maestro, consejero y predicador, que nos hace un sermón especial, exclusivamente adaptado para nosotros. Y San Lorenzo Justiniano decía que en cada confesión el hombre se acerca más á su Dios; adquiere un conocimiento más claro de su interior; se hace más activo en el ejercicio de la virtud, más apto para alcanzar misericordia, y mejor dispuesto para recibir los más altos dones de Dios.

En la confesión, además, se practican muchas bellas virtudes: la fe, la esperanza, el amor, la humildad, la paciencia, la penitencia, la prudencia, la fortaleza, etc. y se obtiene, especialmente, la paz, la incomparable paz del alma, con el derecho de ir á sentarse después á la Mesa del Señor: *qui posuit fines tuos pacem et adipe frumenti variat te (Ps. 147, 3)*, de ese Señor, que ha establecido la paz en tu territorio y te alimenta de la Flor del harina.

VIII.—¡Cuántos motivos para confesarnos y para proporcionar comodidad á los otros de confesarse siempre cada semana! El que habitualmente, de puro perezoso, deja pasar los quince días sin acercarse al confesor, hay que contarle entre los tibios, que de ningún modo agradan á Jesús. Don Victorio Alasonatti, había destinado el sábado para su confesión; y á la hora señalada, ya que se hallase ó no el confesor, se quedaba allí de rodillas esperando.—Esta es mi hora, solía responder á los que le decían:—Don Bosco, el confesor, no está en casa.

Mons. Bertagna quería que todos los predicadores instruyeran bien á los fieles, sobre la eficacia de la confesión frecuente, y aconsejaba también á los confesores, que repitieran á menudo la absolución á los moribundos, aún en el caso de que éstos ya no pudieran hablar; poniéndose de antemano de acuerdo con los mismos, cuando están todavía en sí, en dar una señal convenida, como p. ej.: cerrar los ojos, apretar la mano, etc.; porque en esa hora *descendit diabolus ad vos habens iram magnam* (Apoc. 12, 12), y sólo la Sangre de N. S. Jesucristo puede alejarlo.

La Condesa de Noaille y su sobrina, en el tiempo del terror, fueron condenadas á la guillotina. A duras penas pudieron encontrar á un sacerdote (no juramentado) que se llegase á confesarlas allá en lo profundo del calabozo; pero ellas hubieran deseado otra absolución pocos minutos antes de subir al patíbulo. Suplicaron, en efecto,

al buen sacerdote, que al día siguiente tuviese la bondad de colocarse en un ángulo del parapetó del puente, por donde debían pasar, para recibir así la última absolución, que fuese como el pasaporte para el Cielo. El sacerdote convino, y fué al día siguiente al lugar designado; pero por la mar de gente que acompañaba el carro de las nobles condenadas, fué empujado más allá, de modo que á las pobres no fué dado divisarlo. Desconsoladas, pálidas, no por la muerte inminente, sino por la desgracia de no poder recibir el último auxilio, paseaban errantes sus ojos sobre la multitud en busca del confesor. Finalmente lo divisaron por cierta señal que él les hacía; é hincándose luego, recibieron la última absolución; y cual verdaderas heroínas subieron gozosas al patíbulo, para volar de allí á las eternas mansiones de la Vida.

IX.—Ahora bien, ¿quién alejará de nuestro corazón toda náusea, toda frialdad ó indiferencia hacia la santa confesión? ¿Quién nos obtendrá un deseo siempre creciente de ser á menudo lavados por la onda saludable de la penitencia sacramental?—María, la *Mater boni consilii*, nuestra Madre, Maestra y Pastora. A Ella acojámonos, y nos conducirá; y, si hubiere necesidad, nos impelerá ó nos llevará en brazos á los pies del confesor, nos lavará en la probática piscina, y volverá nuestra alma cándida cual ovejilla del sacrificio: *Ubi confessio, ibi pulchritudo*.

Por más negra que sea, por más desgraciada, y tal vez desesperada, la pobre alma de una re-

ligiosa, si se abandona en los brazos de María, ésta indudablemente la salvará, y le alcanzará la fuerza de romper toda cadena de ocasiones próximas, y de hábitos, aun los más inveterados.

¡Lejos, pues, toda pereza, negligencia ó náusea!—*Venite, procedamus ante Deum, ploremus coram Domino qui fecit nos; praeoccupemus faciem eius in confessione (Invit. ad Matut.)* (es decir, como explica San Agustín): *Maturemus mane ante lucem venire ad Deum in confessione (laudis et gratiarum actione) et in confessione peccatorum.*

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XXVIII

LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

(Continuación).

*Scrutabor Jerusalem in lucernis:
Yo escudriñaré á Jerusalén con la
vela en la mano.*

(Soph. 1, 12).

*Deducant oculi mei lacrymam per
noctem et diem.*

*Erramen mis ojos lágrimas de
noche y de día.*

(Jerem. 14, 17).

1. *Multitudo caecorum.* Ciegos son todos los que no se examinan bien, como es deber, y de este modo se van á ciegas al encuentro de ese tremendo Juez, que ha dicho: *Scrutabor Jerusalem in lucernis*: Yo iré con una antorcha en la mano registrando á Jerusalén (es decir, á la pobre alma) (*loc. cit.*). Aquel que teme bajar hasta el fondo de su conciencia, teme visitar al más sincero de sus amigos, decía la reina María Lezinska, esposa de Luis XV.

La Magdalena, primero conoció la fealdad de sus culpas; después se arrepintió de ellas, y luego corrió á lavarse en la fuente de gracia, Jesucristo Nuestro Señor.

Aquella mujer del Evangelio que había perdido la dracma, revolvió toda la casa, y solícita y cuidadosa no paró hasta que no la halló. Lo pro-

pio deberá hacer, la que por desgracia haya perdido la preciosísima dracma de la gracia y amistad de Dios: revuelva todo su interior sin dejar rincón alguno que no escudriñe, y, recogida toda la inmundicia de las culpas, con lágrimas de arrepentimiento, arrójela á los pies de Jesús, y de su ministro el padre confesor.

En la vida de San Juan María Vianney, párroco de Ars, se narra que apareciéndole una vez el demonio, con rabia infernal empezó á replicarle así:—¿Por qué me haces tú la guerra? ¡oh avarote de almas, ya me has arrebatado más de ochenta mil! Si no fuera por *Aquella* (y lanzó una horrible blasfemia contra María Santísima, sin poder, no obstante, pronunciar su Nombre potentísimo) que te defiende, ya verías lo que sabría hacer yo de tí... ¿Por qué madrugas tanto? ¿Por qué no tienes cuidado de tu salud? ¡Y eso que el Obispo te lo aconsejó muchas veces! ¿Por qué predicas con tanta sencillez, al punto de pasar por ignorante? Y..., ¡pero mientras tanto tus palabras hieren los corazones, y las almas se convierten! A mí me gustan los sermones de tabla que dejan el tiempo que encuentran. Estos no me fastidian.

Y finalmente, muy enfurecido y como amenazando golpearlo.—¿Por qué,—le gritó,—por qué examinas siempre tú mismo la conciencia de tus penitentes? ¿Por qué te afanas tanto? ¿No te basta quizá el examen con que *yo mismo los preparo?*...

II. ¡Estas palabras son toda una revelación!

De ellas se deduce, que cuando un pobre pecador se recoge á hacer su examen, además de tener que luchar con la propia memoria tan frágil, y especialmente, con el feo amor propio, que no quisiera nunca declararse culpable, tiene también que batallar con el ángel de las tinieblas, quien en la pobre alma hace lóbrega noche; contra ese gran forjador de mentiras, que hace creer blanco lo negro, bien el mal, los pecados graves como ligerós, los veniales como nada, etc.; contra ese capatáz de los embrollones, que enseña á componer frases y palabras, de modo que el confesor no llegue á comprender ni la gravedad, ni las circunstancias que cambian la especie, ni el número cabal de los pecados.

¡Pobre alma! ¡si el pecador la tiene en sus propias inexpertas manos!—Llevo siempre mi alma en mis manos, decía David: *anima mea in manibus meis semper.* (Ps. 118, 109). ¡Feliz de aquel que sabe entregar su alma á María Santísima, á fin de que Ella misma, y no el demonio, le prepare un examen de conciencia satisfactorio!

Es necesario barrer bien nuestro interior según la expresión davídica: *et scopebam spiritum meum* (Ps. 76, 6), y examinaba y barría mi interior. Y María Santísima sabrá también usar con perfección la escoba; no dejará vestigio de basura en nuestro pobre corazón.

Es necesario repulir muy bien el reloj de nuestro corazón, á fin de que camine perfectamente de acuerdo con el Corazón Sacratísimo de Jesús.—Y María, en este oficio, habilísima Maestra, sabrá

descomponer delicadamente todas las ruedas y demás piezas de este reloj, y devolvérselo más bello y como si fuese nuevo.

Es necesario que penetre mucha luz para disipar tan densas tinieblas.

III. Ahora bien, invocar á María Santísima, es como tocar un botón ó una llave eléctrica: en el acto sale la luz; y ¡qué luz! La más lóbrega noche se cambia en un día espléndido. María Santísima es la Esposa del Espíritu Santo, y Este es el *Digitus paternae dexteræ*, el Dedo de la diestra del Eterno Padre, Dedo que irradia de luz hasta en los más profundos abismos del corazón. María Santísima es *Mulier amicta sole*: la gran Señora revestida del Sol. No bien Ella asoma, cuando huyen los demonios con sus tinieblas, la memoria se esfuerza, y el amor propio baja la cabeza.

Nuestro examen, de este modo, saldrá una copia fiel del que hará Jesús en el Juicio particular á los que no se hayan examinado, ni acusado de una manera cabal; veremos en este examen todos nuestros pecados bien deslindados, los internos y ocultos, los ajenos cometidos por causa nuestra, y hasta los menores defectos, que mancillaron nuestras buenas obras.

María, además de ser nuestra Madre, es también nuestra Maestra, y ¡qué Maestra! Ella echará mano de la página de nuestra conciencia, y en un instante nos hará resaltar á la vista, todas las manchas, los borrones, las faltas de concordancia, los errores de omisiones, etc., que afean esta po-

bre página de nuestra alma. Y, sirviéndose siempre del *Digitus paternae dexteræ*, de quien, por ser Ella la Divina Esposa, soberanamente dispone, nos indicará una á una todas las culpas de comisión ú omisión contra los mandamientos de Dios y los preceptos de la Iglesia, contra la Santa Regla, y los deberes de nuestro estado; nos recordará todos los modos como hemos manchado los sentidos de nuestro cuerpo, las potencias de nuestra alma, todos los iusultos hechos á la virtud, y por consecuencia á Dios mismo. Y, recorriendo la cortina de lo pasado, nos demostrará claramente que tal pecado, *para nosotros*, no era leve, sino grave; que la tal circunstancia cambió ó aumentó notablemente la especie; que las tales restituciones de bienes, ó de fama, ó *de almas*, no fueron hechas como se debía, etc. etc.

Es cierto que basta haber confesado nuestros pecados, no ya según la gravedad, que ahora, después de tantas instrucciones, hemos llegado á conocer que encierran, sino solamente, según el grado de malicia que teníamos cuando los hemos cometido; pero también es cierto, que fácilmente, sobre todo cuando uno es joven, no siempre se acusa de todo el grado de malicia que tuvo, ya porque el amor propio es siempre muy grande, ya porque, como decíamos, los demonios son grandes embrolladores. Es necesario, por consiguiente, que acuda María, y nos ayude á acabar de una vez con tantos ardidés diabólicos, tantas penas y dudas que tiranizan y acosan nuestra pobre alma.

IV. *Multitudo aridorum*. En derredor de la Probática Piscina había una muchedumbre de áridos ó paralíticos, figura que eran de los que no tienen dolor alguno de sus pecados.

Necesidad del dolor. El dolor es la parte más esencial de los actos del penitente en el Sacramento de la confesión. Es la parte constitutiva y precípua de este gran remedio, y por esta razón da el nombre al remedio mismo.

En efecto, este Sacramento se llama: *de la penitencia*; que quiere decir: *del dolor*. Podrá haber una buena confesión sin perfecto examen, sin la acusación materialmente entera de los pecados; cuando, á saber, ya por olvido ó por alguna otra circunstancia, (por ejemplo, en ocasión de enfermedad gravísima, de guerra, de naufragio, etc.), no se ha podido hacer más; pero una confesión sin dolor, aun suponiendo, que éste falte sin culpa del penitente, será siempre *una confesión nula*. Sería como bautizar con agua de rosas, ó consagrar una hostia de azúcar. Ni el Papa, junto con todos los sacerdotes del mundo, ¿qué digo? ni el mismo Dios, puede absolver un pecado, aunque fuera sólo venial, cuando el pecador no tiene verdadero dolor.

Por este motivo, se ha de concebir el dolor antes de recibir la absolución, puesto que ésta, para ser válida, debe hallar el corazón arrepentido siquiera por la atrición.

¡Alerta, pues, sobre la materialidad de la confesión, sobre el modo *á vapor* y rutinario de acercarse al Sacramento; sobre todo, tratándose de

pecados veniales! Ya se sabe que no hay obligación de confesar estos pecados (aunque es útil el hacerlo de los pecados veniales deliberados, más dañosos al alma); pero también es cierto, que nadie puede obtener el perdón de cualquier pecado venial, aunque se haya confesado con toda claridad, si no se ha arrepentido de veras. Sería mejor aun no confesarnos, y comulgar sin tener dolor de los veniales, más bien que confesarnos *con la certeza de no tener dolor á lo menos de uno de ellos*, ó bien de la multitud de los mismos en general; porque así nos expondríamos al peligro de una profanación.

V. Pero, ¿de qué manera podremos evitar este peligro?—Si por desgracia, las pequeñas miserias de la semana no te causan dolor, recuerda y acusa en general los pecados más graves de la vida pasada; pero si quieres estar, moralmente cierta, de tener un dolor á lo menos suficiente, ya de los pecados mortales, ya de los veniales, recurre á María, *Mater Dolorosa*.

Ella, como ya dijimos, es Madre y Maestra, y como tal te hará comprender desde un principio *la excelencia de la contrición*.—Las lágrimas de los pecadores, oh hija mía, te dirá Ella, son el vino de los ángeles: *lacrymae peccatorum vinum sunt angelorum!* Cuanto más aumentan en ti las lágrimas del dolor, tanto más te alejarás del infierno y del Purgatorio, y te acercarás al Paraíso; del mismo modo que siempre más remontábase hacia el cielo el arca de Noé, á medida que crecían las aguas del diluvio.

Todos los bienes nos vendrían juntamente con la contrición. (*Sap. 7, 11*).

VI. Con la bendición de María comprendemos y obtendremos, fácilmente, las cualidades del dolor; que debe ser:

1.º *Interno*, (del corazón) porque la flecha del dolor debe partir de allá, de donde partió la flecha del pecado, que dió muerte á Jesús. Y además, el Señor ha dicho: «haced pedazos vuestro corazón y no vuestros vestidos»: *scindite corda vestra et non vestimenta vestra. (Joel. 11. 13)*,

2.º *Universal* en cuanto á los pecados mortales:—he detestado todos los caminos de la iniquidad: *omnem viam iniquam odio habui. (Salmo 118, 128)*.

3.º *Sumo*, porque el pecado es el más grande de todos los males; antes bien el único y verdadero mal; y por este motivo, nos debe disgustar más que cualquiera otro mal temporal en que hubiéramos podido incurrir.

No obstante, hemos de notar que, siendo el dolor un acto de voluntad, y siendo ésta una potencia espiritual elevada sobre los sentidos, no hay que maravillarse si estos sentidos no experimentan el disgusto y la pena que hay en la voluntad. Por otra parte, el comercio íntimo entre el alma y el cuerpo, hace de modo que el alma sienta más al vivo, la impresión de las cosas corporales, que no de las espirituales. Y por consiguiente, para que el dolor pueda decirse *sumo*, basta que uno se decida á no querer absolutamente cometer los peca-

dos y á querer huír de ellos más que de cualquier otro temporal.

4.º *Sobrenatural*: a) *ratione motivi*: fundado, á saber, en motivos revelados por la fe, y no en motivos naturales y humanos, ex. gr. el deshonor ó la enfermedad que siguió á la culpa, el temor de un castigo de los superiores, etc.

b) *ratione principii*, es decir, un dolor excitado por el auxilio de la gracia.

Y aquí la *Mater dolorosa*, estrechándote contra el corazón te dirá: hija mía, si no hubieras hecho más que un solo pecado mortal, no sólo habrías afeado tu bella alma, que es semejante á Dios, no sólo te habrías cerrado con una mano el Paraíso, borrando tu nombre del libro de los predestinados, abriéndote con la otra el infierno bajo los pies, y poniendo tu firma, nombre y apellido, en el libro de los condenados que tiene Satanás; sino que habrías crucificado con tus manos al mismo Dios. Tú misma fuiste el sayón, el verdugo de Nuestro Señor Jesucristo: *rursum crucifigentes sibi-metipsis Filium Dei et ostentui habentes (Hebr. 6, 6)*, como dijo San Pablo: crucificando nuevamente al Hijo de Dios y exponiéndolo á la ignominia.—Mira á menudo al Crucificado todo manando Sangre, y exclama: ¡He ahí la obra de mis manos!

Que si no fueran los tuyos más que pecados veniales, debes saber, oh hija mía, que después del pecado mortal, el venial es el mayor mal del mundo; que toda la sangre de los mártires no lo podría borrar; que si el pecado venial no dió muerte al alma, la hirió, la atebó, la volvió hedionda y

hórrida delante de Dios; y si no llegó á dar muerte á Jesús, sin embargo, lo ha disgustado, maltratado, vilipendiado, abofeteado; y todo esto, por obra ¿de quién? de un alma religiosa, favorecida extraordinariamente, tratada como la pupila de sus ojos por el mismo Jesús.

¡Ah! no sólo del pecado venial debes horrorizarte, sino hasta de los pequeños descuidos, de las pequeñas frialdades y ligerezas; porque disgustan á todo un Dios que es la misma Bondad. ¡Oh, maldito pecado, que ha hecho llorar y ha crucificado á mi Dios!

Que si esto no basta aún para despertar en tí un verdadero dolor, puedes invitar á María Santísima á que quiera acompañarte. Ella misma á la admirable *Alameda de la salvación*, que lo es el Vía-Crucis; alameda compuesta de sólo catorce árboles, pero todos de vida verdadera y vigorosa, á cuyos pies yace la muerte vencida. La Iglesia misma no se aleja un momento de la Virgen dolorosa, cuando hace este piadoso y santo ejercicio.

La Virgen María te dirá alguna palabrita al oído, en cada estación. En la tercera, por ejemplo te dirá:—esta primera caída la has ocasionado tú con tus primeros pecados.—En la séptima, añadirá:—esta segunda caída es obra de los pecados que hiciste después de tu primera Comunión.—En la nona, te pondrá á la vista las iniquidades que cometiste en la misma casa religiosa, y llorando exclamará:—¡Sí, son especialmente los pecados de las casas religiosas los que arrojan al suelo y aplastan á Jesús bajo la prensa de la cruz!—Y así an-

dando hasta el último árbol, á cuya sombra hallarás frutas muy dulces á tu paladar.

Pero el dolor es también sobrenatural *ratione principii*; á saber, porque viene de Dios. La flor de la contrición no nace en nuestros jardines, mas despunta tan sólo en los celestiales pensiles.

VII. Y ¿cómo haremos cuando, no obstante, las consideraciones precedentes, continuase la frialdad en el corazón, y no derramásemos ni siquiera una lágrima? En tal caso nos acogeremos más y más al manto de la Dolorosa. Ella es la Jardinera del Cielo, y, si quiere, puede regalarnos esta indispensable flor; y lo querrá, ciertamente, si se lo suplicamos.—Oh Madre mía, diremos, ¿no ves que no sé llorar? ¡Ah, llora tú por mí, derrama á lo menos una lágrima por esta tu desgraciada pecadora!—Y Ella al instante nos escenchará, y se presentará á Jesús enojado, con los ojos arrasados en lágrimas, como ha aparecido ya mil y mil veces.—¿Y qué sucederá entonces? Recordemos el milagro de Naím narrado por San Lucas en el Cap. VII, v. 11 y sig: «Cuando Jesús estuvo cerca de la ciudad de Naím, he aquí que salían á enterrar al hijo único de su madre; y ésta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. Y viéndola el Señor, y movido á compasión de ella, le dijo:—¡No llores!—Y acercóse al féretro y lo tocó (y se detuvieron los que lo llevaban). Y El dijo:—Joven, á tí te lo digo, levántate.—Y el muerto se sentó y empezó á hablar. Y Jesús lo devolvió á su madre».

¡Qué ejemplo tan hermoso! ¡Cuán bueno y misericordioso es Jesús!—Que si se conmovió El por las lágrimas de esa vinda (que hasta podría ser una mujer no buena, pero era siempre madre); ¿qué no hará ante el corazón de María deshecho en lágrimas?—Madre mía, le dirá ¿y por qué tan afligida? ¡Ah, Madre mía, no llores! *Mater, noli flere!*

Y respondiéndole María: «Lloro, porque esta hija mía no llora.» Jesús dará luego á la pobre pecadora una mirada, que le conmoverá las entrañas; y ella, á imitación de Pedro, empezará á llorar: *Et coepit, flere, (Marc. 14, 72)* y bendecirá los ojos misericordiosos de María, que llorando por ella le han obtenido un dolor amoroso y suave, pero amarguísimo á la vez: *ecce in pace amaritudo mea amarissima (Isai. 38)*: le han alcanzado una verdadera contrición, de la cual podrá con verdad decir: y me vinieron todos los bienes junto con ella: *et venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap. 7, 11).*

VIII. *Propósito.*—Este es parte esencial de la contrición, la cual es definida precisamente por el Concilio de Trento: *Dolor et detestatio de peccato commisso cum proposito non peccandi de coetero.* No hay verdadera contrición sin propósito. Y por este motivo, excepto un caso repentino, después del acto de verdadero dolor, débese llegar, como á necesario efecto, no sólo al *propósito*, sino á *los propósitos particulares*. Sea 1.º *firme*, sin vacilación ó veleidad de dejar ó no el pecado; 2.º *universal*, es decir, que se extienda á to-

dos y á cada uno de los pecados mortales, (en la confesión de los veniales para evitar la profanación ó la nulidad, basta tenerlo á lo menos de uno); 3.º *eficaz*, es decir, con la voluntad de practicar los medios para no pecar más, especialmente, de evitar tales ó cuales ocasiones, de practicar tales ó cuales obras buenas y necesarias para no tornar al vómito. ¡Oh, qué asco nos dá ese inmundo perro que vuelve á devorar la inmundicia, que ha vomitado poco antes, pero más asco causa al Señor el pecador que quebranta sus propósitos y vuelve á tomar la comida prohibida, vuelve á revolcarse en la inmundicia! Volvióse el perro á comer lo que vomitó, *canis reversus ad suum vomitum* y la marrana lavada á revolcarse en el fango, *et sus lota in volutabro luti (II Peir. 2, 22)*. ¡Ay de mí! ¡qué congoja no causará esto á la Virgen Dolorida! Cada vez que uno confiesa bien sus pecados, es como si, á semejanza de Nicodemus ó de José, desclavase á Jesús, sacando con su boca otros tantos clavos, cuantos son los pecados que confiesa; y después depusiese á Jesús en los brazos de María para que se consuele con El. Pero si llegase, por desgracia, el día funesto en que volviera á pecar, entonces sería como nn presentarse de repente á María, arrebatarle sin más ni más á Jesús de los brazos y sin piedad, volvérselo á crucificar ante su vista. *Rursus crucifigentes Filium Dei (Hebr. 6, 6)*, el cual es también verdadero hijo de María. ¡Oh! escribamos también nosotros, como Domingo Savio, al pié de la Imagen de María: —¡La muerte, antes que pecar más!—Y, por con-

siguiente, evitaremos escrupulosamente toda ocasión, que para nosotros pueda ser próxima de pecar, estando escrito que: el que ama el peligro, perecerá en él; el que toca la pez, quedará manchado con ella; y el que toque el fuego, experimentará sus ardores, (*Eccle. 3, 27, 13, 1*).

Y ésta sea la gracia que incesantemente pediremos á María, á saber: un verdadero propósito de no pecar más en el porvenir.

IX. Señalaremos aquí varios sueños-visiones de Don Bosco, que vienen á propósito:

1.º Una vez se le apareció su difunto alumno Valfré, quien le dijo: «No hay paz recíproca entre los hermanos porque no la hay con Dios.—¿Cómo es esto? añadió Don Bosco, ¿con tanta frecuencia de confesiones y comuniones?—Sí, es cierto, replicó Valfré, pero lo que falta radicalmente en tantas almas es la firmeza de los *propósitos*. Se confiesan; pero siempre las mismas culpas, ocasiones, costumbres, siempre las mismas desobediencias y transgresiones de los propios deberes. Sus confesiones valen poco ó nada; y por este motivo no acarrear la paz, y si en este estado alguno fuere llamado al tribunal de Dios, sería esto un negocio muy serio.

2.º Don Bosco quiso una vez saber por el demonio, quienes fueran sus mayores enemigos.—Son dos cosas, respondió el *inmundo*: la devoción á la Virgen, y... (aquí se calló y no quería ya continuar). Su aspecto era al mismo tiempo de perro, de gato, de oso, de lobo; ora tenía tres cuernos, ora cinco, ora diez; de repente se lo veía con tres

cabezas, inmediatamente después con cinco, con siete, y todo esto lo hacía en un abrir y cerrar de ojos. Ese monstruo quería huir; pero Don Bosco, aunque temblando, le dijo:—quiero absolutamente que me digas cual es la cosa, que temes más. Te lo mando en el Nombre de Dios criador, mi Señor y tuyo, á quien todos hemos de obedecer.—A tal amenaza, el maldito respondió.—*¡Es la observancia de los propósitos* que se hacen en la confesión!...—Y lanzando un aullido, desapareció.

3.º Otra vez Don Bosco nos habló así:—Desde algún tiempo estoy pidiendo al Señor que me dé á conocer, qué es lo que arroja más almas al infierno. Y tuve el siguiente sueño: Me parecía ver á mis niños, que salían de la iglesia viniendo de confesarse, y con dos cuernos en la frente.—Pero, ¿qué significa eso?—decía entre mí. Y se me contestó:—Depende de la ineficacia de los propósitos hechos en la confesión. Se confiesan frecuentemente, pero siempre los mismos pecados. Algunos desde principios del año tenían una mala nota de conducta, y continúan siempre en la misma vía, etc.

4.º En otro sueño, que Don Bosco tuvo en San Benigno, vió un gran convite, todo luces, rosas y lirios, al cual tomaron parte muchísimos de sus Hijos é Hijas; pero á las luces sucedió la obscuridad, en medio de la cual se veían entre los comensales ciertas caras enrojecidas por el fuego; (eran aquellos que no habían recibido los lirios y las rosas). Algunos de éstos se fatigaban inútilmente en derredor de una cuerda medio podrida y enlodada, que colgaba de arriba. Ellos forcejaban

para agarrarla y subir, pero caían siempre en tierra con los vestidos enlodados. Y fué significada á Don Bosco la causa:—*Poco dolor y propósito!* Con tales confesiones nunca subirán al Cielo.

5.º El 8 de abril de 1869 Don Bosco vió en sueños una multitud de niños de todas sus casas, los cuales estaban para confesarse. Y mientras iba él á buscar quien le ayudara á confesar, notó que varios de estos niños tenían un lazo de cuerda al cuello tirada por un monstruoso gatazo, armado de largos cuernos, que estaba en acecho detrás de cada niño. Don Bosco, entonces, amenazando rociar á esos monstruos con agua bendita; y volviéndose á uno de ellos que tenía en las garras tres lazos, le preguntó: ¿Qué significa eso?—Con estos tres lazos, contestó el enemigo, arrastramos á la perdición los nueve décimos del género humano.—¿Cómo será eso? y ¿de qué manera? En nombre de Dios, habla, revélalo todo, si no quieres que te rocíe.—El monstruo retrocediendo entonces de un modo espantoso, añadió: «Con el primer lazo hago callar los pecados; con el segundo, impido el dolor.—¿Y con el tercero?—¡No te lo quiero decir!—Pero después, como se viera amenazado siempre por Don Bosco, chisporroteando llamas sus ojos, con algunas gotas de sangre, dijo:—Con el tercer lazo impido de hacer firmes propósitos en la confesión y de poner en práctica los consejos del confesor. Si tú quieres saber si tengo ó no enlazado algún niño, fijate en su enmienda.

Luego, ¡por caridad, no nos flemos de nuestros propósitos! Estos son como si se hincase un clavo

en una pared de lodo, que por una nada se saca; confiemos á ojos cerrados en María, á quien encomendaremos todas nuestras confesiones. Ella asegurará estos clavos, (los propósitos) no ya en la pared de fango de nuestro débil corazón, sino en el *Santo Leño de la Cruz* de su Jesús; y todos saben que un clavo hincado en un madero, difícilmente se puede sacar; tanto más, cuanto que María obtendrá de Jesús alguna gota de su preciosísima Sangre para sellar estos mismos propósitos.

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XXIX

LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

(Continuación)

Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus ut remittat peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate. (1.º Joan. 9)

Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es El, para perdonarnos y lavarnos de toda iniquidad según su promesa.

I. *Multitudo claudorum.*—En la Probática Piscina, finalmente, había una muchedumbre de cojos, símbolo de los que no acusan, como deben, sus pecados en la confesión.

En esta acusación se puede faltar:

1.º Contra la *brevedad*, extendiéndose mucho en la explicación de las circunstancias innecesarias, volviendo así la confesión una conversación, donde se dice, tal vez, lo que no se debe decir, y se calla lo que debe manifestarse:

2.º Contra la *humildad*, por ejemplo: resentirse por los avisos que da el confesor, ó por las penitencias que impone.

3.º Contra la *prudencia*, por ejemplo: manifestando el cómplice, ó revelando los pecados de otros, especialmente superiores, ó bien, expresando sin estilo religioso ciertos pecados.

4.º Contra la *integridad*, callando voluntaria-

mente algún pecado mortal, ó el número cabal de los mortales, y sabiendo al mismo tiempo que se peca callando.

5.º Contra la *sinceridad*, excusando, embrollando la acusación, de modo que se haga imposible al confesor, entender toda la malicia y el número de los pecados.

II. Y son desgraciadamente estas dos cosas: —la *integridad* y la *sinceridad*—las que se suelen echar de menos en tantas confesiones. ¡Qué desgracia!—Yo descubriré tus infamias ante tu misma cara, dice el Señor por boca de Naúm, y mostraré á las gentes la desnudez tuya, y á todos los reinos tu oprobio. (3, 5). Mientras tanto, *vermis conscientiae non moritur*: el gusano de la conciencia continúa siempre royendo y formando llaga. *Quoniam tacui inveteraverunt ossa mea, dum clamarent tota die; conversus sum in acrumna mea, dum cofigitur spina.* (Ps. 31, 4): Por haber callado, se consumieron mis huesos, dando alaridos todo el día; revolcándome en mi miseria, mientras tenía clavada la espina.

La conciencia es un tribunal que, si no se aplaca con una confesión, hecha según se debe, no absuelve nunca á ningún criminal, aunque éste haya sido absuelto por todos los tribunales del mundo.

Cayetano dice que la falta de aceite de las vírgenes necias significa la falta de una confesión íntegra.

La confesión no entera, es como la de quien

dijese al cirujano:—Cúreme Vd. de todas las heridas que he recibido en este brazo, y no quisiera mostrárselas. ¿Cómo podrá, pues, el cirujano enrarlas? Los que callan en confesión, son de veras necios, porque callando envenenan el mismo remedio que toman para sanar; y por no evitar una confusión momentánea se procuran una confusión eterna ante Dios, ante el Cielo, ante el mismo confesor y el mundo entero.

El P. Colelli, de la Compañía de Jesús, ante los misioneros, confesores y predicadores, que al terminar una misión estaban gozosos, porque habían acabado con los sacrilegios, todo afligido exclamaba: «¡Ah, no nos lisonjeemos! el verdadero número de las confesiones sacrilegas, lo sabremos solamente el día del juicio, cuando los ángeles desenvuelvan los inmensos haces de sacrilegios cometidos por los que callaron pecados en la confesión!»

Otro santo jesuíta narra (callando el lugar donde sucedió) el siguiente hecho acontecido á él mismo: «Fuí llamado para un enfermo grave y lo confesé. El día siguiente me llamaban otra vez, y el enfermo me confesó un pecado que el día anterior había callado por vergüenza. Me retiré estupefacto y consolado á un tiempo, cuando he aquí que me llaman tercera vez. Acndo al instante y el moribundo me declara un pecado, que ni la segunda vez había querido manifestar!.. Si en esta tercera vez lo dijo todo y se salvó, ó si calló y se condenó... ¡¡Dios lo sabe!!

El demonio nos quita la vergüenza para pecar;

pero, una vez cometido el pecado, nos la restituye, no para que nos hnmillemos y arrepintamos, y libremos del pecado con la confesión, sino para que no osemos confesarlo.

Lo peor es que donde triunfa más este demonio *mudo* es en las casas religiosas y entre las personas que en el mundo gozan fama de piadosas y santas.

—«Venid á ver la perla de mi parroquia» decía un ingenioso párroco á dos misioneros, que en ese entonces habían comenzado la misión en su Parroquia. Y llevándolos á la Escuela Mnicipal, é indicándoles allí á la maestra, «Os presento, les dice, *la perla de mi Parroquia*». La maestra se avergonzó, tanto más, cuanto que nno de los misioneros, mirándola de fijo, dijo fuerte de modo que todos oyeran: «Si es ciertamente una perla, sólo Dios lo sabe, ¿no es cierto señora maestra? Pero ella al día siguiente cayendo á los pies de aquel misionero, decíale:—¡tenga piedad de mí! Usted ayer con esas palabras me ha envalentonado, porque me ha dado á entender que teme que yo sea una pecadora. Lo soy de veras; pues, por mi desgracia siempre he callado. Y ¿cómo habría tenido valor de manifestar mi desgracia á ese bonachón de mi cura, único confesor en esta aldea, el cual va repitiendo siempre á todo el mundo: «*He aquí la perla de mi parroquia!*...»

Lumbière cuenta que apareció á un siervo de Dios el alma de una mujer devota:—«Me he condenado, exclamó, por haber dado unas miradas con cierto deleite impuro á un sirviente mío. Aun

cuando yo, sintiese un poco de remordimiento, no lo quise manifestar al confesor, con la esperanza de que fuesen escrúpulos ó solo veuialidades; pero esto no valió en el juicio de Dios, porque yo debí haberme sincerado, de los que reputaba escrúpulos, ante mi confesor».

¡Oh, no siempre se encuentra á una Santa Coleta que haga resucitar á una religiosa suya, para que tenga todavía tiempo de confesar el pecado callado y vuelva después á morir en el Señor!

«Me tiembla la mano, escribe el Venerable Don Bosco, en la vida de mi condiscípulo Miguel Magone, me tiembla la mano al escribir estas líneas, pensando en el gran número de cristianos que caen en el infierno, por no haber declarado con sinceridad algunos pecados en la confesión».

Siendo él todavía sacerdote joven, visitó á un anciano moribundo, y, mientras se congratulaba con éste porque se encontraba en punto de muerte después de una vida llena de méritos, sintió que daba ese anciano un profundo y misterioso suspiro, y después le dijo:—Bosco, ¿no hay aquí ninguno?—Ninguno.—¿Tienes ya permiso de confesar?—Sí; y además, en este caso...—¡Ah, no te escandalices! Mira, todas mis comuniones fueron otros tantos sacrilegios hasta hoy. Siempre tuve vergüenza de confesar un pecado, y aun ayer lo he callado antes de recibir el Viático!.. Después se confesó y murió luego; y es de esperar que se haya salvado. Una persona que al entrar el Venerable en el aposento, no teniendo lugar de retirarse, se había escondido detrás de una cortina,

después de cuarenta años de haber sucedido este hecho, lo narró, callando, por supuesto, la persona y el lugar donde aconteció.

III. En el libro de los sueño-visiones de nuestro Venerable se leen también los siguientes hechos:

1.º Vió él, en San Benigno Canavese, á uno de sus alumnos, con una culebra alrededor del cuello, que lo ataba con dos vueltas; con la cola clavada en el corazón, y la boca en la de ese infeliz, á fin de mordérsela en el caso que la abriera en la confesión. Asustado el Venerable, preguntó:—¿Qué es esto?—¿No ves? le contestaron, ¡es la serpiente antigua!..

2.º En otra ocasión el Venerable vió á ciertos jóvenes con un bozal en la boca.—Y éstos, ¿quiénes son?—Los que callan.—Y, ¿qué callan?—Los pecados...

3.º Otra visión tuvo el Venerable, en la cual un noble Personaje hacía dar vueltas á una gran rueda, símbolo de la Eternidad, en la cual aparecían los niños del Oratorio, unos con las manos en los oídos, otros con la lengua horadada, éstos con el corazón roído por los gusanos, aquellos con un candado á la boca, algunos, finalmente, llevando aferrados á la espalda unos monos horribles y repugnantes. Don Bosco preguntó á ese Personaje el significado de todo; y al interrogarle:—¿Quiénes son los del candado á la boca? aquél le contestó:—Son los que callan en confesión; y los que se tapan las orejas con las manos son los que no

escuchan los consejos, avisos y mandatos del confesor.—Y ¿cómo lo harán para hacer saltar ese candado?—*Ejiciatur superbia de cordibus eorum: ¡que vomiten la soberbia que tienen en el corazón!*—¿Cuál otro consejo me das todavía á este respecto?—En todos los sermones, siempre decir dos palabras acerca de la sinceridad y el dolor en la confesión.

Otros llevaban por detrás un gran mono, que con las patas de adelante les apretaba el cuello, de modo que se les volvía el rostro rojo y casi se les saltaban los ojos fuera de las órbitas; con las patas de atrás les apretaba las rodillas; y con la cola, que llegaba hasta el suelo, les enrollaba los pies, de suerte que no podían caminar.—Estos son aquellos, dijo una voz, que aun después de los Santos Ejercicios permanecen en estado de pecado mortal, especialmente de impureza y de inmodestia. El demonio les aprieta el cuello, y no los deja hablar; les cubre la cara de vergüenza; les hace perder la vista del infierno.—¿Cómo curarlos?—*Labor in assiduis operibus; sudor in poenitentiis continuus: fervor in orationibus frequentibus et perseverantibus.*

4.º Un sábado por la tarde, mientras Don Bosco rodeado de penitentes, confesaba á un jovencito, notó que éste callaba.—¡Habla, habla, por amor de tu alma! le dijo el Venerable, pero el niño seguía callando. Entonces Don Bosco vió un horrible mono paseándose entre los penitentes, que al poco rato se abalanzó sobre las espaldas de ese desgraciado, le apretó el cuello con sus uñas y

hasta metió su feísimo hocico entre la cara del niño y la de Don Bosco.—¡Habla, habla! continuó diciéndole sollozando Don Bosco.—¿No tienes nada más que acusar?—Nada.—¡Oh, mira que estoy viendo ahora mismo un hórrido monstruo sobre tus hombros! ¡Ah, que espanto, ya no puedo aguantar por el horror!—Sólo entonces el niño abrazando estrechamente al Venerable, dijo llorando á gritos:—¡Ah, Padre mío, no me abandone, todo se lo diré!.. y vomitó la culpa; y el monstruo desapareció al instante.

¡Si es cosa árdua el confesarse sinceramente!

IV. De consiguiente, es necesario aquí más que en otras circunstancias la intervención de María Santísima.

Ella, lo diremos una vez más, es nuestra Madre y Maestra. Las madres de este mundo no pueden ir á arrodillarse á los pies del confesor, en el acto que una hija suya se está confesando; contentanse con prepararla antes; pero la Madre celestial puede llegarse muy bien, y vendrá ciertamente si la invitamos; y nos servirá de Maestra, y cerrará con su pie potente la boca embustera y embrollona de la fea serpiente; y nos bendecirá la lengua para que lo diga todo y nada calle. He aquí lo que benignamente nos dirá:

1.º Hija mía, acuérdate bien; ¡o confesión ó condenación! no hay término medio. Ya sabes que para el que tomó veneno no hay medio: ¡o vomitarlo ó morir! Para salvarte tienes necesidad de buenas obras; pero *initium operum bonorum con-*

sessio est operum malorum (San Agustín). Si tu quieres de veras resucitar del sepulcro de tus pecados, es necesario que te presentes al confesor como el difunto Lázaro, ya hediouido, mostrándole todas tus llagas desde la primera hasta la última. Solo entonces dirá Jesús al confesor: *Solvite eum et sinite abire* (Joan. 11, 44). Desátala y déjala caminar. Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad según su promesa: (1 Joan. 10).

2.º *Ten fe*.—La confesión es un baño del alma en la Sangre de Jesucristo. Cuando te confiesas, imagínate que estás bajo la Cruz allá en el Calvario, y que á cada pecado que acusas, cae una gota de Sangre Divina para borrarlo luego y embellecerte el alma.—*Confessio et pulchritudo in conspectu eius* (Ps. 110, 3). El confesor representa á Dios: es Médico, Maestro y Padre: *Confiteor et tibi, Pater*. Su oído es como la herida del Santísimo Corazón de Jesús, donde tu depones los pecados; y de ellos ya no se acuerda más. Es como una estatua con un triple sello en la boca: el natural, el eclesiástico y el divino. Él es hombre, y como tal, sujeto á mil enfermedades, susceptible de caer en cualquier desgracia, si Dios lo deja de la mano. Está obligado, por este motivo, á compadecerte. Y callará como una estatua puesto que tres sellos cierran sus labios: el sello natural, el divino y el eclesiástico. Él no debe ni pensar en cuanto tu le confiaste en confesión. Jesús permitió que Judas le hiciera traición, que Pedro le

negara, que no pocos sacerdotes se volvieran locos, herejes, escandalosos, mas nunca permitió que un confesor rompiera el sigillo sacramental de la confesión.

3.º *Ten amor*.—Cuando hay verdadero amor en un corazón, se quisiera publicar á son de trompeta los pecados propios, para que no sólo el confesor, sino tambien todo el mundo los sepa. Así hicieron los amantes penitentes: David, Agustín, María Magdalena, Margarita de Cortona, la Venerable Sor María Foruari, y tantos otros santos.

Saúl, al contrario, que estaba lleno de amor propio, aun cuando no podía negar su pecado de desobediencia, pretendía, sin embargo, que Samuel le honrase y le diese fama de santo ante el pueblo: *Peccavi; sed nunc honora me coram senioribus populi mei et coram Israel et revertere mecum*. «Yo he pecado; mas, ruégote que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo, y en presencia de Israel, y te vuelvas conmigo.» (1 Reg. 15, 30).

4.º No te dejes engañar del demonio. Es él, lobo feroz que aferra las ovejas por el cuello, á fin de que no puedan pedir auxilio al Pastor; es como el cóndor rapaz, que cayendo sobre un corderillo, le arranca, luego, la lengua para que no pueda balar y pedir auxilio. Quiere ahogarte en las negras aguas de la vergüenza, para hundirte en seguida en las terribilísimas hondas del fuego eterno.

Es el padre de la mentira que te quiere conducir por una vía que te hace creer recta; pero

que va á terminar en el infierno: *est via quae videtur homini recta, novissima autem eius ducunt ad mortem (Prov. 14, 12)*: un camino hay, que al hombre le parece un camino real, y no obstante, le conduce á la muerte.*

5.º Recuerda bien que los pecados nunca están tan bien cubiertos como cuando están descubiertos en la Confesión: *Numquam magis tecta peccata quam cum in confessione detecta (San Agustín)*. Si tú callas ahora, el demonio hablará en el divino tribunal, y, sacando á luz el tremendo *liber scriptus in quo totum continetur*, leerá uno por uno cada pecado tuyo, callado por vergüenza. *Diabolus stabit, et recitabit*. Pero si tú hablas ahora bien claro, se verá él, entonces, obligado á callar. Arrebátale, pues ahora, con la confesión la arenga que querrá hacer él entonces en contra de tí; *arripe initium sermonis. (San Agustín)*. Cada pecado que saques del corazón y de la boca, lo arrojas en sus fauces, de modo que no pueda ya hablar. Si tú confesándote cierras tu boca, el infierno abrirá la suya para tragarte al paso que el Cielo cerrará la propia; *et clausa est janua*. Jesús en este sacramento te lanza desde el Cielo una cuerda para que salgas del profundo abismo... ¡Ay de tí, si con esta cuerda te haces un dogal á tu garganta, que ahora te ahoga la palabra, y mañana te ahogará en el fuego eterno!

Sólo con la condición de que lo digas todo, tendrás la conciencia tranquila, la cual es como un perenne banquete: *secura mens quasi iuge convivium. (Prov. 15, 15)*.

Mas si él te dice que ciertos pecados son bagatelas y que no es necesario confesarlos, respóndele luego: «Precisamente, porque son bagatelas, no me será difícil confesarlos.—Pero nó, añade él, el confesor te dará una reprensión.— ¡Ah, luego no son éstas, bagatelas tan solo. Luego, yo hablaré claro, mal que te pese!»

Escarmienta en cabeza de David: «Porque callé, él exclama, se envejecieron mis huesos, hallé abatidas todas mis fuerzas, mientras que clamaba y bramaba todo el día, pero sin recurrir al remedio por la raíz. Porque día y noche se agravó sobre mí tu mano, ¡oh Señor! me volví en mi miseria, mientras se clavaba la espina del remordimiento. Finalmente, hice manifiesto mi pecado á Nathán tu profeta, y no tuve escondida mi injusticia, dije: Confesaré contra mí al Señor mi injusticia: y tu perdonaste la impiedad de mi pecado. (*Salmo 21*).

Y continuando esta óptima Maestra su catecismo, te dirá todavía.

6.º Acúsate siempre con toda sinceridad y candor; y acusa tan solo tus pecados, no los ajenos, si no quieres que el confesor te dé una grave penitencia también por éstos últimos. *Esto tui accusator, ut Deus sit tibi ignitor. (San Agustín)*. ¡Cuidado con las excusas; echando la culpa á otros ó á tu natural carácter! Adán y Eva, que se excusaron, tuvieron 900 y más años de penitencia, además de los 3000 y tantos años de Limbo.—*Confiteor quia peccavi nimis, etc. Ego peccavi!* Oye lo que te dice aún San Agustín: *Si*

tu te excusas, Deus te accusat; si te accusas, Deus te excusat.

7.º Si has pecado con obras, no basta acusarte de pensamientos; y si con los pensamientos hubo deseos advertidos y consentidos, debes manifestarlos, acusando también su especie.

8.º En la duda de si has cometido ó no un pecado; si lo has confesado ó no; si advertidamente has consentido en tal tentación ó no; si la cosa es grave ó lijera, propón siempre la cuestión al confesor; tanto más si no has sido hasta ahora de conciencia delicada; porque el amor propio te hace propender á juzgar temerariamente en tu favor, atenuando las culpas, y eximiéndote malamente de la obligación.—En el caso, empero, que tu confesor te haya asegurado que, por la gracia de Dios, eres de timorata conciencia, no hay para tí obligación de confesarte hasta que *no estés cierta* de haber pecado mortalmente ó de no haberlos confesado; y esto tanto más si fueses tan escrupulosa que veas pecado en todo; el confesor debe entonces, especialmente tratándose de materias lúbricas, prohibirte de confesarte de ellas, y tú estás obligada á obedecerle.

Y es tan cierto esto, que, si *considerándolo como tal*, confesamos un pecado dudoso, ó como venial, y más tarde hallamos que era ciertamente mortal, no hay obligación de confesarlo de nuevo; y que con estas dudas, cuando nacen de pura ignorancia, puede una persona *temerosa de Dios*, recibir la Santa Comunión sin confesarse antes; y, finalmente, que si al Confesor no se le presenta otra materia más que ésta, no es suficiente para

recibir la absolución, sino que se debe confesar algún pecado cierto, mortal ó venial, confesado ó no confesado, si una quiere ser absuelta. (*Bucceroni n.º 674*).

9.º Cuando el confesor pregunta si se ha cometido tal ó cual pecado, refiriéndose á *los que al presente debemos confesar*, podemos contestar negativamente si el pecado de que se pregunta lo hemos ya ciertamente confesado. Pero si la pregunta es dirigida á saber el estado actual de nuestra alma; ex. gr. si hace tiempo que tenemos el tal vicio, tal ó cual obligación, ú otra circunstancia necesaria para que el confesor decida con prudencia, ó dé los remedios necesarios, entonces, es obligación responder con sinceridad.

De aquí se deduce que en caso de tener que cambiar de confesor, no es necesario hacer una confesión general, sino que basta solamente darle las noticias que creamos útiles para que no se equivoque en la dirección, del mismo modo que, tratándose de la salud, se hace con un médico que aun no nos conoce.

10.º «Confiesa todas las circunstancias que cambian la especie, ó añaden otra (*addentes speciem*) ó que cambian el pecado venial en mortal. Esto es de precepto; por ejemplo: el voto, la rapiña, la costumbre, las faltas de caridad con los propios padres y parientes próximos, con los superiores, cometer un escándalo en la Iglesia, maltratar á una persona sagrada, etc.

Es bueno también, aún cuando no haya obligación, á menos que el confesor no interrogue,

confesar las circunstancias que agravan la malicia; porque tratándose de nuestra alma, *melius est abundare quam deficere*. Entre la tierra y el cielo hay un abismo que traspasar; y cuando á uno le toca saltar una fosa profunda, pega un fuerte brinco para saltar no sólo sobre el borde opuesto, sino un poco más allá, y así estar seguro de no caer en el precipicio.

Pero ciertas circunstancias que no cambian la especie del pecado, y que no aumentan notablemente la malicia, y que por otra parte causan á veces más vergüenza que el pecado mismo, y son causa de que muchos, callándolas *en falsa conciencia*, se confiesen mal, *no hay obligación de acusarlas*.

11.º Es necesario confesar también las raíces de los pecados, porque á menudo se equivoca uno de medio á medio, y el confesor no entiende bien si el pecado es venial ó mortal, si en una acción se ha insultado una sola virtud ó varias. Decir, por ejemplo: he faltado un poco á la caridad con una hermana, mientras se la trató muy duramente por una nonada, y movida por la envidia, (por ejemplo: porque la alabaron) es una acusación bien mísera y deficiente. Arránquense las raíces: en el caso antedicho, además de la raíz de la impaciencia, hay ira, soberbia y envidia.

Acusarse, por ejemplo: de haber faltado un poco contra la pobreza, mientras se ha hecho un regalo, ex. gr.: de un libro de la casa á una *benjamina*, no es suficiente acusación. Arránquense de cuajo las raíces; manifiéstese, además de la

desobediencia, el robo calificado, la simpatía, la amistad particular, etc.

Confesarse de haber faltado un poco contra la santa modestia, encierra á veces un enredo de pecados; miradas, ósculos, deseos malos, escándalos y otros puntos muy negros en el horizonte de nuestra pobre alma. ¡Pobres confesiones! ¡Debieran llamarse éstas más bien *confusiones*!

12.º ¡Ah, continúa diciendo la Virgen Santa: *Filia mea, non confundaris dicere verum; est enim confusio adducens peccatum et est confusio adducens gloriam et gratiam*. Hija mía, no te avergüences de decir la verdad, cuando se trata de tu alma, porque hay vergüenza que conduce al pecado y hay también vergüenza que acarrea la gloria y la gracia de Dios. (*Eccle. 4, 24 y 25*).

Y San Agustín añade, que es mejor padecer esa breve amargura en las famas al proferir las culpas, que las interminables penas del infierno, que se encarnizarán en las mismas entrañas: *melior est mollita amaritudo in faucibus quam aeternus cruciatus in visceribus*. (*Lib. de decem chor.*)

¡Cueste lo que costare, es necesario salvar esta alma! Aquella mujer de quien nos habla San Marcos (*Cap. V*), que desde hacía doce años tenía flujo de sangre y había inútilmente gastado todo su patrimonio para curarse, había oído hablar de Jesús; se le acercó entre la multitud por detrás, *et tetigit vestimenta eius*: le tocó la orla del vestido.—¿Quién me ha tocado? dijo luego Jesús volviéndose atrás. Entonces la pobrecita llena de

temor y temblor *timens et tremens, venit et pro-*
cidit ante Eum et dixit ei omnem veritatem.
(*Ibid.*) Se le hechó á los pies y le manifestó todo
claramente con relación á su mal tan humillante,
y no se cuidó de la pública confusión.

Haz tu también así, oh hija mía, y sólo enton-
ces podrás oír las consoladoras palabras:—*Confide,*
filia, fides tua te salvam fecit (Ibid.); tu fe en
el Sacramento de la confesión te ha salvado. Hija
mía, imita al perrito herido, que se lame con la
propia lengua y se cura: en tu lengua está la vi-
da y la muerte; si la sacas fuera y hablas, vivi-
rás; si callas morirás. Por tus palabras serás
justificada, y por tus palabras serás condenada.
(*Matt. 12, 37*). Imita al gusano de seda, que
después de haberse imprudentemente encerrado en
el capullo, ó sepulcro, que él mismo se fabricó
con tantos hilos sacados de sus propias entrañas,
finalmente se abre un paso con su misma boca y
sale de allí, no ya en humilde y hasta hediondo
gusanillo, sino hecho una bellísima mariposa. Lo
mismo acontecerá á tu alma, si ella tiene valor de
abrirse sincera y dolorosamente en la confesión!

¡Pobre pecadora! tienes la espina en el cora-
zón y tan profunda que te causa gangrena, y ¿no
quieres sacarla? Ven á mis brazos, pues soy tu
Madre y sabré sacártela dulcemente, sin que ni
siquiera lo sientas.

Cuanto mayor fuere el esfuerzo que debas ha-
cer para superar y aplastar esa serpiente de la
soberbia, que se retuerce en tu corazón, tanto
más grande será el consuelo que experimentarás,

librándote de las mordeduras de la conciencia,
que hasta ahora no te ha dado paz, ni nunca te la
dará, si tu no te confiesas como debes; librándote
además de la espantosa confusión, que te espera
en el día del juicio y en el terribleísimo fuego del
infierno. ¡Ea, valor! Imita á Aleyde, la pecadora
convertida, á quién, mientras se iba á confesar,
le salió al encuentro el demonio y le dijo:—¿A dón-
de vas, Aleyde?—A confundirme á mí y á ti, con-
testó la penitente. ¡Por caridad, no prestes oído
al enemigo, que te dice, de esperar á confesarte el
último día de tu vida! Las doncellas que se debían
presentar al rey Asuero, comenzaban á pulirse y
asearse un año antes, según dice la Sagrada Es-
critura. Y para disponerse á comparecer ante el
Tribunal de Dios, ¿será demasiado el limpiarse
bien toda la vida? ¿Cómo podrá bastar el último
día para medicinar el cuerpo, testar, desvalijar la
conciencia, recibir los Sacramentos, etc. ¡Ah, es
mucho negocio éste para un solo día!.. ¡Y quizás
no tendrás ni una hora, pues morirás, como á tan-
tos sucede, en un abrir y cerrar de ojos!.. Escu-
cha los justos clamores del Divino Esposo que te
dice:—Abreme, hermana mía, *aperi mihi, soror*
mea. (Cant. 5, 2). Abreme, con abertura de una
confesión dolorosa, siquiera como el foramen de
una aguja; y yo te abriré las anchas puertas de
mi misericordia: *et ego aperiam tibi aperturas*
miserericordiae. (Gloss. Hebr. Libr. 8, cap. 8).

V. Quien se confiesa con María Santísima, ob-
tendrá, ciertamente, la victoria.

Cuando la Cananea ó Sirofenisa, que tenía á su pobre hija hecha presa del demonio, se presentó á Jesús para obtener la gracia, aunque rechazada, volvió tantas veces basta poder oír de la boca del Divino Redentor esas consoladoras palabras: *O mulier, magna est fides tua; fiat tibi sicut vis. (Matt. 15, 28).* ¡Oh mujer, grande es tu fe: hágase conforme tú lo deseas! Y en aquella hora misma, su hija quedó curada. ¿Será posible que María Santísima tenga menos poder sobre el Corazón de Jesús que esa pobre Cananea? Yo tengo para mí que si alguno tuviera no uno sino mil demonios en el corazón, todos saldrían como por encanto en la Confesión, si eu ésta acude á María Santísima, la Omnipotente suplicante. ¡Animo, pues, corre primero á María, y luego arrójate ante el buen Jesús, contempla su Divina Faz, toda escupida y ensangrentada; y dile de corazón:—*¡Oh Jesús mío, que á causa de mis pecados habéis tenido el Divino Rostro todo cubierto de confusión y de sangre,* dadme valor para manifestar á mi confesor toda la faz de mi alma, tal cual es, por envilecida que sea á causa de mis pecados! Haced que cuando nos veamos cara á cara, no tenga yo que avergonzarme por las culpas no confesadas ó no perdonadas! Sí, Jesús, concededme la gracia de prevenir vuestro tremendo juicio, con mis confesiones siempre humildes, dolorosas y sinceras.» —Amen.

María Santísima nos obtendrá, además, la virtud de contrición, que nos acompañe por toda la vida. Debemos imitar al Rey penitente David,

quien, aunque ya hubiese confesado su pecado á Dios y á su profeta Nathán, lo tenía siempre delante de los ojos para llorarlo: *Peccatum meum contra me est semper (Ps. 50) quoniam iniquitatem meam annuntiabo: et cogitabo pro peccato meo. (Ps. 27, 19):* pues, yo publicaré mi iniquidad; y andaré pensativo por mi pecado: es decir, congojoso y angustiado, como quien tiene una espina, como dicen, clavada en el corazón».

Los que después de confesar sus pecados, se prometen seguridad, desechando el pensamiento de la satisfacción y penitencia y el temor continuo que debemos tener del pecado, aunque esté perdonado, (*Eccle. 5, 5*), no saben lo que hacen: pues, aunque pecó David sólo una vez, pensó siempre en dar satisfacción á Dios. (*San Agustín*).

Bienaventurados los que lloran amargamente sus pecados, y los de los otros, porque ellos serán consolados en este mundo y en la gloria eterna: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (Matt. 5, 6).* ¡Dichosos los que, guiados de la mano de María, pasan sobre el puente seguro de la Confesión, que comunica la tierra con el Cielo!

CONFERENCIA XXX

LA SANTA PERSEVERANCIA

*Qui perseveraverit usque in finem
hic salvus erit.*

*El que perseverare hasta el fin
se salvará.*

(Matt. 10, 22).

Os quiero decir, desde luego, que esta Conferencia emperazá con una página tristísima, pero terminará con otra muy consoladora.

Debo hablaros *de la perseverancia* en esa cara vocación, á que habéis sido llamadas por Dios, por un rasgo exquisito de su especial bondad y misericordia; de esa perseverancia, que es definida por San Bernardo: vigor de las fuerzas, conservación de las virtudes, madre del mérito, medianera para obtener el premio, hermana de la paciencia, hija de la constancia, amiga de la paz, vínculo de la unanimidad y propugnáculo de la Santidad (*Epistolae*, 253).

Debo deciros, en nombre de vuestro Divino Esposo, Jesús, quien día y noche se digna acompañaros por el áspero desierto de esta vida, las palabras que van á continuación:

«Hubo un día feliz en que vosotras oísteis mi Divina Voz, susurraros al oído:—Salid de los peligros del mundo: *exite de medio eorum*, y apartaos, y no toquéis lo que es inmundo; y yo os recibiré:

et ego recipiam vos, y os seré Padre, y vosotras me seréis en lugar de hijas; *et ero vobis in Patrem, et vos eritis mihi... in filias*. (II ad. Corinth. 6, 17, 18).

«Y habéis venido á habitar mi casa, donde fluye la leche y la miel del amor santo; y de donde se va al Cielo como por encanto.

«¿Y ahora? ¿Habrá por desgracia algunas, que se vuelvan atrás, suspirando por las cebollas de Egipto? ¡Ah! quedáos aquí y velad conmigo: *sustinete hic et vigilate mecum*. (Matt. 26, 28). Si yo me quedo, ¿por qué también no lo podréis vosotras? ¡Ah, por caridad! Que no debáis exclamar algún día desesperadas:—«Han caído de nuestras cabezas las coronas ó guirnaldas; ay de nosotras que hemos pecado: *Cecidit corona capitis nostri; vae nobis quia peccavimus*» (Jerem. 5, 10).

Escuchad, oh buenas hermanas, la palabra amiga y severa á un tiempo, de este amantísimo Esposo, que os dice al oído, de cuando en cuando: «Cumple lo que me has prometido, porque me desagrada la promesa infiel y necia». «Mucho mejor es no hacer voto, que después del voto no cumplir lo prometido, *quodcumque voveris redde... si quid novisti Deo ne moreris reddere, displicet enim ei infidelis et stulta promissio. Multo-que melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere*. (Eccles 5, 3, 4)». Mira que vengo luego; mantén lo que tienes de bueno en tu alma, no sea que otra se lleve tu corona: *Ecce venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*. (Apoc. 3, 11). Sé fiel hasta la muer-

te, y te daré la corona de la vida eterna: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae.* (Apoc. 2, 6). Es cierto que deberás llevar tu cruz, pero ¡feliz de tí, si la llevares hasta la muerte!—porque está escrito: «Después que el hombre fuere así probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le amau: *Quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se.* (Jacob. 1, 12).

El premio eterno se promete á los principiantes, mas se dará sólo á los perseverantes: *incipientibus praemium promittitur; perseverantibus datur.*

«La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra: *Militia vita hominis super terram.* (Jacob. 7, 1).

«*Al que venciere* darle yo á comer un maná recóndito, y le daré una piedrecita blanca (esto es, sentencia favorable, ó una señal de la victoria) y en la piedrecita un nombre nuevo (el nombre del Salvador su Esposo). (Apoc. 2, 17).

«*El que venciere* será igualmente vestido de ropas blancas; y no borraré su nombre del Libro de la Vida, antes bien le celebraré delante de mi Padre y delante de sus ángeles. (Ibid. 3, 5).

«*Al que venciere* yo le daré á comer del árbol de la Vida, que está en medio del Paraíso de mi Dios. (Ibi. 2, 7).

«*Al que venciere* yo le haré columna en el Templo de mi Dios, de donde no saldrá jamás fuera; y escribiré sobre él, el nombre de mi Dios... y el nombre mío nuevo. (Ibid. 3, 12).

«*Al que venciere* le haré sentar conmigo en mi trono: así como yo fui vencedor, y me senté con mi Padre en su trono. (Ibid. 3, 21).

«Y ya no tendrá hambre, ni sed, ni ardor, ó incomodidad alguna, porque el Cordero de Dios... será su Pastor, y lo llevará á fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos». (Ibid. 21, 4).

Al contrario: ¡ay de aquellos que después de haber comenzado bien, se cansan, le dejan, abandonando los caminos rectos y se van por sendas torcidas: *Vae his qui perdiderunt sustinentiam et qui dereliquerunt vias rectas et dixerunt in vias pravas.* (Eccle. 2 16).

II. Aún cuando sólo rarísimas veces el gavilán infernal haya podido penetrar en el celestial Palomar de María Santísima, no obstante, logró clavar, desgraciadamente, sus tremendas garras en alguna incauta palomita, y llevársela lejos, muy lejos, para hacer de ella un completo destrozo.

Vuestro Padre, el Venerable Don Bosco, llamaba simplemente *garrafal despropósito* ese retorno fatal desde la religión al mundo. San Alfonso de Ligorio, cuando, con mano trémula, firmaba alguna dispensa de los votos religiosos, decía llorando: «¡Ay de mí! ¡He firmado un pasaporte para el inferno!»

III. Pero, aún cuando aquellas rarísimas ovejas locas que abandonaron por culpa propia el redil, puedan todavía salvarse, hablando de un modo ab-

soluta, (como lo esperamos y de gran corazón lo pedimos al buen Dios, es cierto, por desgracia, que el Señor suele hacerles pagar muy caro durante la vida el gran despropósito cometido.

También para ellas ha dicho el Espíritu Santo: *Redde Altissimo vota tua; Cumple tus promesas al Altísimo. (Salm. 49, 14)*. También para ellas fue escrita la sentencia: *Sicut avis transmigrans de nido suo, sic... qui dereliquit locum suum. (Prov. 27, 8)*. Como el ave que se pasa de su nido á otra parte; así el que deja su lugar. El ave, que deja su nido, dice Monseñor Scio, lleva expuesta su vida; y del mismo modo se expone á muchos peligros é incomodidades el que por inconstancia abandona su estado y vocación. También para ellas estalló esta terrible amenaza: *Ruina est homini... post vota retractore. (Prov. 20, 25)*. Es la ruina del hombre, el retractarse de los votos que hizo.

IV. Hable ahora la elocuencia de los hechos.

Una de esas desgraciadas, no bien había salido, cuando cayó en las manos de un protestante, y... no digo más... ¡Pobre alma!—Otra que, con salirse, quiso secundar su capricho, fué encontrada por mí allá en Mornese, toda trastornada y con los ojos arrasados en lágrimas.—No hace sino llover, me decía el buen párroco; si continúa así acabará por enloquecerse.

Una tercera tuvo el triste valor de no temer el *sedicente* matrimonio civil...! ¡Ay de mí, qué salto mortal, del desposorio divino al diabólico!

¡Oh, la desgraciadísima entre las desgraciadas!...

Una cuarta anduvo errante por el mundo, y si no quería morirse de hambre, debió presentarse con los mendigos, escudilla en mano, á la puerta de una casa religiosa.

Una quinta, muy desgraciada, por cierto, que, cansada de estar bajo el yngo de la Santa Regla, se escapó, y no tardó en enyugarse con un... satanás, después de algunos meses, fué asesinada por éste, con tres tiros de revólver, en la ciudad de P.....!!!!

Una sexta, pagó cara, y pagará aún su valentía en huirse. Un día me la hallé postrada de hinojos en el locutorio de la casa de Almagro, pálida, macilenta, con una rueda de chiquillos alrededor, también ellos muertos de hambre y de miedo. «¡Ab, Padre! ¡Padre!—exclamaba entre sollozos.—¡Le hubiera hecho yo caso, cuando en la puerta del vecino *ranchito* (primera casa de noviciado en América) suplicándome que no me fuera, me amenazaba con la cólera de Dios, si lo hubiera verificado! ¡Mi marido ahora me quiere asesinar; de cuando en cuando me apunta con el revólver y me dice que quiere acabar conmigo y con estos infelices hijos míos!»

Y todo ésto no era más que el principio de los dolores. Un hermano suyo, que se había portado con los salesianos, del mismo modo que esta infeliz con las Hijas del Venerable Don Bosco, llegando de España á Buenos Aires para ayudarla, después de mil contradicciones cayó muerto al suelo en una de las calles de la ciudad; y ahora la po-

bre *ex-hermana*, continúa llevando una vida miserable, siempre entre el yunque y el martillo, y lo que es peor, con el remordimiento incesante en el corazón.

A propósito de remordimiento, quiero transcribiros algunos pasajes de varias cartas que me dirigió una *ex-religiosa ex-americana*, la cual, después de haber luchado por mucho tiempo con la divina gracia, acabó por vencerla... ¡Fatal victoria!—Oíd, y contened el espanto si podéis:

«¡El pensamiento de la desesperación no me abandona nunca....! ¡rezo poco; estoy sin fe; no sé ya nada! ¡No tengo todavía el cabello blanco, pero me consumen los remordimientos!—Si me pongo á orar, luego me acosan estos remordimientos y me quitan todo pensamiento de esperanza en la misericordia de Dios.... ¡Ah! ¡qué cosa hice por....? ¡Ay! ¡qué he hecho!—Esta es la pregunta que desde hace diez años me hago á mi misma, y no obtengo otra respuesta sino amarga pesadilla. *¡Yo no fui sincera!....* ¿Qué responderé al Señor, á Jesucristo Juez, por haber traicionado mi vocación? ¡Por haber echado mano del arado, y después....! Pero, ¿por qué V. R. no me dió muerte antes de que yo me saliese?»—(Yo, al contrario, la supliqué muchas veces que no abandonase el arca de su salvación).—«¡Yo soy quien di muerte á la pobre Madre Visitadora con el escándalo de mi partida! ¡Ah! ¡Muriese yo al menos de dolor! ¡Pero ahora ya no hay tiempo! mil obstáculos se interponen: ¡no hay ya remedio! El Señor me concedió hasta demasiado tiempo... ¡Diez años!.. ¡Soy

«una pobre desgraciada que no merezco compasión! ¡Hé aquí el pensamiento que continuamente me asalta! Vivo desesperada.... Casi nunca comulgo, ni medito, ni rezo; desobedezco al confesor.... ¡Este modo de vivir me aplasta! pero no tengo fuerza de levantarme. He despreciado la vocación y el Señor me hace probar un infierno anticipado.—¡No pertenezco ya á la Congregación! *¡Pertenezco al demonio que me tiene atada....* !!!!!

¡Oh, hermanas! Cada vez que leáis estas pavorosas líneas, decid eu vuestro corazón:—*¡Oh Jesús, salvad á aquella infeliz!* ¡Ah, socórrela tú, oh María Auxiliadora!

V. ¡Qué diferencia... entre el estado de estas ovejas descarriadas y el vuestro, mis buenas hermanas!

Si vosotras queréis decir la verdad, gozáis un paraíso anticipado, y vuestra muerte será ciertamente un eco de vuestra vida. Una vida santamente alegre, termina siempre con una muerte alegremente santa.

Son ya sesenta y más, vuestras hermanas americanas, quienes, acabando el destierro, partieron para la Patria; y todas nos dejaron fundadas esperanzas de su salvación; y la muerte de no pocas de ellas fué muy consoladora.—Lo mismo podéis decir de las que murieron en Italia, Francia, España y otras partes.

Sor Maria Mazzarello, primera Superiora General, de quien yo pude, durante cerca de tres

años, constatar las virtudes heroicas allá en la inolvidable casa de Mornese, llegado que hubo al extremo de su vida, cantaba alegremente: —«Yo quiero amar á María. Quien ama á María, contento será.» —Después, invitando al canto á las desoladas hermanas que la asistían:—«Cantemos, hermanas, cantemos», decía con enfática voz; y continúa el canto: «Dulce es sufrir, dulce es morir. *Tanto grande é il ben che aspetto che ogni pena mi é diletto*». ¡Qué Madre tan santa habéis tenido, oh afortunadas hermanas!

Sor María Grosso, primera Maestra de Postulantes y después de Novicias en Mornese, á las hermanas que hacían por su salud tan bellas promesas á la Virgen, solía decir: «Y ¿por qué me queréis impedir que vaya al Paraíso? ¿No es aquella nuestra Patria?» Y moría como santa, la que así había vivido.

Sor María Magdalena Martini, que fué la primera visitadora de América, sabiendo que estaba yo á punto de partir á Turín para visitar á Don Bosco, próxima á la muerte, me hablaba así: «Dígale á Don Bosco, cuánto gocé, yo en este instante: déle por mí las gracias por haberme aceptado entre sus Hijas. El me escribió una vez que en punto de muerte estaría muy contenta de haber abandonado el mundo; y fué verdadero profeta.—¡Oh, Don Bosco, en el Cielo sí que te agradeceré la gran caridad que me has hecho!—En seguida me decía:—Cuando hable á las hermanas, dígalas en mi nombre, que sólo en el momento de morir se sabe apreciar lo que vale, la gracia de la vo-

cación religiosa. ¡Que perseveren todas! ¡Que ninguna retroceda, por caridad!

Sor Virginia Magone, allá en la Villa Colón, cercana á la muerte, tegia alegremente una corona de lirios, que se debía poner sobre su féretro.

Sor Lucrecia Becchio, llegada á la extrema agonía, como ya en otra ocasión lo he narrado, quería cantar, pero deseaba que la acompañaran las Hermanas y el Director Don Lemoyne, que la asistía. Fué al instante complacida. Se dá principio á la favorita alabanza de Sor Lucrecia: *Llamando á María*, etc., y poco á poco se llega á la última estrofa. Todos cantan, moribunda y asistentes, pero llegando al último verso: *Morir con María....*, la voz de Sor Lucrecia ya no se oye....; mirau....; Sor Lucrecia expiraba en aquel momento, é iba á terminar el dulcísimo canto en el Paraíso, acompañada, no ya por voces terrenas, sino de los ángeles y de su misma Madre María á quien ella tanto amaba.

Sor Luisa Vallese, agouizaba en San Isidro (Buenos Aires); oyendo cantar á las niñas en la Iglesia las Letanías, se les asocia en el canto, y muere, alabando ella también á María.

Sor Matilde Barilatti, mientras las alumnas de Almagro cantan el *Venid y vamos todos* del mes mariano, vé ciertamente alguna cosa extraordinaria, tal vez á la misma Virgen. Había muchas hermanas presentes; Sor Matilde incorporándose entonces en el lecho y extendiendo los brazos hacia el objeto de su amor, repetía con dulcísimo

acento: «¡Ah, ven! ¡ven, ven!—En seguida dejaba caer los brazos y expiraba el alma inocente.

Sor Elvira Busnelli, también en Almagro, estaba postrada sobre el lecho del dolor, sin saber donde reclinar un instante la cabeza, ni de día ni de noche. A la hermana enfermera que la interrogó:—*Sor Elvira*, ¿qué está haciendo?—Estoy bordando mi vestido nupcial, respondió, porque dentro de breve tiempo debo presentarme á mi Jesús.—Y ciertamente iba recamando con piedras preciosas su vestido. Ella no exhalaba nunca el más leve lamento; parecía antes bien que sufriera con placer. Una mañana finalmente, muy temprano, la vieron hacer un ademán como si depusiese algún objeto que tenía entre las manos, y—¡Hé aquí, dijo, mi hermoso vestido está concluido!—Inmediatamente se le llevó por última vez el Santo Viático.—Lo recibió, dió gracias y partió acto continuo para la Patria celestial.—También me tocó á mí la fortuna de asistir á la muerte de esta feliz Esposa del Señor.

Sor Feroglio, poco antes de expirar, pidió á las Madres, que por favor la acostasen en el suelo, á fin de poder de algún modo imitar á San Luis Gonzaga.

Sor Verónica Licca, que siempre había temido se desesperaría en el punto de la muerte, fué vista por el contrario, estrechar entre sus brazos la imagen de la Virgen Dolorosa, invocar su auxilio y morir con la sonrisa en los labios.

Sor Dominga Roletti, quien había sido por largos años la alegría de la casa de Almagro,

no se reputaba digna de recibir el Santo Viático: ¡tan arraigada estaba la santa humildad en ella! Pero el buen Jesús quiso consolarla y ensalzarla al mismo tiempo.—La muerte de *Sor Roletti* fué la de los santos, y su tumba fué bañada por muchas lágrimas de verdadero afecto y reconocimiento.

Sor Catalina Damonte,—un ángel en carne humana, después de haber sufrido con la paciencia de Job la amputación de una pierna, desafiaba la muerte con inalterable alegría.

Sor Angelica Garzonio, otro ángel de pureza y sencillez, no cesaba de suspirar por su Jesús en el Sacramento, y tuvo por esta causa una envidiable muerte.

Sor Catalina Tormey, que no sabía cómo hacer para resignarse á morir en la flor de su juventud, cambia en un instante de aspecto; no habla ya sino de su próxima muerte, y suspirando por tener luego á Jesús por Viático, que la acompañase en el gran viaje:—¡quiero á Jesús, decía, porque quiero ir al Paraíso!—Y Jesús la complació, y se la llevaba poco después al Reino Celestial.

Sor Magdalena Gatti, había sido siempre fervorosa amante de Jesús y de María; no obstante, le ponía en aprehensión el pensamiento de su cercana muerte. Pero, un hermoso día cambió la escena, y se vió á esta feliz hermana mirar con ojos centelleantes hacia los pies de la cama, y exclamar al mismo tiempo:—¡Oh María! ¿Soy yo esposa de Jesús? ¿Soy vuestra Hija?... ¡Oh, jamás habría osado llamarme hija vuestra y Esposa de Jesús! temía ser indigna de ello. ¡Gracias, María, gracias!

¡Oh, qué alegría! María me ha dicho que soy su hija; que soy también Esposa de Jesús, y que me espera en el Paraíso.... ¡Oh, ahora ya no tengo miedo!

Después de esta conmovedora escena, Sor Magdalena no hablaba sino del Paraíso; daba gracias á Dios por haberla hecho cristiana é Hija de María Auxiliadora, y, á las hermanas, que derritiéndose en llanto la asistían, repetía á cada rato con énfasis: «¡Decid á mis parientes, decid á todos que muero como Hija de María y Esposa de Jesús!»

Sor *María Bisso*, Directora de la casa de Morón (Argentina), pocas horas antes que el Cielo nos la arrebatase, llamando á sí todas las hermanas, y dándoles los últimos recuerdos de perseverancia, con el ademán y semblante bañados de alegría, se despedía diciendo: «¡Os espero á todas en el Paraíso!»

Sor *Luisa Arecco*, la cantora de las alazanzas marianas, que solía contemplar la muerte con favor, acercándose la última hora, se cantó para sí misma el *Recordare Jesu pie*, y después expiró dulcemente.

Sor *Olimpia Martini*, hermana de la Madre María Magdalena, obtuvo que el Venerable Don Bosco mismo la visitase en su última enfermedad. —¿Quieres, le dijo el buen Padre, una bendición *curante*, ó más bien una que te haga ir pronto al Paraíso?—Escojo esta última, respondió Sor Olimpia, quiero ir al Cielo.

Sor *Teresa Miglietta*, resignada hasta el heroísmo, expiraba su alma exclamando: *Breve es el padecer—eterno el gozar!*

Sor *Rosa Benelli* tuvo tal consuelo en sus últimos momentos, que le hizo pregustar las alegrías del Paraíso, y á sus hermanas que la asistían en la agonía dijo: «Conservad la conciencia tranquila, confesándoos cada vez como si fuera la última de vuestra vida».

Sor *Catalina Nasi*, la amante del silencio y de la unión con Dios, virtudes que en vida le habían acarreado una calma y tranquilidad de espíritu envidiables, al morir decía á una hermana: «Ten el corazón desapegado de todo lo que no te lleva á Dios, y estarás contenta en vida; y tu muerte será muy dulce».

Sor *Ana Brunetti*, poco antes de morir, toda gozosa, quiso cantar una estrofa de la alabanza *Load á María, la Reina del Cielo*.

Sor *Juana Costa*, bajo los crueles instrumentos de una dolorosísima operación, decía á los cirujanos: «¡No tengan ustedes miedo, corten sin cuidado; así me mandan más pronto al Paraíso.»—Y en realidad expiraba pocos momentos después esta alma bella, después de haber sufrido dolores atrozísimos con heroica resignación.

Sor *María Molino*, que había sido siempre observante de la Santa Regla y propuesta á las hermanas cual modelo, fué vista antes de morir, alzarse, y quedar como suspensa en el lecho, y teniendo los ojos fijos, exclamar: «¡Voy, María, voy!»—Y extendía los brazos como para estrechar á una persona que le estuviese presente; después, con grande esfuerzo, tomaba una campanilla que tenía sobre la mesa y tocaba... tocaba. Corrieron la Su-

periora y el confesor... Pero, mientras éste le recitaba las preces de los agonizantes, Sor María repetía el dulce espectáculo de antes; caía sobre la almohada, y expiraba su alma en el Seno de Dios.

Sor Angelina Garbagna, en los últimos días de su vida, sentía tanta alegría de morir religiosa, que siempre desprendía de sus labios una dulce sonrisa.—También ella, antes de expirar, tuvo alguna visión celeste, porque fué hallada con un continente extático.

Sor Ana Testa, no acababa de dar gracias á Dios y á sus superiores, porque le habían admitido á los votos perpétuos. Interrogada por si tuviese algo que le diera pena:—«Tengo una gran pena, respondió, cabalmente por encontrarme demasiado tranquila ahora que debo presentarme dentro de poco al Tribunal de Dios».

Sor Carolina Grillone, flor de Paraíso, á quien no merecía poseer la tierra, así hablaba á Jesús antes de morir:—«Te ofrezco mis penas, mi vida, oh buen Jesús, por el bien de la Congregación.—Te ofrezco el sacrificio de tener que abandonar tan pronto á mi Superiora y á mis hermanas. ¡Oh! Haz que yo las pueda volver á ver en el Cielo. ¡Hágase tu santísima voluntad!»

Sor Asunción Gaino, la ingénuo pastorcilla de la casa de Mornese, fué la personificación de todas las virtudes religiosas, especialmente de la humildad, de la obediencia y del amor al Santísimo Sacramento, que resaltaron en ella de un modo admirable. Yo, que dirigí su espíritu por tres años,

creo que en Sor Asunción tenemos una protectora eficaz en el Cielo.—Un día, mientras ella estaba para salir de la Iglesia, al sonido de la campanilla que la llamaba á otro lugar vió en la Hostia al Niño Celestial, que con amable sonrisa la invitaba á pedirle gracias. Esto lo confió ella misma á la Reverenda Madre Vicaria, Sor Enriqueta Sorbone, en los últimos días de su vida; añadiendo que fué tanta la violencia que debió hacerse en dejarlo, que apenas salida de la Iglesia se ahogaba en llanto. Poco antes de morir, Sor Asunción pidió recostarse sobre un poco de paja, pero, no habiéndoselo concedido, se resignó, y al poco rato iba á reposar en el regazo de su Celestial Esposo.

Sor Catarina Raglia, hablaba del Paraíso, de Jesús y de María, como si ya los poseyera, y murió bendiciendo al Señor, que la había llamado del siglo á la religión, y consolando á sus mismos parientes con el pensamiento de que se verían un día en el Paraíso, sin separarse jamás.

Sor Matilde Gervasio, dos meses antes de morir, llamando á su padre para darle el último adiós, le habló de esta modo:—«Como usted ve, papá, estoy aún en buen estado de salud; pero lo he hecho llamar ahora, para no hacerlo cuando esté muy mal; y eso, para evitarle una grande pena, y para no ser estorbada en los últimos días de mi vida, cuando deba ocuparme más seriamente de mi alma y prepararme para el gran paso».

Sor Emilia Piana, después de una vida de heroicos sacrificios sostenidos por defender su vo-

cación, pudo al morir pronunciar estas palabras:—
¡Muero resignada, tranquila y contenta!

Sor Josefina Roccati, hizo de buena gana el sacrificio de su vida con el fin de obtener de Dios que prolongase la de Don Bosco, bendijese á los Superiores y á las obras de la Congregación, como también para que no enviase á ninguna de sus hermanas una enfermedad tan penosa y hnmillante como la que se la llevaba á ella al sepulcro.

Sor Teresa Tricerri, en los últimos momentos de su vida, no pudiendo hablar ya, para hacerla sonreír bastaba hablarle de la Virgen Santísima. Y aun más, antes de morir se le vió el rostro tan alegre y rebosando de júbilo, que hacía sorprechar no la hubiese la Divina Madre regalado con una preciosísima visita.

Sor Ermelina Marchetti, recreaba el espíritu de quien se acercaba á su lecho de dolor. Siempre se le veía contenta. Agonizaga y sonreía á la vez. Su muerte fué la de los santos.

Sor Rosa Calvo, fué visitada en su última enfermedad por su octogenario padre, quien, recordando haberla contrariado en su vocación religiosa, le pedía perdón de ello, con las lágrimas en los ojos. Sor Rosa le aseguraba que le saldría al encuentro en la puerta del Paraíso; y ese buen padre se despidió de su hija exclamando: «¡Ahora moriré contento!»

Sor Angelina Rossi, antes de expirar su bella alma, levantado los brazos, exclamaba en alta voz: «¡Señor, ven luego á llevarme... ¿Cuándo iré al Paraíso?... ¡María, Madre mía, llévame pronto al Paraíso contigo!

Sor Rosa Vespignani, modelo de candor y de sencillez, que con su inalterable paciencia, en el colmo de sus dolores, contribuyó admirablemente á una estrepitosa conversión, aún en el delirio de la fiebre no hablaba más que de Jesús, á quien desde pequeña habíase consagrado todo entera en la Santa Congregación.

Sor María Favero, el Viernes Santo de 1892 moría cantando victoria. Cuando aún era postulante en Mornese, á principios de 1876, la Madre General, Sor María Mazzarello me la condujo á la sala de la dirección, y me dijo:—Yo no sé á qué santo recomendar á esta pobre *Favero*: quiere irse hoy mismo. Vea su Reverencia:—*Favero* estaba allí en mi presencia imperturbable con su atado bajo el brazo, sin pronunciar una palabra.

—«Deje usted ese atado, le dije, y antes de dar un paso que pueda serle fatal, venga con nosotros á la Iglesia y diga á Jesús Sacramentado que por caridad la haga tomar la resolución que usted misma querría haber tomado cuando estuviera en punto de muerte.

Entramos los tres en la Iglesia y después de cinco minutos *Favero* rompiendo en copioso llanto. —¡Me quedo! ¡me quedo! Jesús mío, quiero perseverar hasta la muerte.—Y así lo hizo en verdad. Su vida fue un tejido de las más bellas virtudes. Cada vez que se encontraba conmigo ó me escribía alguna carta, me agradecía calurosamente por haberle hecho deponer aquel malhadado atado y haberla conducido á oír la voz de Jesús que la quiso escoger para su afortunada Esposa.

Sor Micaela Vázquez, un ángel en carne humana, que fué por muchos años mi penitente en Almagro (Buenos Aires) así me escribía de Mendoza desde el lecho de su última enfermedad:— «Le pido por caridad, Padre mío, que, del mismo modo que me ha sacado del infierno del mundo, no me deje en el Purgatorio después de mi muerte.»—Ahora bien, encontrándose ya en agonía, fué oída exclamar: ¡*María, María!* con tal expresión é insistencia, que las Hermanas allí presentes temían que ella sostuviese entonces una terrible lucha con el ángel de las tinieblas. Pero he aquí que Sor Micaela, con la más viva emoción se puso á exclamar: ¡Oh qué linda! ¡Oh qué linda! ¡Si vieran que linda! ¡María! ¡María!—¿Qué ves á la Virgen?—le preguntó el confesor que hallábase presente.—Sí, Padre, ¡Qué linda! ¡si viera! ¡ay, y cuántos ángeles!—Y ya no habló más con los míseros mortales, sino que se preparó al gran paso toda absorta en su Dios.

IV. Todos estos hechos y aún otros más, que vosotras sabéis, si los meditáis bien, os convencerán de la verdad, que encierran estas palabras de San Jerónimo: *Morientibus Beata Virgo non tantum succurrit, sed etiam occurrit*: María Santísima no sólo socorre á sus amantes siervos en la hora de la agonía, sino que les va al encuentro personalmente, (*S. Jeron. Epist. ad Eustoq.*), palabras confirmadas por María Santísima misma, cuando dijo á Santa Matilde:—Es preciso que comprendas bien, hija mía, que yo me encuentro siempre presente

eu la hora de la muerte, á los que santamente me han servido y constantemente honrado: *Adsum in morte eorum qui mihi pie servierunt*. En segundo lugar os ayudarán estos ejemplos, á tomar las siguientes resoluciones:

- 1.º Dar gracias cada día al buen Dios, por haber escogido á cada una de vosotras entre tantos millones de jovencitas, para hacerlas sus Esposas.
- 2.º Pedir cada día la santa perseverancia. Dios os dió la gracia de la vocación sin que quizás se la pidiéreis; pero la gracia de la perseverancia en la vocación misma, la dará Él tan sólo á la que se la pidiere con ruegos incesantes. ¡Ah! Ninguna tema pedir antes la muerte que perder voluntariamente la cara vocación.—Pieusa en los juicios de Dios,—dice el Espíritu Santo—y persevera en tu estado, en tu vocación, orando sin cesar á Dios, que te dé su gracia, para vivir en él santamente: *et cognosce... judicium Dei, et sta in sorte propositionis, et orationis Altissimi Dei.* (*Eccle. 17, 24*). San Pablo os dice á cada una: en la vocación, en que fuiste llamada, en ella permanece. (*I. ad. Cor. 7, 20*). Portaos como conviene á la vocación con que habéis sido llamada. (*ad. Ephes. 4, 20, 21*). Imitad á la dichosa Ruth y no á la desgraciada Orpha. Las dos eran nueras de Noemi, las dos habían dejado su patria, Moab, donde reinaba la idolatría, y habían hecho ya largo trecho de camino en dirección á la Tierra Prometida, cuando de repente Orpha échase á llorar, besa á su suegra y vuelve á su pueblo, y á sus dioses: *osculata est socrum... reversa est... ad populum*

suum et ad deos suos (Lib. Ruth. 1, 14) y se perdió. Ruth, al contrario, lloró también, es cierto, pero no se desasó de Noemi: *Ruth adhesit socruí suae*; antes bien protestó que no la abandonaría jamás, y le dijo con el corazón en los labios: Madre mía Noemi, á donde quiera que fueres, iré; y donde morares, yo también moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios: *Populus tuus populus meus, et Deus tuus Deus meus. (Ibid. 16)*. De este modo la felicísima Ruth no sólo se salvó, sino que mereció que N. S. Jesucristo naciera de su misma descendencia.

Recordad el ejemplo que nos narra S. Gregorio (*Homil. 38*) de sus tías Tarsila, Emiliana y Gordiana, tres hermanas vírgenes.

Tarsila después de haber perseverado en su estado de virginidad, oyó la voz de su abuelo San Félix, que le llamaba al Cielo. *¡Veni quia in hac te lucis mansione suscipio!* ¡Ven, que te reciba en esta mansión de luz! Y Tarsila, los ojos fijos en el Cielo, exclamó: —¡Ah, retiraos todos, alejaos que viene Jesús! *Recedite, recedite! Jesus venit;* y expiró su bella alma. Llegada al Cielo, Tarsila llamó á su hermana Emiliana en el día de la Epifanía. Mas Emiliana, le contestó: Si yo voy sola ¿á quién dejo mi pobre Gordiana? *Et si sola venio, Gordianam cui dimitto?* Y Tarsila continuó con triste acento: —¡Ven, Emiliana ven! ¿No ves que Gordiana se olvidó de su consagración virginal, de su honor y pudor y se pasó al mundo? *Veni! Gordiana enim inter laicas deputata est, etc....*; que es como decir, ha tomado el camino de la perdición.

El mismo San Gregorio nos asegura que un pobre religioso el cual, por haber abandonado su vocación, había sido entregado en punto de muerte á un hórrido dragón, fué librado por las preces de sus cohermanos; tornó al Convento, hizo penitencia y mereció ser enumerado entre los elegidos. (*A Lapide in Matt. 22, 14*).

Recordad el ejemplo de la novicia *Virginia Boseo*. Ella había precisamente acabado su noviciado, cuando por un motivo independiente de su voluntad, le fué anunciado que debía inexorablemente volver á aquel mundo que ella con tanto esfuerzo había abandonado. Agobiada de dolor por tal anuncio, se me presentó bañada en lágrimas, suplicándome el permiso de pedir al Señor la muerte, antes que salir de la santa casa de Niza. «Si yo vuelvo al mundo, me decía, ciertamente me condeno». Obtuvo una primera repulsa, pero volvió al día siguiente con tal deseo y esperanza del Paraíso, que me fué forzoso acceder á su demanda. Esto acontecía en Septiembre de 1880 el fin de los Ejercicios Espirituales de Niza; Monferrato.—Pero he aquí que apenas terminados los Ejercicios se oye á una hermana gritar:—¡Yo muero!... ¡Jesús!... ¡José!... ¡María!..—Las hermanas corren inmediatamente... Era Sor Virginia Bosco que expiraba en aquellos momentos.

Fué llamado con toda presteza al lugar, donde encontré á la comunidad presa de la desolación.—¿Quién es ésta? pregunté á las Madres.—Es Sor Virginia Bosco.—¿Virginia Bosco?—Entonces, dije yo, no es ya lícito derramar ni una lágrima.

Sor Virginia, á esta hora, yo espero que esté en el Paraíso.

Les narré el hecho del día anterior y acto continuo sucedió el gozo á la tristeza. La sepultura tuvo mas bien un aire de triunfo, y todos juntos hemos entonado á Dios un himno de agradecimiento.

3.º Estar siempre más contentas y alegres, como os recomendaba Don Bosco. La fea tristeza, causa de tantos despropósitos, es capaz hasta de agotar y hacer morir la celestial planta de la vocación religiosa. ¡Alerta, mis buenas hermanas! Apenas saca la tentación sus cuernos contra la vocación, rechazadla con el mismo ímpetu con que arrojaríais un pensamiento contra la virtud angélica; llamad inmediatamente la santa alegría: ésta será, sin duda, vuestra salvación.

4.º No dejarse seducir de un falso amor hacia los propios padres y parientes. Y si en sus cartas ó visitas, hablan ellos de sus negocios, culpas y penas, ó bien de cosas indiferentes, respondedles siempre con el debido respeto, pero tratad de introducir en vuestra respuesta alguna buena palabra de las cosas del alma. Ellos os traen noticias de las cosas y personas de este mundo, y vosotras dádselas de los personajes y cosas del Cielo. Prometedles que vuestras más fervientes oraciones, que continuamente dirigís á vuestro celestial Esposo, serán para que Él los bendiga en sus negocios, en su familia, en su salud corporal, pero muy especialmente en el alma, para que en el Cielo podáis estar juntos, gozando

eternamente sin temor de separación alguna. Esto sin duda los consolará.

¡Cuidado, empero, con dejaros doblegar, por sus ruegos, caricias, lágrimas y amenazas, á faltar un minuto sólo á vuestra santa vocación!

Dijo ya el Señor por boca de Miqueas, y después lo llegó á confirmar, predicando Él mismo en esta tierra:—Los enemigos del hombre, son los de su familia; *et inimici homini domestici eius.* (*Mich. 7, 6.—Matth. 10, 36*).

Y añade aún más claramente:—«No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz, sino la guerra, pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra...—El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí. *Qui amat patrem aut matrem plus quam me, no est me dignus.* (*Matt. 10, 37*).—Y cuando uno de sus discípulos, le dijo:—Señor, dadme antes licencia de ir á sepultar á mi padre, Jesús, le respondió: Sígueme, y deja que los muertos sepulten á sus muertos. (*Matt, 8, 22*). Es decir, deja que los que en cuanto al alma y á las cosas de Dios son muertos, piensen en dar sepultura á sus parientes y amigos difuntos. Con esto no prohíbe los oficios de piedad y caridad, sino que solamente quiere demostrarnos como ninguna razón ó pretexto no podrá jamás servirnos de excusa, si llamados por Él, no le seguimos sin interponer demora; puesto que la verdadera piedad y caridad consiste en obedecer á Él, por cuyo amor debemos amar todo lo que amamos. (*Martini*).

Y finalmente, cuando uno le interrumpió el sermón que hacía á la muchedumbre, diciéndole: Tu Madre y tus hermanos están ahí fuera, y te buscan, contestó á quien le hablaba: «¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo la mano hacia sus discípulos: «Estos, dijo, son la Madre y los hermanos que tengo.— Porque todo el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, hermana y Madre». (*Matt. 12, 50*).

Ahora bien: el que obedece á la vocación hace la voluntad de Dios. Luego, vosotras, oh hermanas perseverantes, sois muy felices, puesto que venís á ser como parientes espirituales en *primera línea* con Dios mismo. Y así como Dios es un Padre tan bueno que tiene cuidado de vestir hasta las aves del campo, y hasta el último hilo de la hierbecilla de la tierra, así debéis tener como seguro que no dejará nunca Él que falte lo necesario á vosotras, ni á vuestros mismos parientes. Mientras más desprendidas estéis de los vuestros *para servir á Dios*, Él será más misericordioso con ellos.

Aquí viene á colación el pasaje de una carta que ese santo varón de Dios, que fue Monseñor Taroni, escribía á su discípulo Don Antonio Sani, quien fué despues mi óptimo Secretario.— «Valor, Antonio; el sacrificio que has hecho, no sólo no será un perjuicio para tí, ni para tus hermanos, sino que será el mejor medio de salvarlos á todos. ¿Qué no sabes el hecho de Santa Teresa? Se le había muerto un hermano, dejando hijos necesitados de asistencia, y cabalmente como tú, tuvo

ella en su congoja una tentación, que le dijo:— ¡Mira, qué cosa has hecho!.. has dejado la familia que se encuentra en peligro. ¿No habría sido mejor que hubieras cuidado de los tuyos?— Pero el Señor respondió:— «¡Teresa, no temas! Si tú tienes sobrinos necesitados de tu asistencia, también Yo tengo Hijas y Esposas que se encuentran en la misma necesidad. Ten cuidado tú de mis Hijas, que yo lo tendré de tus sobrinos». ¡Qué hermoso hecho! ¿no es verdad? ¡Cuánto me agrada! Recuerdo que lo lei en San Pierlagna, cuando yo también estaba agitado de semejautes temores, y me consolé del todo y cobré valor para entregarme al cuidado de las almas de los otros, en la esperanza de que Jesús miraría por las de los míos. Y he visto despues que el Señor me ha concedido la gracia. Cuatro de mis sobrinas están ya con Don Bosco, y los demás en vía de acercarse.— ¡Cuán bueno es Jesús! ¡Valor, pues, Antonio!!!

5.^a ¡Sinceridad sin límites con nuestros Superiores!— *¡Yo no fui sincera!*.. repite aún aquella *ex-hermana* de quien os hice oír los casi desesperados acentos. ¡Que ninguna la imite jamás, por caridad! Sea vuestro corazón como un libro abierto, pero con todas las hojas ya cortadas, á fin de que los superiores puedan leer cuanto allí dentro hay escrito, desde la primera hasta la última página.

6.^a Gran fervor en las prácticas de piedad.— Todas las miserables ovejillas que abandonaron el redil, empezaron por hacer malamente, ó también dejar del todo algunas de esas santas prác-

ticas impuestas por la Santa Regla. Imitando á las vírgenes necias, dejaron mermar poco á poco el óleo del fervor en la lámpara del propio corazón, hasta el grado que se apagó del todo. Fué entonces cuando el Divino Esposo dándoles en la cara con la puerta:—«¡Idos, les dijo, idos de mi casa. No os conozco por Esposas mías!.. ¡no os conozco ya!.. *Nescio vos!*..

Os recomiendo de un modo especial que, en cuanto sea posible, nunca dejéis la Santa Comunión. El monte del Señor es muy alto. Ahora bien, cómo podrá ganar la cumbre esta pobre maquinita de corazón que tenemos, sino la abastecemos continuamente con el fuego divino? ¿Cómo podrá, sin el carbón blanco de la Santísima Eucaristía arrastrar consigo por la tan empinada subida, este pesado cuerpo con todas sus malas inclinaciones, y superar al mismo tiempo tantos obstáculos con que el demonio y el mundo tientan obstruirle la vía? El Venerable Cottolengo, solía decir:—¡El que quiera estar bien, que coma bien!—De aquí es que habría querido comulgar él, y hacer que todos los de la Piccola Casa, comulgaran diez veces al día, si ésto hubiera sido permitido.

7.^a Orar, y con gran fervor por las pobres palomitas huídas del arca, á fin de que, si es posible, vuelvan con el ramo de olivo, cantando himnos á la Divina Misericordia.

8.^a Sufragar continuamente *las almas de vuestras hermanas difuntas*. Su muerte realmente ha sido feliz: algunas de ellas, como hemos visto, parecían ángeles al morir. Por otra parte,

los ángeles terrestres deben comúnmente ser muy acrisolados, antes de poder entrar en la morada de los ángeles del Cielo. Por consiguiente, sufragad á menudo las almas de esas queridas hermanas. Llegadas ellas al Cielo, pedirán y harán violencia al buen Dios para obtener que las ovejas descarriadas vuelvan al redil, y que ninguna, absolutamente ninguna entre las Hijas de María Auxiliadora, haya de desertar jamás de las filas del Venerable Don Posco, y pueda así alcanzar todo su efecto, la ardiente súplica que hacéis cada día á la Virgen María, diciéndole: *¡Y que ninguna jamás os abandone!*

No quiero dejar la pluma sin elevar antes á Dios un voto ferviente.—Como bien lo sabéis, oh buenas hermanas, me tocó á mí la suerte de atender á vuestra Congregación por tres años consecutivos, allá en su cuna de Mornese, en la casa de la fundación,

¡Que cada una de vuestras casas presentes y futuras sea una copia fiel de la Casa Madre de Mornese.—¡He aquí mi voto!

Mornese fué siempre la casa del Señor, del celo por la salud de las almas, del espíritu de sacrificio, de la perfecta obediencia, del santo silencio y de la angélica sencillez y alegría.

La bandera de Don Bosco: *Oración y Trabajo*, tremoló siempre sobre el cúlmen de aquella techumbre afortunada, causando alegría al Paraíso, del que la casa era un vago reflejo.

En Mornese había la primavera, diré así, la juventud de la Congregación, juventud sensible é impresionable, á la cual el tiempo debía hacer

siempre más florida y robusta, trocando sus matizadas flores en sabrosos frutos. Yo tengo para mí que aquella, haya sido quizá la verdadera edad de oro de vuestra Congregación.

¿Quién podrá enumerar una partecica siquiera de sus maravillas?—Allá la oración era fervorosa, incesante; las más ardientes jaculatorias subían á cada rato como nubes de grato incienso al Altísimo. En aquella casa existía ciertamente la *Larus pereannis*. En ese afortunado collado debía apoyarse, por cierto, una escala de oro que llegara hasta las puertas del Cielo, semejante á la de Jacob, recorrida continuamente por ángeles *ascendentes et descendentes*.—Allá la Santa Comunión era cotidiana y fervorosísima. Todas estaban persuadidas de que si el árbol del Paraíso terrenal nos dió la muerte, el árbol de la Santísima Eucaristía, por el contrario, nos acarrea la vida; pues, si de aquél se dijo: «Si comiéreis de su fruto, moriréis», de éste se dice: «Si no lo comiéreis, no tendréis vida en vosotros.» (*Joan. 6, 54*).—Allá la *visita* al Santísimo Sacramento es considerada por todas como una dulce y necesaria ocupación. Ellas sabían que eso de trabajar á espaldas del Sagrario, es perder el tiempo, pues Jesús ha dicho: El que no recoge conmigo, desparrama.

Ellas sabían que Jesús Sacramentado

es Dios: luego, tiene derecho á ser continuamente rodeado de adoradores;

es Rey: luego, tiene necesidad de una corte;

es Padre: de consiguiente, hay que tratarlo con respeto, ternura y agasajos contínuos;

es Maestro: y por este motivo debemos ir á menudo á rodear su cátedra, á escucharle, obedecerle y servirle;

es Amigo y Esposo: y por ende, su corazón está clamando de continuo por corazones que le amen y le hagan compañía.

Ellas conocían perfectamente todos estos sacrosantos derechos de Jesús Sacramentado y experimentaban una dulcísima necesidad de acatarlos escrupulosamente.

¿Qué diremos del trabajo? Aún ahora se siente un no se qué de estupor pensando en los penosos y muchas veces humildes trabajos, á que todas indistintamente se sujetaban á porfía. Quien podaba la viña bajo la práctica dirección de la óptima Madre General, Sor María Mazzarello y de la no menos santa de su hermana, Sor Felicitá; quien transportaba piedras, ladrillos, cal y maderas para el nuevo edificio; una estaba todo el día en el telar; otra echaba mano del azadón en el huerto, desde la mañana hasta la tarde; otra estudiaba alegremente para prepararse á los exámenes; quienes, entre las robustas, hacían leña en el bosque; lavaban la ropa en el lejano torrente llamado el *Riverno*; pero todo lo hacían en grande unión con Dios, y por consiguiente, en santo silencio, que causaba grata maravilla á cuantos las observaban. Hasta parecía que, á fuerza de hacer silencio, no supieran ya hablar, aun cuando no era tiempo de callar. Oid un ejemplo:

Por orden de Don Bosco había yo llevado á varias hermanas de Mornese á Biella para una

fundación. Llegadas allá, Monseñor Leto (de santa memoria) no quiso que se comenzase la obra sin implorar antes la bendición de la Virgen María de Oropa, y nos hizo subir al monte para visitarla. Un venerando anciano, el Padre Fogliano, Rector del Santuario, nos quiso acompañar para visitar todas las maravillas del Santuario y del Hospicio anexo. Pero él era ciego y andaba á tientas. Después de una hora de vueltas, creyendo él estar sólo conmigo, me dijo: ¿En dónde ha dejado usted á las hermanas?—Están todas aquí cerca de nosotros, le contesté, y nos han siempre acompañado en toda esta larga visita.—¡Cuán elocuentes son las Hermanas de Don Bosco! replicó entonces el anciano venerable, y se mostró de ello muy satisfecho.

Pero el silencio de las hermanas mornesinas, lejos de ser sombrío y melancólico, como alguna vez sucede, estaba entonces empapado de tan gallarda alegría, que se hubo de escribir sobre esas benditas paredes:—*¡Casa de la santa alegría!* Es que Jesús era el absoluto dueño de aquella morada y del corazón de cada una de sus felices palomitas; es que allá no se hablaba del prójimo sino para bien; al mundo no se le mentaba absolutamente, porque éste había muerto del todo para ellas: y de los muertos ¿quién no lo sabe? nadie ya habla de ellos: quien ha muerto, ha muerto; basta pedir por ellos.....

Y ¿qué diré del verdadero espíritu de humildad, de sacrificio, de exacta obediencia, de recíproca caridad, que reinaba en aquellas santas pa-

redes? Tengo siempre presentes los ternisimos y generosos desapegos hechos por las fundadoras de las casas de Borgo San Martino, de las del Torrión (Bordighera), de Alassio, de Lanzo, de Turín, de Biella, etc. Me parece ver aún á la Madre General; precipitarse á ojos cerrados en un oscuro barranco lleno de espinas, para salvar á una pobre hermana que había caído allí malamente. Recuerdo todavía la prontitud con que una profesa zambulló ambas manos en el agua hirviendo de una amasadera, apenas la voz de la obediencia le hizo saber que era hora de amasar; y de cómo se encontró después con las manos desolladas.

Tengo presentes también otras santas escenas domésticas, que referirá la crónica:—Aquí una hermana, que por haber, sin culpa, quebrado una escudilla de barro cocido, lleva públicamente los pedazos colgados del cuello cual si fueran conchitas de peregrino, y no dice: esta boca es mía, no murmura de nadie; por el contrario, muéstrase contenta, por que sabe que así cumple la obediencia; allí otra profesa, que de rodillas pide perdón á una subalterna por bagatelas de imperfecciones cometidas contra la caridad; hoy, una disputa á las otras el honor de lavar por un mes seguido los platos de la comunidad, mañana otra, si no tuviera prohibición de los superiores, quisiera publicar á són de trompeta todas las culpas de su vida pasada.....

¡Oh, tiempos felicísimos! ¿si volveréis aún? ¡Oh, Santa Casa de Mornese, seas mil veces bendita! Puedas tú reflejarte en todas las casas religiosas,

presentes y futuras, en términos que de cada una se pueda afirmar lo que de tí un día se cantaba:—
La Casa de Mornese es un trasunto del Paraiso.
—¡Así sea!

Pero no olvidéis que la Casa de Mornese era muy santa, porque reinaba allí el espíritu de nuestro Venerable Fundador.

¡Cuidado, pues, oh hermanas, con permitir que en vuestras casas se vaya introduciendo paulatinamente un espíritu diverso del que os ha dejado el Venerable! ¡Que Dios en su bondad os preserve de tamaña desgracia, pues, sería ésta el principio del término de vuestro Instituto!

Escuchad, en buena hora, cuantos consejos se os diere; empero, poned en práctica tan sólo aquellos, que mejor os sirven para observar más exactamente vuestra santa Regla, y las santas tradiciones orales y escritas de vuestro santo Fundador, por cuyo medio Dios os ha trazado el verdadero camino de la perfección, prefijado para cada una de vosotras desde toda la Eternidad.

Y he aquí acabada mi tarea, buenas hermanas: ¿Compensaréis mis pobres fatigas encomendando á Dios mi alma antes y después de mi muerte?... ¡Espero que así lo haréis!

¡Viva el Venerable Don Bosco!

¡Viva María Santísima Auxiliadora!

¡Que la bendición de Nuestro Señor Jesucristo inunde como caudaloso río celestial cada una de vuestras santas moradas!

Floreced y fructificad como rosal plantado sobre las corrientes de las aguas.

Echad olor de suavidad como el Líbano.

Floreced como el lirio, y dad olor, y echad graciosas ramas; y cantad un cántico de alabanza, y bendecid al Señor en sus obras. *Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam, et collaudate canticum, et benedicite Dominum in opereribus suis.* (Eccli. 39, 19). Amén.

Orate pro nobis. Mementote praeceptorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei. (ad. Hebr. 13, 7). Acordaos de rezar por el alma de vuestros preladados, los cuales os han predicado la palabra de Dios! ¡Es vuestro deber! ¡No lo olvidés!



DEO GRATIAS ET MARIE

ÍNDICE

	Págs.
DOS PALABRAS DEL EDITOR.	III
A las hijas de María Auxiliadora	VI

Parte Primera

Conferencia Primera.—La perfección religiosa por medio de María Santísima.	9
" II.—Obediencia religiosa	25
" III.—Santa Regla	62
" IV.—El silencio riguroso y el moderado	83
" V.—Murmuraciones y mentiras	98
" VI.—Amor propio.—Amor sensible.	113
" VII.—Mortificación especial interna.	127
" VIII.—Prudencia.	148
" IX.—Buen ejemplo	165
" X.—Tristeza y alegría.	179
" XI.—Confianza con los Superiores.	193
" XII.—La recreación	202

Parte Segunda

Conferencia XIII.—Vigilancia sobre las alumnas.	212
" XIV.—Buena educación	224
" XV.—Instrucción religiosa	240
" XVI.—Trabajo y estudio.	258
" XVII.—El Catecismo	277

Parte Tercera

Conferencia XVIII.—La Santa Confesión	295
" XIX.—La Santa Comunión	309
" XX.—Visita al Santísimo Sacramento	341
" XXI.—Idem. (<i>Continuación</i>)	355
" XXII.—Examen cotidiano	371
" XXIII.—Meditación	380
" XXIV.—Lectura espiritual	403
" XXV.—Las oraciones	412
" XXVI.—El día de retiro	434
" XXVII.—La confesión con María Sma.	443
" XXVIII.—Idem. (<i>Continuación</i>)	457
" XXIX.—Idem. (<i>Continuación</i>)	474
" XXX.—La Santa Perseverancia.	491